
ÍNDICE

Agradecimientos, 13

Introducción, 15

En todo comienzo hay una esperanza, 35

Contradicciones y paradojas, 43

La condición humana, 48

El gran fraude, 57

Réquiem por las viejas izquierdas, 65

Los partidos programáticos, 65

Los movimientos sociales, 92

Epílogo, 104

Un centauro llamado PRD, 109

La izquierda en el parlamento, 115

El talón de Aquiles, 125

Trayectoria electoral, 132

Cardenismo y neocardenismo, 143

El cardenismo y la Revolución, 148

Dos generaciones, 153

El neocardenismo, 159

Notas, 165

Bibliografía general, 175

Índice de nombres, 185

Índice analítico, 191

Siglas, 207

AGRADECIMIENTOS

En la elaboración de esta obra he recibido múltiples apoyos. Hay en ella algo de autobiográfico, puesto que he participado activamente en la vida de la izquierda, desde los años sesenta. Detrás del libro hay muchas lecturas y experiencias, pasión y también introspección crítica. He trabajado en él desde mediados de los años ochenta y su concepción final se definió en los debates del encuentro La Izquierda Hoy, realizado en Puebla en octubre de 1999. Conversaciones y entrevistas con Luis Villoro, Gabriel Vargas, Luis Javier Garrido, Ilán Semmo, Rolando Cordera, Jorge Castañeda, Arnaldo Martínez Verdugo, Carlos Aguirre, Bolívar Echeverría, Arturo Anguiano, Enrique Condés Lara, Macario Schettino, León Bendesky, Paulina Fernández, Néstor García Canclini, José Luis Calva, Ugo Pipitone, Luis Hernández Navarro, Víctor Flores Olea, Silvia Gómez Tagle y Raúl Jardón ayudaron a moldear sus tesis, aun cuando la responsabilidad del resultado final recae íntegramente en el autor.

Durante su gestación, he trabajado como profesor en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México que sigue siendo mi sede, la University of New Mexico y la University of Chicago. Recibí además el generoso apoyo del Sistema Nacional de Investigadores, de The John Simon Guggenheim Memorial Foundation de Nueva York y de la John D. and Catherine T. MacArthur Foundation de Chicago. En la recopilación de materiales, conté con el apoyo infatigable de Ana Ascencio. También ayudaron Armando Martínez y Leandro Vergara. Teresita Peralta estuvo a cargo de la mayor parte del trabajo secretarial.

INTRODUCCIÓN

Dos grandes corrientes ideológicas se disputan hoy la escena política mexicana: el neoliberalismo y el neopopulismo. Su influencia trasciende los partidos y los medios de difusión, penetra todos los poros de la sociedad y modela la subjetividad de la mayoría de los ciudadanos. Naturalmente hay otras corrientes, pero desempeñan un papel subordinado o menor. En el último cuarto de siglo el neoliberalismo, impulsado por tendencias universales, ha ganado terreno, desplazando lenta pero firmemente al populismo que dominaba hasta mediados de los años setenta.

El neoliberalismo es un movimiento ideológico internacional que enarbola la restauración de los valores originales del liberalismo: el individualismo, la propiedad privada como base de la libertad, el mercado que impone sus reglas en beneficio de todos, una visión del progreso que excluye los cambios estructurales bruscos. Además, pugna por la reducción de las funciones del Estado, que en última instancia no debe ser responsable del bienestar o la felicidad de sus ciudadanos, sino de vigilar el buen funcionamiento de la economía de mercado. Pero la verdadera fuerza del neoliberalismo no radica en la restauración de la tradición capitalista en una era de crisis del Estado de bienestar social y del socialismo, sino en haberse constituido en portador exclusivo de la globalización.

En términos económicos, el rasgo más distintivo de la globalización es que la era de la industria ha cedido el lugar a la infor-

matización y el auge de los servicios. Los factores primarios de producción e intercambio —el dinero, la tecnología, las personas y los bienes— cruzan cada vez con mayor facilidad las fronteras nacionales y abarcan el mundo entero. Ya no es la industria la que impone su dominio sobre las actividades económicas y los fenómenos sociales, sino la informática y los servicios que comprenden una amplia gama que va desde la educación y el cuidado de la salud hasta las finanzas, el transporte y el entretenimiento. Esto ha transformado profundamente la vida y el trabajo. Para decirlo con las palabras de Hardt y Negri (*Imperio*): “Los empleos de este sector son en general extremadamente móviles y requieren aptitudes flexibles. Pero lo más importante es que se caracterizan casi siempre por el lugar central que ocupan en ellos el conocimiento, la información, el efecto y la comunicación. En este sentido, muchos autores se refieren a esta economía posindustrial como la economía informática”.

El neoliberalismo se ha propuesto hacer uso de la revolución técnico-científico-cultural de nuestro tiempo para pulverizar todos los obstáculos sociales y políticos que se oponen a la expansión del capital, para promover el proyecto de reunir en escala mundial el poder económico y político en las mismas manos. Una vez más el capitalismo se renueva, dejando en su camino un rastro de cadáveres y ruinas tétricas. Pero la aparición del neoliberalismo es, a la vez, una paradoja y un anacronismo. Como ha dicho Hobsbawm (*Historia del siglo XX*): “La ironía histórica del neoliberalismo que se volvió moda en los setenta y los ochenta mirando con desprecio las ruinas del comunismo, es que triunfó en el momento mismo en que dejó de ser plausible como había parecido en el pasado. El mercado proclamó su triunfo cuando su desnudez y su improcedencia ya no podían ocultarse”.

En México el neoliberalismo que se afirmó en el poder desde 1982 se ha distinguido por seguir sin objeción los mandatos de organismos económicos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Ha liberalizado en forma irres-

tricta el comercio y el flujo de capitales extranjeros, privatizado las empresas del Estado e impuesto políticas drásticas de equilibrio macroeconómico. Ha reducido la educación pública gratuita, acentuando el atraso educativo en todos los niveles. Finalmente, ha unido el destino de México al de Estados Unidos a través de un Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), firmado en condiciones desventajosas. Después de dos décadas, las políticas neoliberales han provocado inestabilidad, aumentado el número de los pobres, destruido la planta productiva y privilegiado la inversión extranjera especulativa sobre la productiva a un costo inestimable para la sociedad, como lo demuestra el rescate multimillonario de los bancos (Fondo Bancario de Protección al Ahorro) a partir de 1995. Todo eso no ha servido, como prometían sus voceros, para superar el subdesarrollo y la subordinación en el sistema global, sino para reforzarlos, adaptándolos a las nuevas condiciones.

En lo político, el neoliberalismo se inspira en el modelo estadounidense. Tiende a dividir y romper las organizaciones populares para elevar al ciudadano individual a la condición de único sujeto político válido; a disolver las fuertes tradiciones comunitarias de la sociedad mexicana para consolidar la hegemonía de los intereses particulares y, sobre todo, empresariales; a despolitizar la cultura para reducirla a la preocupación por los intereses individuales o familiares.

El neopopulismo es la pesada herencia de seis décadas de dominio priísta. Un periodo durante el cual, pese al crecimiento sostenido de la economía, la desigualdad en la distribución del ingreso alcanzó niveles poco comunes incluso para América Latina. Los salarios fueron mantenidos sistemáticamente bajos y las ganancias se dispararon.

Es un estilo de hacer política que se nutre del clientelismo, el corporativismo y la corrupción endémica. Un estilo en el cual el discurso socialmente radical sirve de mampara a una práctica que resguarda los intereses dominantes y reprime todas las formas de organización autónoma de la sociedad civil. En el populismo, la relación entre dirigentes y dirigidos, gobernantes y ciudadanos, es dominada

por las figuras del presidente todopoderoso, el caudillo y el cacique. En momentos de crisis, este lazo entre dirigente y dirigidos se fortalece y puede ser particularmente intenso. El populismo es en general un movimiento masivo, pero siempre antidemocrático. Mientras otorga asistencia clientelar a los sectores más pobres, impide o reprime la organización autónoma del pueblo. Lleva el estigma de una era en la cual los derechos ciudadanos fueron vulnerados sistemáticamente y las elecciones fueron fraudulentas.

En América Latina el populismo fue muy común en la etapa del desarrollo de sustitución de importaciones, que cubrió de los años treinta a los setenta. Sin embargo, experiencias recientes en países como Perú, Venezuela o Ecuador demuestran que se ha adaptado rápidamente a las nuevas condiciones. Llamamos neopopulismo a estas manifestaciones que han debido responder al reto de la globalización y el neoliberalismo.

En México el neopopulismo deriva actualmente su fuerza de la resistencia popular a los estragos del neoliberalismo y la defensa de los logros sociales obtenidos en el periodo de auge de los años 1940-1976. Sus raíces ideológicas se hunden en la memoria mitificada de la Revolución mexicana y los gobiernos priístas que la siguieron durante esas tres décadas y media. Pretende imponer a la izquierda como programa para el siglo XXI, el mismo que enarboló la Revolución mexicana en el primer tercio del siglo pasado.

Su ideología, estrechamente nacionalista, se nutre tanto de la resistencia a los efectos negativos de la globalización como de la negación o la indiferencia hacia las innovaciones que le dan vida. El neopopulismo mexicano hereda una cultura estatista y corporativa y su estilo tiene raíces en la experiencia de un Estado que, al asumir la cuestión social, se sintió autorizado a sustituir a la nación y ahogar la diversidad. Su visión del cambio excluye la formación de un partido capaz de concebir principios éticos, planes y estrategias a mediano y largo plazos, para hacerlo dependiente exclusivamente de las decisiones del líder o las facciones que lo controlan.

La noción neoliberal de las "políticas populistas" que impone un estigma al gasto social y las medidas de redistribución del ingreso sólo sirve para justificar sus propias políticas antipopulares. Durante el predominio del populismo se continuó la reforma agraria y se constituyeron elementos de un Estado de bienestar. Surgido de la Revolución, el populismo mexicano fue en sus orígenes un movimiento contestatario y reformista con un fuerte apoyo campesino y obrero. Con el tiempo se institucionalizó, se volvió conservador y, finalmente, represivo. Hoy, en la medida en que conserva sus inclinaciones antidemocráticas y su aferramiento al programa de la Revolución mexicana, es un obstáculo para el desarrollo de la democracia y una rémora para una auténtica política de izquierda. Tanto el neoliberalismo como el neopopulismo tienen expresiones múltiples. Unas extremas y otras intermedias, pero sus premisas originales se mantienen en un permanente contrapunteo. Ninguno de los dos es una opción auténtica para el futuro de México.

A nivel local existen otras expresiones de cultura política que ejercen una gran influencia y que pueden inclinarse indistintamente en una u otra dirección. Esto explica por qué el Partido Revolucionario Institucional (PRI) pierde prestigio a nivel nacional y sigue ganando elecciones locales. Una de esas expresiones es el clientelismo, que liga a los habitantes de una localidad o de una organización al cacique y que tiene poco que ver con ideologías de alcance nacional; otra es el catolicismo conservador, que domina la vida parroquial y los fuertes lazos localistas que enfrentan a las comunidades entre sí. Como enseña la experiencia, esas actitudes pueden ser manipuladas políticamente, pero no integradas en las grandes corrientes nacionales. Persistentes y recurrentes, han resistido todos los intentos de absorción. Es indudable que una buena parte de la población está fuertemente influida por estas subculturas. Todo intento de ignorarlas lleva inevitablemente al desastre político o al aislamiento; someterse a ellas es perpetuar la cultura y las prácticas autoritarias. En esa materia el cambio vendrá paulatinamente, fruto de una política tenaz y persistente de democratización.

¿Existe en la actualidad una corriente ideológica de izquierda democrática moderna en México? Los partidos y movimientos que se identificaban con el socialismo parecen haberse disuelto en el aire y después de 1989 la vida intelectual de la izquierda se asemejó más a un grito de angustia que a la búsqueda de un nuevo programa. La separación, e incluso la hostilidad entre políticos e intelectuales, tuvo efectos nefastos en el análisis de los hechos pasados y la construcción de nuevos proyectos. Pero a partir de 1994 aparecieron signos de recuperación y ahora, en los albores de este nuevo siglo, podemos decir que, en medio de un vigoroso debate, la izquierda comienza a restablecer un territorio propiamente suyo, en el cual puede examinar los grandes problemas del país y del mundo.

Catorce años después de la caída del Muro de Berlín es una corriente en construcción que da muestras de vitalidad. La posición de izquierda se manifiesta en partidos, movimientos sociales, sindicatos y gobiernos locales, pero su presencia es difusa y carece de centros aglutinadores. El surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y la discusión que alrededor de él se ha producido contribuyeron de modo importante a esta redefinición. La izquierda radical se renueva con brío, mientras las posiciones que otorgan la centralidad a la vía democrática-parlamentaria y a los movimientos sociales siguen languideciendo, pese a la aparición del Partido de la Revolución Democrática (PRD) como el primer partido electoral de masas, influido tanto por ideas de izquierda como del populismo.

La reconstrucción de una izquierda democrática y moderna a la altura del siglo XXI es una tarea práctica e intelectual. En la práctica es la superación de las actitudes tanto de la vieja izquierda como del populismo, del vanguardismo y también del caudillismo. Se construye en la participación de los militantes y ciudadanos en la detección de prioridades y la elaboración de programas preferentes, la fidelidad a un código ético estricto y la puesta en marcha de políticas de izquierda en los gobiernos locales. En la teoría, abarca los campos de la revisión de las utopías del siglo XX, la asimilación de las expe-

riencias de los movimientos de resistencia y alternativa y los ensayos de gobierno local y nacional de izquierda que se han presentado en el mundo y en México en el último cuarto de siglo. Exige recuperar la universalidad y el humanismo característicos del pensamiento de izquierda. No es posible que en un mundo inmerso en el torbellino de la globalidad, el pensamiento se circunscriba a lo nacional y se contente con arrastrarse perezosamente de elección en elección, de escándalo en escándalo.

Por la naturaleza de los tiempos, este empeño no debe concebirse como la elaboración de un proyecto cerrado y concluyente, sino como el ejercicio de la crítica y la práctica razonada que va al fondo de las cosas. Frente al neoliberalismo que se percibe como pensamiento único, como un sistema acabado que refleja el fin de la historia, el pensamiento de la izquierda se define como la visión crítica de una transición cuyos alcances finales son todavía imposibles de prever. Frente al populismo, se deslinda de la demagogia socializante, el clientelismo, el caudillismo, la corrupción y la carencia de planteamientos propositivos acordes con nuestro tiempo. Asume como hechos y tendencias objetivas los rasgos de la era de la globalización y se propone ponerla al servicio de las mayorías.

La gran transformación no ha llegado por igual y al mismo tiempo en todos los rincones del mundo, pero aun en las sociedades y regiones más tradicionales los problemas del desarrollo se plantean en un contexto diferente del de hace tres décadas. La izquierda asume y norma su acción de acuerdo con ellos.

La reconstrucción es también la participación y el apoyo a los movimientos desde un nivel local y comunitario, como la rebelión del EZLN que se yergue ante un TLCAN que ignora las desigualdades y fomenta las exclusiones, o el surgimiento a nivel nacional de partidos parlamentarios abiertos a la influencia de la izquierda como el PRD, hasta las redes mundiales de coaliciones en torno a temas como la condonación de la deuda de los países más pobres, la Tasa Tobin o, finalmente, los encuentros de Porto Alegre que buscan la construc-

ción de consensos más amplios alrededor de programas, soluciones y estrategias. Estas prácticas comienzan a dar forma a los nuevos portadores del cambio en el siglo XXI.

El primer paso es reconocer que vivimos en una nueva época. La globalidad no sólo afecta la economía, sino que además está creando una nueva relación entre individuo y sociedad, cambios en la psicología individual y la conciencia social, un ciudadano transnacional y una universalización de la cultura que se sobrepone a las fronteras tradicionales. La sociedad mexicana se ha visto muy afectada por esos procesos y hoy es profundamente diferente de la de 1976. La izquierda debe asumir que el regreso al pasado es imposible e indeseable. Debe plantarse con firmeza en un México envuelto inevitablemente en el torbellino de la revolución técnico-científico-cultural y mirar hacia el futuro. Debe montarse sobre los hombros de quienes en el siglo XX intentaron tomar el cielo por asalto, para ver, si no más lejos, por lo menos más claro que ellos. México espera que en el primer tercio del nuevo siglo la izquierda sea la portadora de una gran revolución cultural. Una revolución que eleve los valores de la creatividad, la innovación, la honestidad, la solidaridad y la responsabilidad ante el bien común y el bien de la patria, todo lo cual se opone a las actividades y prácticas que sirven a un sistema que sólo premia la defensa del orden establecido, como son la corrupción, el individualismo irresponsable y el servilismo propio de la relación clientelar y corporativa.

Hoy la nostalgia, permisible para el individuo, es para la izquierda mexicana, vista como colectividad, veneno puro. La única actitud acorde con los tiempos es la de volver a empezar y constituir la esencia de una revuelta posible que sea retorno crítico, cambio y comienzo renovador. La historia del socialismo y la izquierda en el siglo XX está marcada por grandes rupturas y procesos de revisión y renovación que les permitieron adaptarse a las condiciones cambiantes sin perder sus principios. En cada una de ellas, teorías, estrategias y visiones del futuro que parecían definitivas fueron evaluadas y superadas para pasar a formar parte de una rica tradición que sigue alimentan-

do el pensamiento actual. Pero las tradiciones no deben confundirse con los planes del presente y la imagen del futuro.

Como ha dicho Luis Villoro, la izquierda es actualmente una actitud y una práctica a la vez. Como actitud social se define en la oposición a las formas de dominación y explotación vigentes; como práctica, en la acción común organizada para construir un mundo mejor. Ideológicamente es plural, siempre y cuando sus diferentes doctrinas respondan a esas condiciones primordiales. Hoy la persona de izquierda puede inspirarse en el socialismo, el liberalismo social, el nacionalismo revolucionario, la teología de la liberación o el feminismo. Lo importante es que use las enseñanzas de una u otra corriente como arma crítica para medir la realidad contemporánea y denunciar sus vicios.

Por tradición cultural, historia personal y visión del futuro soy socialista. Pero en el origen de las discusiones recientes sobre el futuro de la izquierda está, precisamente, la quiebra de los países del "socialismo real". Por eso hoy no se puede ser socialista como se era antes de 1989, cuando incluso para los críticos del "modelo soviético" éste era un referente para algunos aspectos institucionales del futuro o, por lo menos, una prueba de que es posible una sociedad alternativa a la capitalista.

Primero debe aceptarse que el socialismo sólo es una de las corrientes de la izquierda y, segundo, que para atraer nuevas generaciones deben revisarse todos sus fundamentos puestos a prueba en la práctica a lo largo del siglo pasado.

Desde mediados del siglo XIX, la idea del socialismo es ante todo una comunidad de mujeres y hombres libres en la cual han sido superadas todas las formas de enajenación propias de las sociedades regidas por la dominación y la explotación. El trabajo ha sido liberado de la compulsión que impone la escasez extrema. El Estado, como factor de represión social, ha desaparecido con sus instituciones de dominio y el ser humano construye y reconstruye responsablemente su participación en la sociedad de acuerdo con su libre albedrío y los principios de la democracia representativa.

Es difícil prever cómo será esa sociedad, porque no podemos adivinar lo que los seres humanos se propondrán una vez que sean libres. Las preguntas se multiplican: ¿Cuál es la idea de igualdad que la regirá? ¿Qué papel se concederá a la eficiencia? ¿Habrá mercado en la sociedad socialista? ¿Cuáles serán los mecanismos de participación social? ¿Cómo y quién tomará las decisiones? Temas de estudio y debate, territorios de experimentación creativa, materia para el ejercicio de la prognosis, sin la cual no hay planeación.

La relación entre la liberación futura del ser humano y el presente se dirime en la acción. La tradición socialista que norma la acción de sus partidarios con valores vinculados a esa postura y la convicción de que esos valores son importantes es lo que justifica su existencia. El socialismo es un norte, una idea acerca de qué formas políticas y económicas se juzgan deseables en el presente y cuáles deben rechazarse. Es esa relación entre presente y futuro la que lo distingue, por ejemplo, del liberalismo social o del nacionalismo revolucionario. Su fe en la posibilidad de una sociedad de hombres libres se basa en la idea de que los seres humanos, cuando son oprimidos, se rebelan tarde o temprano contra su condición. Y a medida que una forma específica de opresión se hace intolerable y puede ser abolida, actúan revolucionariamente. Asimismo, se basa en la seguridad de que el fracaso de los grandes ensayos socialistas del siglo XX no impedirá su posible éxito en el XXI.

Para el socialismo democrático, la estrategia que mejor une al presente con un futuro socialista es actualmente la radicalización de la democracia. Esto se logra ampliando y profundizando la democracia existente hasta alcanzar una sociedad realmente regida por los principios de la libertad y la igualdad. La articulación de la democracia social y económica con los principios del gobierno representativo, los derechos humanos y la democracia participativa es la mejor esperanza de la reconstrucción del proyecto de la izquierda.

El problema con la democracia actual no son tanto sus principios, sino el hecho de que éstos no se aplican, o bien sólo en forma

parcial y selectiva. En lugar de denunciar esos principios por la distancia que los separa de la realidad, debemos retomarlos y llevar a la sociedad a que los aplique consecuentemente. En México hemos dado ya los primeros pasos hacia esa dirección. Desde los años sesenta la demanda que mejor ha movilizadado es la democracia. Impulsar la participación en todos los proyectos de interés público es construir un nuevo ciudadano y desarrollar, sobre todo entre los pobres, la conciencia de la posibilidad y la necesidad de cambiar la sociedad y el Estado por la vía de la acción democrática.

Así, por ejemplo, los países del tercer mundo deben desarrollar sus fuerzas productivas y distribuir con equidad los frutos del trabajo para reconstruir una sociedad en la cual, para millones, la supervivencia sigue siendo diariamente materia de vida o muerte. El capitalismo, por su parte, debe ser superado porque por naturaleza produce y reproduce la desigualdad y la opresión. Terminar con este orden de cosas es necesario, pero no suficiente, para lograr una sociedad socialista. Si algo hemos aprendido del siglo pasado es que el socialismo no es lo contrario del capitalismo y que viene *después* de, y no *con*, la superación del subdesarrollo y la conquista de la democracia republicana. A las generaciones actuales les toca preparar su advenimiento, con la certeza de que no puede ser fruto de un acto de voluntad. Muchos se preguntarán por qué aferrarse al socialismo, si en México es una corriente minoritaria, y la respuesta es que, pese a ello, es una opción verdadera.

Por más de medio siglo, el marxismo fue el río caudaloso en el que navegaba la gran mayoría de los socialistas. Existían en su seno muchas corrientes que sostenían entre ellas un debate permanente, pero todo lo que estaba fuera era considerado ajeno a la izquierda. Hoy, como lo hicieron antaño los blanquistas o los proudhonistas —que eran mayoría en la Comuna de París—, cada marxista deberá decidir por sí solo qué partes de ese pensamiento seguirán vigentes y cuáles serán obsoletas. Hasta que no lo hagan no podrán participar de forma creativa en la construcción de la nueva izquierda.

Mucho de su filosofía, su economía política, su teoría de la historia y sobre todo su crítica del capitalismo siguen vigentes. Marx y otros de sus grandes seguidores ocupan ya su lugar entre los pensadores fundacionales de la civilización contemporánea. Y lo que es más, si los neoliberales pudieron revivir la actualidad de Adam Smith, no tengo duda que movimientos futuros rescatarán a Marx de su eclipse ideológico actual. Pero la unidad de teoría-ideología-práctica, que fue la fuerza del marxismo del siglo XX, pertenece al pasado. Lo mismo sucede con la visión de una sociedad futura perfecta, en la cual la armonía ha disuelto las contradicciones inherentes a la condición humana, sometiendo a todos a un fin común que resulta en última instancia restrictivo e inalcanzable. Por eso los marxistas son hoy más vulnerables pero también más libres que ayer.

La izquierda contemporánea reconoce la existencia de múltiples sujetos que son todos los excluidos por el sistema de dominación vigente: mujeres, desocupados, indígenas, campesinos depauperados, obreros fabriles, personas de la tercera edad, migrantes perseguidos y miembros de minorías discriminadas. Sus intereses no siempre coinciden, pero todos cuestionan en cierta medida el sistema dominante y son, por lo tanto, susceptibles de acción común y solidaria.

Existen en la izquierda dos grandes corrientes estratégicas: la que considera que el poder del pueblo se construye desde abajo, en la acción popular, y la que sostiene que es necesario luchar por el poder político en las urnas, el parlamento y el gobierno. Ambas son legítimas y pueden ser complementarias, en la medida en que no se excluyen mutuamente. Consideramos que para cambiar la sociedad es imprescindible la participación en elecciones, parlamentos y gobiernos, pero eso no niega la importancia de los movimientos sociales que insisten en mantenerse al margen de esa forma de lucha. La persona de izquierda puede militar en un partido electoral, un movimiento cívico, una organización sindical o campesina, una organización no gubernamental (ONG) de género o ecologista o en varias organizaciones a la vez. Lo importante es que se mantenga fiel a sus ideas y

a su compromiso personal. La centralidad de una u otra forma de lucha la fijan las condiciones particulares en cada país y cada lugar. Hoy por hoy, en México, esa función la cumple el parlamentarismo de izquierda, en la medida en que recoge fielmente las demandas legítimas de los movimientos sociales.

A diferencia del neoliberalismo y el neopopulismo que producen falsas esperanzas, la nueva izquierda no debe aspirar a presentar “un proyecto *de* nación” propio para el periodo actual. Sabe que la humanidad vive una serie de cambios y persistencias de efectos impredecibles y que el futuro no puede, actualmente, ser pensado como totalidad. Pero sí debe presentar “proyectos *para* la nación”, que tracen una estrategia para reanudar el crecimiento económico, combatir la desigualdad, ampliar la democracia y forjar un lugar más favorable para México en el proceso de globalización.

La crisis que vivimos no es sólo una crisis de la visión burguesa del progreso. Es una crisis de toda la civilización del siglo XX, porque abarca no únicamente al capitalismo, sino también los experimentos socialistas de Oriente y Occidente. La primera gran llamada de atención sobre su advenimiento fue la rebelión del 68 que cuestionó *todos* los sistemas existentes, tanto los capitalistas, en sus distintas versiones, como los socialistas. Deberíamos prestar un oído más atento a los dos grandes mensajes de la rebelión de aquellos jóvenes de París, Praga y México, consagrados en sus lemas: “Prohibido prohibir” —vale decir, no se puede transformar el mundo destruyendo un poder para erigir sobre sus ruinas otro; el futuro está en la extensión permanente de la democracia—; y “Cuando pienso en la revolución, quiero hacer el amor” —es decir, no es posible lograr la emancipación social sin la emancipación del individuo.

Las ideas que dan fortaleza a la izquierda son *la equidad*, que en México significa ante todo la erradicación de la pobreza y la extrema pobreza en que vive cuarenta por ciento de los mexicanos y, luego, la igualdad de oportunidades que permita a todos elegir su forma de vida productiva y contar con las condiciones para realizar su

elección; *la democracia integral*, que ve en el gobierno representativo sólo el primer paso de la democracia que debe extenderse a todos los ámbitos de la vida, para que los ciudadanos tomen decisiones y vigilen su realización en gobiernos, organizaciones sociales, de trabajo, de estudio y de recreación; *la emancipación radical de la mujer*, que se traduce en la igualdad de géneros en todos los campos y la erradicación de todas las formas del sexismo y la opresión; *el ecologismo*, que adopta una posición militante en defensa del medio ambiente y las riquezas naturales frente a todas las fuerzas destructivas desencadenadas por el mundo contemporáneo; *el respeto a la diversidad*, que es la semilla de un nuevo nacionalismo que asume la heterogeneidad étnica, lingüística y cultural de México; *un Estado democrático de responsabilidad social*, que en el marco del desarrollo económico acepta las tareas de asegurar la vigencia de los principios de equidad y democracia integral; *una globalización incluyente* que distribuya los beneficios de la nueva tecnología en forma más justa e igualitaria, y, por fin, *un nuevo orden político mundial* que asuma los intereses de la humanidad en su conjunto y no sólo los del capital trasnacional y los países más desarrollados.

De este conjunto de valores, en México el principio de la equidad es prioritario. Mientras existan dos naciones en una —la de los que carecen de los mínimos necesarios para una vida digna y la de aquellos que no sólo los tienen, sino que en ocasiones con insultantes excesos—, las demás reformas tendrán un carácter trunco y desigual. La erradicación de la pobreza exige movilizar a la sociedad en favor del crecimiento, la ampliación del empleo, la elevación del salario mínimo y de los niveles de los servicios sociales básicos (salud, educación, pensión y protección del empleo) y una reforma fiscal progresiva. Exige también combatir el hambre y la pobreza extrema con medidas de asistencia social.

En el mundo, las diferencias entre pobres y ricos han alcanzado niveles sin precedentes y los conflictos entre países y bloques de países se acentúan, adquiriendo expresiones amenazadoras. El siglo

XXI tiene ya sus guerras y tendrá probablemente sus revoluciones sociales, diferentes de las del siglo XX pero miembros, al fin y al cabo, de la misma gran familia que inició la Revolución francesa de 1789. Hoy, sin embargo, la izquierda mexicana no puede aspirar a realizar los grandes cambios que necesita el país por vía de la revolución. El dominio del capital trasnacional a nivel mundial, nuestra posición en el TLCAN y la relación de fuerzas dentro del país no son propicios para las transformaciones violentas y las crisis económicas que las acompañan. Además, el mandato mayoritario, contundente y perentorio del pueblo es el cambio en la paz.

El camino que queda abierto es el de un reformismo consecuente y visionario; la derrota paulatina del neoliberalismo como poder y como ideología dominante. En el caso de México, avanzar paso a paso en la redistribución del ingreso, la democracia participativa, el crecimiento económico y la construcción de una nueva soberanía, arrancando al adversario posición tras posición. El reformismo visionario es asumir la representación de los intereses y los sueños de los excluidos, hoy y aquí, vale decir, en el marco de un capitalismo en pleno proceso de transición a la sociedad de la informática, sin renunciar a la visión humanista fincada en la idea de una sociedad de mujeres y hombres libres. Es una serie de propuestas y de batallas para imprimir una nueva orientación a una globalización que hasta ahora excluye cualquier plan para los millones que se quedan fuera. No nos hacemos ilusiones de que esas reformas acabarán en forma acumulativa con el sistema capitalista, pero sin duda crearán condiciones objetivas y subjetivas mejores para las grandes transformaciones del futuro.

Plantear el reformismo visionario como estrategia básica de lucha es cuestionar uno de los mitos históricos de la izquierda mexicana, que arroja sobre el concepto de reforma un estigma y una sombra ofensivos. Durante ocho décadas la izquierda pensó y habló de la revolución, mientras en la práctica luchaba por reformas. En sus dos vertientes, la nacionalista revolucionaria y la socialista, cultivó asidua-

mente el mito de la revolución. Los primeros hablaban de "continuar la Revolución mexicana" o "regresar a los postulados de la Revolución". Los segundos, críticos de los resultados de la Revolución de 1910, discutían sin cesar el carácter de la nueva revolución que iba a darse en México y el estadio en que se encontraba su preparación. En los años sesenta, el comité central del Partido Comunista Mexicano (PCM) dedicó miles de horas a debatir si la revolución que venía era de liberación nacional o socialista y si nos encontrábamos en el periodo de acumulación de fuerzas o de preparación de la revolución. Sin embargo, en la vida práctica las luchas cotidianas giraban alrededor de demandas de carácter puramente reformista. Valentín Campa fue a la cárcel más de una vez, no por ser partidario de una nueva revolución, sino por defender sus derechos de expresión, organización y manifestación y encabezar movimientos con demandas sociales concretas. En la actualidad la aprobación de la Ley de la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA) hubiera cambiado profundamente al país sin mediar una revolución social. Es tiempo de aceptar la incongruencia de esa posición tradicional y asumir de lleno la importancia y la legitimidad de las reformas. El resultado será una transformación cultural de efectos profundos; una nueva visión de la militancia, del cambio social, de las victorias y las derrotas del pueblo y de la izquierda. Esta visión será menos apocalíptica y más realista, y permitirá al militante concentrarse en las tareas actuales sin perder la esperanza de una nueva sociedad. Servirá también para recordarle que en las condiciones actuales de México, el logro de reformas estructurales (como una redistribución moderada del ingreso) puede tener una dimensión revolucionaria en relación con una empecinada realidad que ha sobrevivido cinco siglos.

Nada hay de común entre el reformismo consecuente y la "tercera vía" de los dos Tony, Blair y Giddens, y su homólogo alemán, Gerhard Schröder, adoptada actualmente por varios partidos socialdemócratas de Europa occidental. Ellos consideran la universalización irrestricta del capital financiero, la desregulación de la competencia

internacional y la constante represión económica de la fuerza de trabajo como aspectos necesarios e inevitables de la modernización económica. Según eso, la tarea de la socialdemocracia sería apoyarlos, limitándose a defender medidas sociales que corrijan las limitaciones del "efecto de goteo" reaganiano. Habiendo renunciado a la política fiscal y monetaria anticíclica, a la regulación del mercado de trabajo y al derecho universal a los servicios del Estado de bienestar, los partidarios de la "tercera vía" se han transformado en exponentes de un neoliberalismo moderado, en el cual los problemas y las necesidades de países como México no tienen cabida alguna. Ese viraje de una parte de la socialdemocracia la coloca, definitivamente, fuera de la izquierda.

En nuestro país ninguno de los objetivos del reformismo consecuente es alcanzable en un solo sexenio. Todos ellos representan tareas que se extienden a lo largo de un periodo histórico. Por eso la izquierda necesita un partido capaz de mantener un rumbo estratégico y pensar a mediano y largo plazos. Necesita, también, movimientos sociales celosos de su autonomía, fieles a sus objetivos particulares y su función específica, pero que a su vez busquen entre ellos alianzas con fines y propósitos determinados, en forma directa y sin mediaciones personalistas. Las alianzas son fundamentales, porque la dispersión de las organizaciones de izquierda propicia inevitablemente la aparición y la centralidad mediadora de los caudillos, el paternalismo y el clientelismo y, además, multiplica las derrotas en las urnas. En esa lógica, no sólo es importante ganar las elecciones de mañana; hay que esmerarse para imponer los temas a discusión, obligando al contendiente a moverse dentro de ellos y elevar la conciencia popular sobre ciertos objetivos centrales. Y cuando se acceda al gobierno, llevar a cabo reformas difíciles de revertir que impidan a la derecha aprovechar cualquier ocasión para destruirlas.

El partido de la izquierda democrática necesita candidatos prestigiosos en la sociedad, pero también requiere poner en práctica una visión estratégica coherente. Y es aquí donde entra en conflicto

irreconciliable con el populismo que deposita esa función en el líder providencial o la facción, transformando así un proceso que es por necesidad colectivo en experiencia unipersonal o facciosa.

El poder del pueblo se construye desde la oposición y desde el gobierno por igual. El camino del reformismo visionario ha sido ya emprendido, incluso por el zapatismo que ha renunciado a la toma del poder por la vía de las armas y al papel de vanguardia programática para sí mismo, al asumir el principio democrático de mandar obedeciendo y el de la negociación.

El juego democrático excluye la permanencia de la izquierda en el gobierno durante periodos muy largos. Con frecuencia las elecciones se ganan o se pierden debido a factores coyunturales que poco tienen que ver con la confrontación de programas y la calidad de los candidatos. Una y otra vez, la izquierda puede ser sucedida en el gobierno por la derecha y viceversa. Por eso aquélla debe buscar la coherencia propositiva del movimiento, más allá de las victorias o derrotas electorales. En México existe un gran electorado conservador y/o de derecha; desde 1994, cuando las elecciones comenzaron a adquirir una transparencia razonable, se ha manifestado una y otra vez, cerrando el camino a los candidatos de la izquierda. Para ganar a ese electorado, ésta no debe renunciar a sus posiciones, sino buscar el diálogo y desechar mitos y prejuicios.

La izquierda sólo puede consolidarse defendiendo y promoviendo la organización independiente de la sociedad civil. En eso se concreta la estrategia de radicalizar la democracia. En última instancia, su futuro depende de su presencia y su influencia en ella. El control que ejercía antes el PRI desde el gobierno se ha debilitado, pero persisten muchas de las viejas relaciones y valores. Cuando las comunidades rompan las relaciones de subordinación con los caciques locales o los controles neoliberales, la izquierda debe estar presente promoviendo viejas y nuevas formas de organización y participación democrática de los pobres con sus redes informales entre campo y ciudad. Esas formas tienen una diversidad infinita, por lo que sólo se

definen a nivel local. Por eso, frente a los viejos métodos de control vertical, la izquierda debe dedicar sus mejores esfuerzos a la organización popular democrática.

Este libro está dividido en dos tomos. El primero consta de cuatro ensayos sobre temas que considero primordiales para la reconstrucción del pensamiento de la izquierda: el primero aborda el problema de la esperanza como punto de partida de cualquier proyecto de transformación del individuo y el mundo; el segundo se propone realizar un balance de la trayectoria de partidos y movimientos de la vieja izquierda que comenzó a desaparecer del panorama político en 1988; el tercero se ocupa del PRD, sus logros y fracasos, sus limitaciones y posibilidades, dado que en la percepción pública la posición de izquierda en el mundo parlamentario la ocupa este partido, de ahí su importancia en todo análisis referido al tema que inspira este libro; finalmente, el cuarto es un ensayo sobre el neocardenismo. Surgida en 1987, esta corriente es la prolongación de una larga tradición política que cubre casi setenta años. Su presente y su futuro son factores esenciales en el desarrollo de la izquierda.

El segundo tomo es una visión crítica del desempeño de la izquierda durante los años 1994-2000, el último sexenio de la era del partido único. Basado en una cronología y una selección estricta de artículos publicados en diferentes revistas y periódicos, aborda los acontecimientos en función de las tesis centrales expuestas en el primer tomo. Su tema central es el fin del viejo régimen y las batallas que alrededor de él se libraron.

EN TODO COMIENZO HAY UNA ESPERANZA

Hay días en que me levanto con una esperanza demencial, momentos en los que siento que las posibilidades de una vida más humana están al alcance de nuestras manos. Éste es uno de esos días. Les pido que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera. No pido ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión del hombre. Todos, una y otra vez, nos doblegamos. Pero hay algo que no falla y es la convicción de que —únicamente— los valores del espíritu nos pueden salvar de ese terremoto que amenaza la condición humana.

Ernesto Sábato,
La resistencia

No puedo imaginar un mirador mejor ubicado para iniciar el siglo XXI que el que nos brinda el verso de León Felipe “poned las baratijas en su lugar, los ídolos al polvo y las esperanzas a la mar”. Hoy muchos mexicanos se sienten confusos y desamparados. Pese al fin del régimen de partido único, la incertidumbre es generalizada. En las últimas dos décadas la economía no ha crecido y los niveles de vida de las mayorías se han desplomado. El suelo tiembla bajo nuestros pies y no sabemos por qué sucede ni cuándo va a acabar. Periodos similares han existido en nuestra historia. Pienso en el ambiente entre los indígenas, después de la Conquista y el que siguió a la guerra con Estados Unidos en 1847. Una mezcla de decepción, falta de

perspectivas, resignación y desconfianza en los líderes del presente. La pregunta es cómo ver lo que hay más allá de la densa niebla. Son numerosas las obras de prospectiva que tratan de los cambios tecnológicos y sociales que nos esperan. Sin embargo, casi todas los presentan como un destino inexorable que no podemos alterar y parecemos haber perdido la voluntad de comprenderlos y dirigirlos, de preguntar con fuerza: ¿quién soy, a dónde quiero ir y cómo puedo lograr mis objetivos sin perder el sentido de la vida?

Lo primero que necesitamos es reconstruir la esperanza, el anhelo y la confianza en la posibilidad de un futuro personal digno, un México mejor y un mundo más humano. Pero ¿existen bases para tal esperanza?

Una sociedad como la nuestra no puede vivir sin planes de un mundo mejor, porque su anacronismo nos invade y nos estruja a cada paso. La evidencia de su inviabilidad se nos impone en el contraste con otras sociedades más exitosas, la más poderosa de las cuales se encuentra en las afueras de nuestra frontera norte. Sin embargo, la tarea es, a todas luces, formidable. Como una pasta viscosa, la desorientación lo envuelve todo. Las presiones para sumirse en la rutina, la tradición y el pragmatismo parecen irresistibles. Y la pérdida de confianza en la acción transformadora se ha traducido en el paulatino debilitamiento de las formas colectivas de participación, tales como los sindicatos, los partidos y los movimientos sociales. Por eso la reconstrucción de la esperanza exige un inmenso esfuerzo, mejor dicho un triple esfuerzo: reavivar los valores cuestionados, renovar las formas de pensar e inventar el futuro. En la era de los cambios vertiginosos y las múltiples incertidumbres, la persona sólo puede avanzar si es a la vez responsable y creativa.

Quizá el mejor comienzo sea un diálogo con Ernst Bloch, quien se propuso investigar afanosamente el origen y la presencia de la esperanza en todos los actos de la vida, desde el más íntimo hasta el más público. El filósofo de Leipzig, a quien Walter Benjamin elevaba al nivel de Kafka y Brecht en el pensamiento alemán, demostró que toda

intención humana está sostenida por los sueños de una vida mejor y que el meollo de todo anhelo constructivo es la esperanza. Para él, la filosofía de nuestro tiempo “tendrá que tener conciencia moral del mañana, parcialidad hacia el futuro, saber de la esperanza o no tendrá saber alguno”.¹ La filosofía que él propone es la filosofía de lo nuevo y su espacio es todo aquello que la persona ha querido sin jamás lograr o fallar totalmente. Bloch se propuso llevar la filosofía a la esperanza, un inmenso territorio inexplorado en el cual reina la posibilidad, el triunfo y la derrota, y lo logró en forma espléndida.

A finales del siglo XX muchas esperanzas se vieron sepultadas, aparentemente para siempre. Y el peso terrible de esa apariencia nos impide mirar el futuro de frente. Se ha perdido la esperanza, porque ella está —como dice Bloch— enamorada del triunfo, no del fracaso. Especialmente afectada por el derrumbe de sus utopías, la izquierda ha visto la esperanza pasarse al campo enemigo. Pero el más grande error ha sido confundir el eclipse de algunas esperanzas con la muerte de La Esperanza. Perdida ésta, la persona prefiere refugiarse en el pragmatismo de lo inmediato y eso le impide concebir el futuro como materia maleable, como objeto de sus anhelos creativos. Y, sin embargo, pensar en lo que es mejor proviene en principio del interior. Indica todo lo que él está esperando... “Es precisamente el hombre derrotado —escribe Bloch— quien debe enfrentarse de nuevo al mundo externo. Lo que viene no está decidido, el pantano puede ser disecado por medio del trabajo. Combinando el valor y el conocimiento, el futuro no se impone al hombre como destino, por lo contrario, el hombre va al encuentro del futuro y entra en él con lo que es suyo.” Toda esperanza concreta puede naufragar en el desencanto, pero sólo muere en su integración en una nueva esperanza. O como dijo Kazantzakis, “la incertidumbre es el principio de una nueva certidumbre”.

La esperanza es enemiga del miedo y la resignación y elimina sus corrosivos efectos. Amplía a la persona y la proyecta hacia adelante mientras que la resignación la limita y la empequeñece. La esperanza, que produce la seguridad en la capacidad de la persona de

influir en la historia, forja "hombres que participan activamente en el devenir del cual ellos mismos forman parte";² la resignación, en cambio, los transforma en juguete pasivo e inerte de ese devenir. Una visión que no se limita a la contemplación y la interpretación exige como punto de partida el *pathos* (pasión) del cambio. No se puede pasar de una actitud defensiva de supervivencia a la acción transformadora sin reconstruir la esperanza.

Hay, es verdad, diversos tipos de esperanza. La persona teje sueños incesantemente. La mayoría de ellos son formas de huida o bien ilusiones consoladoras pero falsas. De acuerdo con su lugar en la sociedad cada mexicana o mexicano tejen sueños pequeños o grandes que duran un día o una vida sin trascender a lo colectivo. Habiendo perdido los grandes ideales solidarios, se han refugiado en los pequeños anhelos individuales o familiares. Pero hay sueños que no les permiten conformarse con lo malo que existe, que les impiden renunciar. Ellos son los importantes, porque tienen como núcleo unificador la esperanza.

En la reconstrucción de la esperanza, hay dos momentos. Uno es el *subjetivo*. Lo que Bloch llama el "soñar despierto" que abre la posibilidad de un mundo mejor negando las condiciones reales existentes. Se expresa en un anhelo que si no responde a una meta se vuelve un error indeterminado. Pero cuando adquiere, en cambio, un objetivo se transforma en búsqueda. Hay anhelos escapistas que en última instancia desembocan en el apoyo a la situación existente, como los anhelos de un Más Allá. Pero hay otros que, hundidos en la realidad y su horizonte, sirven para mantener en la persona el valor y encender la esperanza.³

El segundo es el *objetivo*. En él, el conocimiento y la teoría son aspectos fundamentales. Su papel es develar las contradicciones inherentes al orden establecido. El pensamiento crítico genera márgenes de lo posible, es decir, ideas del porvenir. Para Bloch, un ejemplo de ello fue el socialismo que se originó en una crítica de las formas de dominación existentes. La visión del futuro se vuelve esperanza verdadera, o esperanza inteligente, sólo cuando la razón entra en escena. La

función progresista de la utopía social sólo se realiza cuando su proyecto parece "mediado por la posibilidad y la tendencia social existente".⁴ Por eso la esperanza y la utopía necesitan ser reformuladas periódicamente. Así, la utopía se transforma en un determinante estable y fundamental del desarrollo social, mientras que las utopías concretas son superadas o incluso llegan a transformarse en parte de la ideología dominante. Ésta no es una excepción, sino una regularidad de la historia.

En la construcción de la esperanza hay resistencia, crítica del presente e ideas del futuro. Para que esté mediada por tendencias existentes en la realidad, esta idea del futuro se finca a la vez en la teoría y en la generalización de las experiencias cotidianas de los hombres y las mujeres de hoy. No importa si nace de la reflexión o de la acción, su desarrollo inevitablemente recorre ambos momentos.

En América Latina la vida y el pensamiento de uno de sus principales exponentes ejemplifica ambas experiencias. El Che gustaba de presentarse como un revolucionario práctico que había aprendido lo que sabía a través del método de la prueba y el error. Sus reflexiones sobre la guerra de guerrillas tuvieron ese carácter. Y, sin embargo, fue él mismo quien más tarde dedicó muchas de sus mejores horas a elaborar la imagen del "hombre nuevo".

En la reconstrucción de la esperanza, el futuro se presenta como *posibilidad, consecuencia y perspectiva*. La imaginación es capaz de concebir una gama de posibilidades prácticamente ilimitada.⁵ Pero para nuestro propósito sólo tienen significado aquellas que se sustentan en la crítica razonada de las condiciones existentes. Se presentan como posibilidades porque no conocemos todas sus condiciones y debemos dejar lugar para el azar. Lo realmente posible es, por lo tanto, una hipótesis, pero no arbitraria, sino sustentada en el riguroso análisis de las condiciones que la determinan. En la concepción de una actualidad que no está cargada de posibilidades, la vida se detiene y nacen los monstruos del "fin de la historia". La esperanza que necesitamos es la que se nutre de la crítica de la realidad presente, no la que dimana de la fe ciega en un futuro radiante.⁶ Hay que pasar de la es-

peranza basada en la confianza ingenua en la promesa de un mundo perfecto a la que se resuelve en la responsabilidad de un futuro mejor. Es una esperanza que no es metafísica pese a que nace de los sueños, porque está fuertemente anclada en los tres tiempos de la historia: un pasado que no ha concluido, un presente que está al alcance de la mano y un futuro: lo que todavía no-ha-llegado-a-ser. El pensamiento crítico conlleva inevitablemente un elemento autocrítico y aborda problemas de fondo. Pensamiento crítico e imaginación son componentes imprescindibles de la esperanza. La imaginación interpela el pensamiento crítico y la crítica enciende la imaginación. Los dos convergen para construir un posible, aun cuando éste sea hoy inviable. Y el posible convoca la esperanza que es el principio movilizador de una humanidad que no tiene por qué resignarse a su suerte.

La persona misma es —según Bloch— una posibilidad real en función de lo que ha sido en la historia y, sobre todo, de lo que puede ser. Del examen de las consecuencias de nuestros actos y las posibilidades que encierra esa actualidad, surgen los objetivos. Entre éstos y el presente se encuentra el tiempo que impone los ritmos, las posibilidades prácticas.

La esperanza es parte de la naturaleza humana. La parte precisa que se vuelve hacia aquello que todavía-no-es, para detonar la acción. Tiene raíces en la libertad y la rebeldía.⁷ Es la libertad la que permite a la persona soñar y esperar, es decir, construir esperanza.⁸ Le permite también tomar decisiones sobre el porvenir. Y es la rebeldía la que la lleva a enfrentar el miedo y la angustia frente a un futuro desconocido y amenazador. La esperanza no soporta una vida de perro e impulsa a la persona a volverse contra el orden establecido y la resignación paralizante. Para cumplir su papel en la generación de la acción, la esperanza debe ver al sujeto en las relaciones de la persona con las demás personas y con la naturaleza, no en el poder del Estado, el dinero o el hombre providencial.

Ernesto Sábato, el gran escritor argentino, el de *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abbadón el exterminador*, el que oscila entre la desespe-

ración y la esperanza, el creador que tiene una fe ilimitada en los jóvenes y mantiene su solidaridad con los desposeídos, pese a todos los testimonios de debilidad y traición que proporciona el siglo XX, cuenta en su ensayo autobiográfico *Antes del fin*:

Recibo cantidad de cartas de muchachos que se sienten al borde del abismo, no sólo de nuestro país, sino del mundo entero... Siempre me han preocupado estos jóvenes cuyos ojos están destinados a la belleza, pero también al infortunio porque ¿qué más desventurado que un sediento buscador de absolutos?

Te hablo a vos, y a través de vos a los chicos que me escriben o me paran por la calle, también a los que me miran desde otras mesas en algún café, que intentan acercarse a mí y no se atreven.

No quiero morirme sin decirles estas palabras.

Tengo fe en ustedes. Les he escrito hechos muy duros, durante largo tiempo no sabía si volverles a hablar de lo que está pasando en el mundo. El peligro en que nos encontramos todos los hombres, ricos y pobres...

No podemos hundirnos en la depresión, porque es de alguna manera un lujo que no pueden darse los padres de los chiquititos que se mueren de hambre. Y no es posible que nos encerremos cada vez con más posibilidades en nuestros hogares.

Tenemos que abrirnos al mundo. No considerar que el desastre está afuera, sino que arde como una fogata en el propio comedor de nuestras casas. Es la vida y nuestra tierra las que están en peligro.⁹

Puesto que, dice Sábato, todos los gobiernos se han olvidado que su tarea es promover el bien común, "la solidaridad adquiere entonces un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes. Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia. Pero antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario, volveremos a ser arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del

hiperdesarrollo". Junto a los jóvenes, Sábato ve a los desfavorecidos: "Cada vez que hemos estado a punto de sucumbir en la historia, nos hemos salvado por la parte más desvalida de la humanidad. Los jóvenes y los sumidos en la indignancia y el abandono, he ahí la fuente inagotable de la esperanza".

Para Sábato, no hay contradicción entre duda y esperanza. Son, por lo contrario, casi sinónimos. "Son muchos los motivos me dirás, podrías decirme —le escribe a su joven interlocutor—, para descreer de todo."

Los jóvenes como vos, herederos de un abismo, deambulan exiliados en una tierra que no les otorga cobijo... El escepticismo se ha agravado por la creciente resignación con que asumimos la magnitud del desastre. La banalidad con que se degradan los sentimientos más nobles, degenerando al hombre en una patética caricatura, en un ser irreconciliable en su humanidad.

Yo también tengo muchas dudas y en ocasiones llego a pensar si son válidos los argumentos con que he intentado hallarle sentido a la existencia. Me reconforta saber que Kierkegaard decía que tener fe es el coraje de sostener la duda. Yo oscilo entre la desesperación y la esperanza, que es lo que siempre prevalece, porque si no la humanidad habría desaparecido, casi desde el comienzo, porque tantos son los motivos para dudar de todo. Pero por la persistencia de ese sentimiento tan profundo como disparatado, ajeno a toda lógica —qué desdichado el hombre que sólo cuenta con la razón—, nos salvamos una y otra vez.¹⁰

Y después de reafirmar su fe en los jóvenes, las mujeres y los desvalidos, le dice: "Son millones de personas las que están resistiendo, vos mismo lo podés comprobar cuando ves a estos hombres y mujeres que se levantan a altas horas de la madrugada y salen a buscar un empleo... Miles de personas, a pesar de las derrotas y los fracasos, continúan manifestándose, llenando las plazas, decididos a liberar a la verdad de su confinamiento. En todas partes hay señales de que la

gente sale a gritar: ¡Basta!". Y para infundirle valor, insiste: "Hay que recordar que hubo alguien que derribó al imperio más poderoso del mundo con una cabra y una rueda simbólica. Una salida posible —le dice— es promover una insurrección a la manera de Gandhi, con muchachos como vos. Una rebelión de brazos caídos que derrumbe este modo de vivir donde los bancos han remplazado a los templos".

"Vivimos —termina— un tiempo en el que el porvenir parece dilapidado. Pero si el peligro se ha vuelto nuestro destino común debemos responder ante quienes reclaman nuestro cuidado."¹¹

Pero ¿cuál es el origen del desencanto y el desamparo de nuestros tiempos?

Contradicciones y paradojas

A primera vista todo debería ser confianza en un futuro mejor. La humanidad está entrando en una era cargada de posibilidades. La coincidencia de la revolución informática, la crisis tanto de la economía capitalista como de la estatista en los setenta y los ochenta, su profunda reestructuración; el ascenso en los años sesenta y setenta de movimientos inéditos —nos dice Manuel Castells¹² y las reacciones que produjeron, están dando vida a una nueva estructura social, una nueva economía y una nueva cultura. La lógica que impregna la sociedad actual está cambiando profundamente los términos de las instituciones y la acción social. No vivimos en una época de estancamiento o de decadencia ¿Por qué entonces ese profundo malestar?

El secreto está en las monstruosas contradicciones, las flagrantes paradojas, las incongruencias y los contrasentidos que marcan todos los aspectos de ese cambio. La mundialización está creando un objeto nuevo, el mundo en tanto que tal. Pero sólo captamos un fragmento, un aspecto del proceso: el económico. El mundo, así, es sinónimo de humanidad, pero la idea misma de humanidad es considerada obsoleta. El sistema se vuelve cada vez más sofocante, y quien mejor ha expresado esto es Esteban Katz:

Paralelamente a esta tendencia se identifica otra, no menos importante: la creciente coacción del sistema. La complejidad cada vez mayor de las sociedades modernas, ante todo su fragmentación en grupos y estratos que no siempre es congruente con la división de la sociedad en clases, suele ocultar, bajo la apariencia de la pluralidad y de la existencia de opciones limitadas, una rigidez cada vez mayor de los límites, de los códigos permitidos y de las alternativas posibles.

Si existe una tendencia empírica constante en los acontecimientos sociales de nuestro tiempo, entonces ésta parece ser la de la transformación del mundo en un gigantesco teatro de títeres.¹³

El progreso en la ciencia, la tecnología, la economía, la urbanización —que parecían asegurar un desarrollo histórico generalizado— revela en todo momento una ambivalencia. Las soluciones crean nuevos problemas a un ritmo vertiginoso. Los efectos negativos de la innovación amenazan con superar a los positivos. Ya sabemos que el desarrollo en los términos actuales no puede ser ilimitado y que si no se desacelera y regula puede producir catástrofes y, sin embargo, no contamos con las instituciones adecuadas para controlarlas.

El auge de las nuevas tecnologías, sobre todo la informática, provoca perturbaciones económicas y estancamiento, pese a que contienen un inmenso potencial liberador.¹⁴ El nuevo desarrollo productivo degrada la ecología y somete a la persona a un estrés nunca antes imaginado. La carrera por el crecimiento económico en el marco de la globalización se realiza con el sacrificio y la destrucción de todo lo que no obedece a la lógica de la competencia. El florecimiento del capitalismo ha impulsado el desarrollo del mercado mundial, pero ha producido la mercantilización generalizada, haciendo añicos las comunidades, solidaridades, actividades no monetarias y destruyendo, así, todos los tejidos de convivencia.

Desintegrada la familia ampliada, el vecindario, la reciprocidad solidaria, todas las iniciativas y las responsabilidades ciudadanas

son traspasadas al Estado, la empresa, el mercado. Los problemas de la juventud se han intensificado. En el último siglo, la diferencia que separa a los países ricos de los pobres se ha multiplicado por seis y en las últimas dos décadas el proceso se ha acelerado. Mientras que en quince países privilegiados que albergan a una cuarta parte de la humanidad el bienestar se ha incrementado sustancialmente, en setenta países el ingreso per cápita es inferior al de 1980 y en cuarenta y tres es menor que el de 1970. La población de esa parte del mundo es de 1.9 millones de personas, cerca de un tercio del total. Hay que señalar, además, dos fenómenos generalizados. Dentro de cada país las diferencias regionales se disparan y eso es tan cierto para Brasil o México como para Estados Unidos y Gran Bretaña, y el crecimiento de la pobreza y la extrema pobreza es ya un fenómeno global.¹⁵

Las grandes trasnacionales se erigen en rectoras de la nueva división del trabajo, mientras los Estados democráticos y las fuerzas populares se batan en retirada. Los cambios en las relaciones entre el hombre y la naturaleza exigen drásticas medidas de conservación, pero la resistencia a su adopción es hasta ahora todopoderosa. Clases sociales fundamentales como el campesinado y el proletariado fabril entran en un proceso de reducción acelerada o metamorfosis, mientras que amplios sectores se transforman en accionistas, sobre todo a través de los fondos de jubilación, o en pequeños empresarios de la economía informal. Sin embargo, no se ha explorado el significado de esta metamorfosis para la ideología y las formas de organización del pueblo en defensa de sus intereses. Los conflictos políticos y sociales del pasado parecen haberse desvanecido, pero los nuevos términos de las luchas sociales no acaban de definirse.

Se ha elevado el número de personas de la tercera edad, lo que ha modificado la estructura de la sociedad, pero en la mayoría de los países los problemas que eso plantea no han sido resueltos. Los procesos de integración regional y las grandes migraciones amplían los horizontes humanos pero reducen las funciones de la conciencia nacional, creando graves problemas de identidad. Aparece el fundamentalismo

como respuesta a esos procesos. El poder del Estado de intervenir en la economía se ha reducido drásticamente y ha impuesto nuevos límites a las formas tradicionales de hacer política. En los países desarrollados la proporción de los profesionistas altamente calificados crece rápidamente y la ciencia y el saber se transforman en un componente cada vez más importante de la producción, pero en el tercer mundo la educación se rezaga considerablemente. La democratización avanza en casi todo el mundo y se transforma en una poderosa fuerza, pero el poder económico y el ingreso tienden a concentrarse cada vez más.

En América Latina el modelo de industrialización basado en la sustitución de importaciones se hizo inviable hace ya treinta años y nadie piensa revivirlo, pero el nuevo modelo —que se basa en la dinámica del sector externo— no logra restablecer las tasas de crecimiento e impone un costo insostenible a la mayoría de la población. Como consecuencia de la trágica experiencia de los países del “socialismo realmente existente”, ya nadie habla de planificación centralizada, pero los estragos del libre mercado minan también la confianza en él.

Los problemas actuales de nuestra civilización son de una dificultad extrema porque encierran rasgos extraordinariamente positivos y extraordinariamente negativos y porque cada avance implica grandes retrocesos. De ahí la confusión y la desesperanza.

México es un excelente ejemplo de un país en el cual los destrozos de la época superan con creces sus beneficios. Los últimos tres gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) pusieron en marcha políticas que se propusieron adaptar nuestro desarrollo a los cambios que se han producido en el mundo. Se abrió radicalmente la economía mexicana al movimiento de capitales y al libre comercio a nivel internacional. Se firmó primero un tratado de libre comercio con dos países altamente industrializados y luego con la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). Se privatizaron casi todas las empresas del sector público. Mientras la industria nacional se derrumbaba, se dieron todas las facilidades a las maquiladoras. Se abrió de par en par el campo a la gran inversión privada. Se adoptaron políticas de austeri-

dad draconiana. Pero la economía no retoma su ritmo de crecimiento y el resultado ha sido desastroso para la mayoría de la población.

Entre 1938 y 1980 México vivió un periodo de crecimiento sostenido y de bienestar. Aun cuando la distribución fue desigual, la mayoría de las mexicanas y los mexicanos obtuvieron *algún* beneficio.¹⁶ En los últimos veinte años ha visto revertirse brutalmente esta tendencia. Pertenecemos al grupo de países cuyo producto per cápita es hoy el mismo que en 1980. Después del desastre de 1994, había descendido al nivel de 1965. Además, la concentración del ingreso se ha acentuado y las clases pobres se han empobrecido más aún.¹⁷ No es sorprendente que si en el primer periodo la cultura mexicana estuvo marcada por las esperanzas, el segundo haya provocado el escepticismo y el desaliento. Angustiosamente, las mexicanas y los mexicanos nos preguntamos si en un plazo razonable podremos retomar el camino de crecimiento, esta vez en condiciones más equitativas.¹⁸

Pero la incertidumbre cala muy hondo. Una vez más, la duda sobre nuestro sino vuelve a embargarnos. Tres sangrientas revoluciones en busca de la esperanza se nos aparecen sólo como momentos del círculo del eterno retorno. Y, sin embargo, los fracasos que en ellas hubo palidecen ante el desastre neoliberal.¹⁹

No puede enfrentarse lo absurdo sin esperanza. Pero no se puede construir esperanza, prefiguración de lo-que-no-es, sin recurrir al pasado. En éste hay, es verdad, tradición inmóvil, pero también hay una carga de esperanza no realizada. En todo pensamiento progresista pasado —afirma Bloch— hay un excedente que prefigura el futuro. Si volvemos al punto de partida del *pathos* del cambio, la rígida separación entre pasado y futuro desaparece. El futuro que todavía no ha llegado se hace visible en las esperanzas del pasado y “el pasado vindicativo y hereditario, transmitido y cumplido, se hace visible en el futuro”.²⁰

Separado de ese proceso, el pasado se vuelve un amasijo de hechos muertos, carentes de significado. En cuanto a la acción presente sólo se produce como parte del proceso y para ser razonada debe comprenderse como un hecho inconcluso tanto hacia atrás como ha-

cia adelante, un momento inseparable de ambos. Y el pensamiento no puede comprenderla sino con sus raíces en el ayer y sus consecuencias en el mañana.

Por lo tanto, sólo la fusión de los ideales del pasado y las promesas del futuro puede proporcionar una base para la reconstrucción de la esperanza. Sin embargo, es más fácil convocar esa síntesis que darle vida. Para comenzar hay que rechazar dos respuestas muy comunes al problema del pasado: la amnesia inducida y el fundamentalismo. La amnesia es una pérdida de memoria que se produce a raíz de un shock, un trauma o una enfermedad. Afecta la memoria que corresponde a la identidad, sin dañar otras habilidades menos personales, como son las motoras y las lingüísticas. La persona de principios de siglo sigue existiendo y actuando, pero ha dejado de preguntarse de dónde viene y a dónde va.

La amnesia es inducida por una ofensiva traumatizante sistemática y persistente contra todo aquello que en el siglo XX formaba parte de la rebelión contra el capitalismo y el autoritarismo. Su objetivo es producir la negación de recuerdos que pueden ser la base de la reconstrucción de cualquier esperanza que apunta más allá del sistema existente. El fundamentalismo en cambio es —en palabras de Anthony Giddens— un intento de defender la tradición en forma tradicional, vale decir, la ratificación de la verdad ritual en sí misma.²¹ Es la oposición empecinada en someter las utopías del siglo XX a la crítica consecuente que exigen sus descabros de los últimos veinte años, la resistencia a poner “las baratijas en su lugar y los ídolos al polvo”. No es la claudicación ante la amnesia inducida ni el refugio en el fundamentalismo, sino la recuperación crítica de la tradición con la vista puesta en el futuro. Ése es el gran reto de la época.

La condición humana

En las experiencias pasadas, hay tres argumentos avasalladores en favor de la esperanza. El siglo XX, ha dicho Hobsbawm, fue un

siglo de extremos, y éstos se convirtieron en grandes pruebas. Estos cien años nos dieron innumerables oportunidades de poner en evidencia toda la grandeza y la bajeza de que es capaz el alma humana y la persona probó con creces que ha nacido para ambas. Es también un siglo de contrastes.

Primer argumento. Hay en el ser humano una poderosa vocación de dignidad y libertad. Estos valores pueden ser temporalmente subyugados, pero no destruidos. Incluso en las condiciones más precarias, su llama se mantiene encendida.²² Dos guerras mundiales y unas cincuenta conflagraciones locales de importancia han costado la vida a cerca de doscientos millones de personas, la mayoría de ellas civiles. Al final de la primera guerra mundial, los europeos esperaban que fuera la última. Hoy, cuando todavía se escuchan los ecos del conflicto que enfrenta —en la cuna misma de la civilización— a árabes e israelíes desde hace cincuenta años, no podemos tener la misma ilusión. Sangrientas luchas civiles que se sucedieron desde la década de los treinta arrasaron países como España, Colombia, Etiopía, Nigeria y Afganistán. Y en lo que fue hace poco Yugoslavia, un país cargado antaño de promesas, el ruido de los cañones apenas si se ha extinguido. Y, sin embargo, es evidente que la era atómica y la transformación de la ciencia en fuerza productiva disminuye para el futuro, la utilidad y la eficacia de la guerra.

En ese siglo hubo Auschwitz y hubo Gulag. Hubo los horrores de Vietnam y las masacres de Pol Pot. Hubo hambrunas devastadoras y dolorosas olas de emigración masiva. Los asesinatos de Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Anwar el-Sadat e Itzhak Rabin, mensajeros del cambio en la paz, así como la larga prisión de Nelson Mandela, confirmaron las dificultades de ese camino. En una mortal reacción en serie, los excesos de un lado provocaron el extremismo del otro. Fascismo y estalinismo se entrelazan en una danza macabra que aún habita nuestras pesadillas.

Debemos siempre tener presente que en medio de las catástrofes recurrentes del siglo que recién terminó, los hombres y las muje-

res se vieron obligados a tomar partido y por lo tanto a cargar con la responsabilidad de sus actos. Quienes lo hicieron son, con todas sus caídas y errores, sin duda mejores que aquellos que se quedaron en casa para ver pasar a las víctimas, sin prestarles su apoyo solidario. Individualmente pueden haber mantenido sus manos limpias, pero de ninguna manera están exentos de la responsabilidad y la vergüenza colectiva que les imponen las catástrofes humanas del siglo XX.

En los primeros días de la nueva centuria, hay algo que me reconcilia con esa herencia. En todas las pruebas impuestas a la humanidad durante estos cien años, ha quedado demostrado, *beyond reasonable doubt*, que la persona no es un simple juguete del destino, del proceso macrohistórico; que posee cualidades indestructibles que le permiten enfrentarlo y, a veces, vencerlo. Por lo tanto, no tiene por qué rendirse hoy a sus mandatos. Incluso en las condiciones más extremas de la guerra y el campo de exterminio, *puede* conservar su libertad interior, su independencia espiritual y su capacidad de elección.

Los que estuvimos en campos de concentración —escribe Victor E. Frankl— recordamos a los hombres que iban de barraca en barraca, consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatarse todo salvo una cosa: *la última de las libertades humanas —la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias— para decidir su propio camino... Es esa libertad espiritual que no se nos puede arrebatarse lo que hace que la vida tenga sentido y propósito.*²³

Pero el espíritu libertario del ser humano no sólo se impone a la adversidad más extrema. Puede, también, resistir a la seducción superlativa de la comodidad material. En los términos complementarios de una negatividad imprescindible al espíritu crítico necesario para iniciar el siglo XXI y echar a la mar —como diría León Felipe— la barca de nuestra esperanza, Dostoievski aporta en su *Notas desde la clandestinidad* el mismo mensaje con una fuerza avasalladora.

Llenad al hombre con todas las bendiciones de la tierra; hundidle hasta por encima de la cabeza en un mar de felicidad de manera que sólo las burbujas floten a la superficie; dadle tal abundancia económica que no tenga más que hacer sino dormir, comer pastelitos de jengibre y presenciar el fluir de la historia, aun entonces, aun en este caso, el hombre, por pura ingratitud, por perversidad pura, haría algo odioso. Llegaría incluso a arriesgar los pastelitos de jengibre y desear la más perniciosa basura, la tontería más antieconómica, solamente para agregar su fantasía destructora a todo ese sentido común positivo. Desearía lograr para sí mismo precisamente sus sueños más fantásticos, su más trivial estupidez, sólo para asegurarse (como si eso fuera necesario) que la gente sigue siendo gente y no teclas de piano...

Y si resulta que no tiene los medios, pensará alguna destrucción o algún caos, inventará diversos sufrimientos, pero logrará su propósito... es decir, probarse a sí mismo que es un ser humano y no una tecla de piano.

La terrible y maravillosa historia del siglo XX demuestra que el individuo puede ser humillado infinitamente y tentado más allá de toda imaginación, pero que —a final de cuentas— ni la opresión ni la corrupción pueden aniquilar totalmente el espíritu “que nos hace seres humanos y no teclas de piano”.²⁴

Segundo argumento. El siglo XX ha sido el escenario privilegiado de la reafirmación de una larga tradición: la cultura de la rebelión y de la resistencia a la opresión: la reivindicación orgullosa e intransigente de la libertad contra la opresión, de la solidaridad frente al utilitarismo descarnado y de la dignidad contra la humillación, incluso cuando la victoria parece una quimera o la pasividad de las mayorías aparenta no tener fin.

En México, uno de los exponentes más auténticos de la cultura de la rebelión fue José Revueltas (1914-1976). Su obra literaria y su vida pública se funden armónicamente en la defensa intransigente

te de la libertad individual y colectiva. “La cuestión esencial del mundo contemporáneo —dirá— es la lucha por el libre ejercicio de la conciencia crítica.” Su rasgo distintivo es la fidelidad, hasta el sacrificio, a sus ideas y sus principios. Y en su época, esa fidelidad exigía el sacrificio. Activo en la política, Revueltas se opuso a la manipulación demagógica de los ideales de la Revolución mexicana, cuando eran ya la ideología de una burguesía cada vez más conservadora. Miembro activo del Partido Comunista protestó, hasta la expulsión, contra el dogmatismo, el autoritarismo y el culto al principio “el fin justifica los medios”, bastante comunes entre sus correligionarios.

La cárcel y la exclusión no mellaron su decisión. En una entrevista realizada en Lecumberri en 1969, Mercedes Paredes le pregunta:²⁵ “¿Por qué este afán de rebeldía? ¿Por qué esa terquedad?” y Revueltas responde: “Porque la historia es terca y yo tengo su misma insistencia”. No satisfecha, la entrevistadora insiste: “Pero señor Revueltas, el escritor también merece descansar, ese continuo batallar lo habrá cansado, merece el hogar”, y Revueltas retoma: “Sí, eso me decía entonces en las Islas Marías. Me decía: volveré y buscaré mi tranquilidad; dejaré que la injusticia pase de largo y cerraré los ojos. Pero los tengo bien abiertos y callar es transigir”. Podemos coincidir o no con diversos aspectos de la ideología de Revueltas. No podemos desatender su intransigente defensa de la libertad intelectual contra los amagos del poder.

Otro ejemplo de esa cultura de la resistencia es la Unión Cívica Potosina fundada en 1952 y rebautizada más tarde con el nombre de Frente Cívico Potosino. Ese movimiento, cuya lucha se extendió a lo largo de cerca de cuatro décadas, tuvo como principios rectores la defensa de los derechos ciudadanos fundamentales contra el caciquismo, el corporativismo priísta y el fraude electoral. Surgió centrado alrededor de la personalidad de Salvador Nava, un médico oftalmólogo de ideas sociales conservadoras que siempre se mantuvo estimado y respetado por su rectitud y porque daba consulta cobrando de acuerdo con la capacidad de los pacientes o simplemente sin cobrar. En 1958 su candida-

tura independiente, apoyada por fuerzas tan diferentes como los sinarquistas y los comunistas, se transformó en un movimiento masivo contra el cacicazgo de Gonzalo N. Santos y el impopular gobernador priísta Manuel Álvarez. El movimiento fue brutalmente reprimido, pero a fin de cuentas, Nava fue electo presidente municipal de la capital del estado. Su gestión, que no desmovilizó a la gente, sino que por el contrario le dio con su fidelidad a los principios una nueva dimensión, se transformó en un modelo de probidad y colaboración entre sociedad civil y gobierno. En 1961 se presentó como candidato independiente a la gubernatura de su estado. Para negar su victoria ratificada por la mayoría de los ciudadanos, el ejército ocupó la ciudad de San Luis Potosí y la represión que incluso costó la vida de su jefe de campaña se mantuvo por dos años más. Encarcelado y torturado en 1963, el excandidato no se dejó doblegar. Habría de protagonizar otras campañas electorales y numerosas movilizaciones cuyo objetivo fue siempre el cumplimiento de las leyes, el respeto a la voluntad popular y la dignidad. Alrededor de esa posición intransigente de principios, logró incluso en 1991 lo que todos consideraban imposible: la alianza entre el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Quizá su actitud de entonces sea la manifestación más clara de su posición: “Lo más importante —dijo— es que el pueblo se decida, que se entienda que el programa de gobierno que podría impulsar tendría como propósito central que se cumplan las leyes”. El movimiento quedará como un ejemplo de unidad en la defensa intransigente de los derechos ciudadanos, por encima de diferencias ideológicas o políticas.

Cuando en 1994 se rebelaron los indios de Chiapas, mientras empuñaban las armas, su palabra revivía la cultura de la rebelión. Pese a la cortina de humo y a la represión oficial, los zapatistas conquistaron muchas simpatías, porque su ejemplo renueva valores, derechos y esperanzas que comparten muchos mexicanos y mexicanas que han aprendido desde la primaria que la independencia, la separación del Estado y la Iglesia, la reforma agraria y los derechos de los trabajadores surgieron de la rebelión armada.²⁶

El Subcomandante Marcos relata que a principios de 1992 los responsables del Ejército Zapatista en las comunidades hicieron saber a los miembros de la guerrilla que la gente quería pelear. Ellos respondieron que las condiciones nacionales e internacionales eran extraordinariamente adversas: todo estaba en contra. Y, sin embargo, las asambleas indígenas reiteraron su decisión de empezar la guerra en la fecha que recordaba los quinientos años del inicio de la Conquista. No fue una decisión basada en el frío examen de las probabilidades de éxito, sino en el ascenso incontenible de la indignación y la evidencia del fracaso de los otros medios. Entonces recurrieron a los recuerdos de las luchas de los viejos.

Los cientos de miles de ciudadanos que salieron a las plazas a exigir "¡Alto a la masacre!" tampoco fueron movidos por el frío cálculo de la viabilidad de la rebelión chiapaneca. Ambas fuerzas se unieron en una cultura dominada por la idea o la intuición de que las rebeliones pueden fracasar muchas veces, pero que a final de cuentas son la fuente principal del cambio y el progreso social. Dos ejemplos de una larga tradición que se renueva en forma intermitente. Y cuando la llama de la cultura de la resistencia parece apagarse, las arbitrariedades y la inconsciencia de las clases dominantes se encargan de reanimarla.²⁷

Tercer argumento. La incertidumbre que caracteriza al presente se nutre de la combinación simultánea e inesperada del derrumbe de los experimentos socialistas del siglo XX y el triunfo del capitalismo estadounidense, el torbellino de transformaciones tecnológicas y económicas que anuncian un nuevo mundo y la emergencia de una nueva corriente conservadora que, conquistando millones de adeptos, se impone como ideología dominante. El entreveramiento de los tres factores produce una ruptura con las utopías del pasado, imprime al presente un sello de destino inexorable, rodea el futuro de un hábito de misterio sobrenatural y frena la emergencia de nuevos sujetos de cambio. La tarea —gigantesca— que nos espera es romper el hechizo producido por la avalancha conservadora con el pensamiento y la acción.

El potencial renovador de la izquierda está en su espíritu críti-

co, en la negación del sistema existente, del orden establecido y del poder dominante. Para construir la esperanza de una nueva sociedad, la persona debe antes destruir en su conciencia la sujeción a la presente. El principio de toda izquierda, tanto la de ayer como la de mañana, es la revelación de las contradicciones sociales existentes y el esfuerzo por construir los sujetos capaces de superarlas. Esta capacidad crítica, fuente inagotable de vida, se vuelve en momentos clave contra la decadencia de sus propias creaciones. Elevados al poder tanto en las sociedades estatistas como en las de bienestar, los partidos comunistas y socialdemócratas habían desarrollado fuertes tendencias conservadoras. Pero como hemos ya visto, la vocación crítica de la izquierda no había muerto. Cíclicamente, una parte de la izquierda se osifica, sólo para ser sometida a la crítica acerba de las demás corrientes. El principio de la posición crítica como detonante de la esperanza es tan válido para el mañana como lo fue ayer.

Desde los años sesenta, en el seno de la izquierda, el fracaso de los experimentos socialistas iniciados con la Revolución rusa era un desastre profusamente anunciado. No es que alguien previera el derrumbe de las sociedades que fueron sus escenarios y el contundente triunfo del capitalismo. Pero eran muchos los que, desde diferentes posiciones, sostenían que lo que en ellas se construía no era socialismo. Antes de morir en la realidad, la identidad entre las sociedades estatistas y la idea de socialismo estaba moribunda en las mentes. La izquierda de los años 1960-1990 está repleta de premoniciones de la izquierda de los años 2000-2030. Ya desde los años sesenta, la mayor parte de la izquierda apostaba al socialismo democrático. En su inmensa diversidad, la experiencia de esa izquierda puede producir la memoria necesaria para la reconstrucción de la esperanza en las primeras décadas del siglo XXI.

La izquierda de esa época era muy heterogénea. Había en ella corrientes socialistas, liberales y nacionalistas. En las primeras, existían manifestaciones autoritarias pero también democráticas radicales. Junto a los partidos socialistas y socialdemócratas, muchos de ellos en el

poder, estaban ya presentes los movimientos de liberación nacional, las organizaciones de defensa de los derechos humanos, los movimientos feministas, ambientalistas y antirracistas. En los países desarrollados de Occidente apareció una "nueva izquierda", profundamente crítica de las experiencias de la URSS y empeñada en buscar derroteros no hollados en la democracia y la economía mixta. En los territorios del "socialismo realmente existente" empezó a conformarse un movimiento contestatario que, bajo la bandera del socialismo democrático, cuestionaba radicalmente rasgos fundamentales del sistema surgido de la Revolución de Octubre. La "disidencia" se fue definiendo como alternativa en la persecución y la resistencia. El antiestalinismo de los yugoslavos, la Primavera de Praga en Checoslovaquia, Solidaridad en Polonia, presagiaban el nacimiento de una oposición democrática al estatismo en el cual desembocaron las revoluciones "socialistas".²⁸ En el seno de algunos partidos comunistas surgieron corrientes de renovación política y teórica que se enfrentaron al conservadurismo burocrático. El eurocomunismo es un buen ejemplo. En América Latina, la Revolución cubana y el gobierno de Allende representaron ensayos diferentes y originales de construir una alternativa al capitalismo dependiente, y el movimiento estudiantil de envergadura mundial de 1968 fue el anuncio de nuevas formas de lucha y de los nuevos problemas que enfrentaría el mundo. En África aparecieron movimientos emancipadores animados por las obras de Fanon y Nkrumah y la guerra de Vietnam impuso límites y costos insostenibles a las guerras coloniales. Esa efervescente izquierda no era estática ni estaba desvinculada del futuro. Lo peculiar es que el derrumbe de las sociedades estatistas y la crisis del Estado benefactor arrastró a todos los destacamentos de la izquierda, incluso aquellos que eran profundamente críticos de su significado. La explicación está en la presencia vigorosa de una nueva ideología conservadora que se apresuró a ocupar todos los espacios vacíos, firmemente impulsada por las trasnacionales, el FMI y los gobiernos conservadores de Reagan y Thatcher. El joven socialismo democrático se hundió junto con su antítesis, el decrepito socialismo autoritario. Pero la deba-

de hace diez años y las victorias del capital trasnacional de los últimos veinte años no pueden invalidar esas experiencias. Sólo nos obligan a una recuperación crítica de sus contenidos a la luz de la problemática del futuro. Después de los sucesos de 1989, ninguna de las tradiciones de la izquierda de esos años puede ser tomada tal cual, ni siquiera el socialismo. Pero existe un hilo de continuidad entre sus esperanzas y las que deben ser construidas para el futuro.

El gran fraude

Como la desesperanza es una condición insostenible, la ideología dominante produce incesantemente esperanzas fraudulentas. Un ejemplo actual es el "pensamiento único". Y puesto que el neoliberalismo es la ideología dominante de nuestro tiempo, el cuestionamiento del statu quo se inicia con su crítica. El neoliberalismo es una vieja utopía transformada en ideología conservadora. En ella la civilización dominada por las grandes trasnacionales cobra nuevos bríos en la ilusión de que la restauración de las condiciones originales del capitalismo podrá resolver todos los grandes problemas contemporáneos. El desbordado optimismo de Adam Smith en la mano invisible que anunció el advenimiento de la economía de mercado, resurge como principio rector de las transformaciones económicas y técnico-científicas de fines del siglo XX. Ahora es una versión aerodinámica del empresario schumpeteriano la que recorre el mundo como un fantasma, amenazando con lanzarlo vertiginosamente hacia delante, sólo para que al final naufrague en las ilusiones de hace dos siglos.

Lo más monstruoso es que para un mundo nuevo, el pensamiento único no ofrece una sola idea nueva. Ataviada con las últimas novedades de la tecnología, carece totalmente de ideas filosóficas y sociales que no hayan sido mil veces rebatidas en la teoría y en la práctica.²⁹

A las deficiencias y los abusos del estatismo y del Estado benefactor, el neoliberalismo responde con un proyecto que revive las de-

ficiencias y los abusos del capitalismo salvaje. A los vicios y las imperfecciones de los sistemas que rigieron la posguerra se responde proponiendo como remedio los desastres y las calamidades de los albores del capitalismo. Utopía conservadora en Von Hayek y Friedman, el neoliberalismo se vuelve ideología dominante desde Reagan y Thatcher.

El neoliberalismo es una esperanza fraudulenta, porque absolutiza las cualidades innovadoras del capitalismo mientras oculta su temible capacidad destructora. Su pretensión de transformarse en "pensamiento único" es particularmente destructiva porque se funda no sólo en la crítica violenta del socialismo, sino también en la de los ajustes que se impuso el pensamiento liberal en la era de Keynes y de Roosevelt.

En este sentido, aun cuando no renuncia a la democracia, se coloca en el mismo terreno que el fascismo. El siglo XXI no puede construirse a imagen y semejanza de los experimentos socialistas de este siglo, pero tampoco en un regreso al capitalismo puro del siglo XIX.

El neoliberalismo es la respuesta ideológica de las grandes trasnacionales y las fuerzas conservadoras a la desesperanza de este principio de siglo. Es tan fraudulenta como el "happy end" de las películas hollywoodenses, el renacimiento de los viejos fundamentalismos nacionalistas o religiosos, la fe ciega en el caudillo o el hombre carismático, o la creencia de que el avance tecnológico produce automáticamente el progreso humano. Estamos ante una ideología conservadora muy peculiar: en lugar de defender el statu quo, se presenta como portadora de su transformación radical. Pero su propuesta es que para abrir paso al futuro, hay que dismantelar todo lo que los experimentos socialistas del siglo XX construyeron. Frente a sus embates, la izquierda se ve frecuentemente arrinconada a adoptar una actitud conservadora: en los países desarrollados de Occidente se vuelve defensora del Estado de bienestar; en América Latina, del Estado desarrollista. Aparentemente, los papeles han cambiado: existe una derecha portadora del cambio y una izquierda conservadora.³⁰

Pero eso es sólo en apariencia, lo que realmente propone es abrir paso a todos los cambios tecnológicos y económicos, regresan-

do a los principios más prístinos del capitalismo. Su blanco son las reformas sociales obtenidas por las luchas populares del siglo XX. Su "transformismo" es, por lo tanto, una reivindicación del pasado, una fuga hacia atrás. La izquierda, en cambio, aparece como petrificada por el reto del futuro. No se atreve a proponer un regreso a las viejas soluciones socialistas porque ha perdido confianza en ellas, pero tampoco tiene respuestas originales con las cuales hacer frente a la aparente novedad del neoliberalismo. El resultado es el pragmatismo. La izquierda puede sin duda recuperar espacios políticos (y tanto en Europa occidental como en América Latina lo está haciendo con éxito) pero no puede pensar el futuro en sus propios términos. Cuando habla, lo hace como reformadora del neoliberalismo o como negación y resistencia, sin las propuestas viables necesarias para la construcción de políticas prácticas.

La nueva corriente se presenta como esperanza porque parece tener una respuesta simple y contundente a todos los temblores que sacuden a la sociedad actual y los temores que la sobrecogen: el problema no es demasiado capitalismo, sino demasiado poco capitalismo. Para el neoliberalismo, un sistema de mercado competitivo y autorregulado no sólo aumenta la eficacia económica, sino que es una garantía de libertad individual y democracia. Sus voceros colocan el individualismo económico en el corazón mismo del orden social. Éste procede impulsado por la coordinación espontánea y mecánica de muchos individuos que actúan por motivos propios y su modelo ideal es un mercado que funcione bien. La empresa capitalista deja de ser un problema para la civilización contemporánea para transformarse en el centro de todas sus soluciones.³¹

Su pretensión hegemónica se sustenta en un hecho histórico real: mientras los sistemas centralmente planificados y el Estado benefactor sufrían un colapso y, lo que es peor, claudicaban ideológicamente, las multinacionales y la economía de mercado se convirtieron en las portadoras de todas las innovaciones de nuestra época. En dos décadas, el mercado capitalista ha comenzado a integrar acelerada-

mente a su mundo al tercio de la humanidad que se mantenía empeinadamente fuera de su alcance. Pero sería un gran error pensar que el vertiginoso proceso de cambio de los últimos años es inédito, que se mantendrá indefinidamente y que obedece a tendencias sin precedente.

Sabemos por la historia que la etapa más acelerada de los cambios tecnológicos tiene límites. Y esos límites si bien son difíciles de prever, no son por eso menos inexorables. Cada revolución industrial del pasado terminó en un periodo de innovaciones más lentas. La revolución comunicativa continuará sin duda su paso por un buen tiempo, pero el crecimiento del comercio internacional no durará para siempre. La tan pronosticada desaparición de los Estados y las naciones está siendo frenada por contrafuerzas poderosas y la sustitución del ser humano por el robot se enfrenta ya a problemas de difícil solución.

Tanto la primera como la segunda revoluciones industriales se caracterizaron por el contraste lacerante entre un inmenso desarrollo productivo y un panorama devastador de desvalorización y miseria humanas. Los autores que pintaron ayer ese mundo de maravillas y horrores, como Charles Dickens o Upton Sinclair, deberían ser los autores de hoy. Pero sus obras son testimonios de épocas que desembocaron en una cadena de revoluciones y de guerras. La segunda revolución industrial produjo la Revolución mexicana, la china, la rusa, la húngara, la alemana, la turca en las dos primeras décadas del siglo XX. Y ningún gurú fue capaz de predecir el lugar, la fecha y la forma del estallido. El periodo 1914-1945 fue de guerra mundial brevemente interrumpida, de depresiones y hambrunas generalizadas. ¿Se quiere repetir inexorablemente el ciclo por tercera vez o podremos por fin prevenirlo y superarlo? Ésta es una pregunta que no se puede responder sin recurrir a la esperanza. Si cambiamos de mentalidad, el peligro puede generar la creatividad y la lucha. La historia siempre es novedosa y nunca se repite al pie de la letra. A pesar de las desilusiones acumuladas, no hay motivos para ignorar las señales que indican la *posibilidad* de un desenlace diferente. Formamos parte de

una historia de grandes esfuerzos. En ella hay errores terribles, pero también aciertos grandiosos. No podemos evitar totalmente los primeros ni asegurar los segundos, pero sin duda podemos inclinar la escala en la dirección deseada.³²

El neoliberalismo es una amalgama de tradiciones liberales y conservadoras con respuestas aparentemente claras y polémicas a los cambios de fin de siglo. Es una concepción universalista que sostiene que sus paradigmas son aplicables a cualquier pueblo, en cualquier parte del mundo. Ha capturado la mente y la imaginación de millones e influido profundamente en la marcha de la historia en los últimos veinte años. La izquierda no puede pasar de la resistencia a la acción transformadora sin responder a fondo al reto. Sus respuestas deben ser teóricas, ideológicas y políticas; deben reconciliar los objetivos inmediatos con la visión a largo plazo. Mientras no se avance sustancialmente en esa dirección, la esperanza no podrá regresar a su campo.

Para construir una visión de lo posible, debemos abordar el problema de la utopía, de su función como crítica del presente y propuesta que va más allá de lo actualmente posible. En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels reivindica los aspectos positivos de la utopía como crítica del presente y premonición del futuro. Saint-Simon —nos dice— esboza con “amplitud genial casi todas las ideas no económicas de los socialistas posteriores”³³ y Fourier, “en forma magistral”, critica las relaciones entre los sexos y la condición de la mujer en la sociedad burguesa. Para el historiador la utopía pasada es un testimonio importante del estado anímico de una sociedad. Para el pensador político es la expresión de los anhelos y los sueños no realizados que alberga la conciencia colectiva.

Hay dos tipos de utopía: la primera es la del mejor de los mundos, la que construye paraísos terrenales. En ella, la armonía, la igualdad, la solidaridad y la libertad están plenamente realizadas. Después de las experiencias del siglo XX, podemos decir que las utopías absolutas son no sólo imposibles, sino también altamente peligrosas. La idea

de la “nueva sociedad” o el “hombre nuevo” en la cual se resuelven de una vez para siempre todas las contradicciones humanas, evoca la frase de Goya: “Los sueños de la razón producen monstruos”. La imperfección es una condición de toda civilización. Hay sistemas perfectibles, pero ninguno perfecto. La contradicción entre valores e intereses es una característica estable de todos ellos. Los portadores de utopías absolutas, en nombre de las cuales se exige a la humanidad el sacrificio de derechos fundamentales, sólo han producido grandes tiranías.

El segundo tipo de utopía sostiene la posibilidad de un mundo mejor, un futuro diferente. En él, contradicciones fundamentales del presente han sido resueltas, pero los conflictos, las tragedias, los dolores inherentes a la condición humana no han sido abolidos. Incluye objetivos irrealizables en las condiciones actuales (si no dejaría de ser utopía), pero no la armonía universal. No aspira a desaparecer todas las desgracias humanas, pero sí las que se deben a defectos de las instituciones sociales, políticas y económicas.³⁴

Frente a la utopía abstracta, se plantea la utopía concreta. Una utopía que surge no de principios inventados que ignoran las condiciones reales y el movimiento histórico, sino la que se sumerge en ellos, tratando de preservar una cuota de lo imprevisible, “cierta anticipación imaginativa allí donde el conocimiento y la previsión basada en él se detiene” para renovar incesantemente la acción transformadora. “Lo utópico —dice Sánchez Vázquez— apunta a un posible, irrealizable hoy y tal vez realizable mañana, pero a condición de que lo posible tenga cierto arraigo en lo real.”³⁵ La nueva utopía debe construirse libre de todo determinismo en el cual el efecto combinado de la promesa de un “futuro luminoso” con una historia cómplice que funcionara como garantía de la realización de lo que se anunciaba en textos canónicos, llevó a la creencia de que el binomio “razón-poder” podía gobernar el mundo.

Frente a la utopía cerrada y excluyente, una utopía abierta y pluralista. La gran lección del siglo XX es que más que un proyecto acabado, la utopía debe ser una propuesta movilizadora. Más que apo-

calíptica, su función es organizadora. Por lo tanto, se concibe como inconclusa y cambiante, no como objetivo final intocable. La posibilidad futura no es inflexible y su instauración seguramente no será total. La utopía que se construye en la libertad estará inevitablemente abierta a múltiples variantes y uno de sus rasgos definitivos será el pluralismo. Además debe ser una utopía que no se detenga en un logro por convincente que éste parezca. Debe estar marcada por la conciencia de que cada gran victoria de la civilización humana es, a la vez, un punto de llegada y un punto de partida.

Los dos grandes modelos que dominaron la imaginación de la humanidad en los últimos setenta años —el socialismo estatista y el libre mercado capitalista— han fracasado porque eran o son absolutos, porque aspiraron y aspiran a la ortodoxia, la unanimidad y la seguridad total. La nueva utopía debe estar impregnada de un pensamiento secular y crítico opuesto a cualquier forma de fundamentalismo.

La idea de que la utopía debe ser introducida en las clases trabajadoras desde fuera pudo tener algún sentido a finales del siglo XIX. En la era del ascenso de la educación y la Internet se ha vuelto totalmente reaccionaria. El socialismo se petrificó y se hizo conservador cuando confió la elaboración de la utopía a grupos cerrados de pensadores y teóricos: el “cerebro colectivo del proletariado”. La construcción de la nueva esperanza será un fenómeno mucho más complejo en el cual el individuo, el grupo social y el pensador interactúen en un complejo proceso de libre intercambio de ideas y experiencias. No hay principio sin esperanza y éstos son algunos de los pasos necesarios en la gran labor de reconstrucción que nos espera.

RÉQUIEM POR LAS VIEJAS IZQUIERDAS

“Sí —dijo el ujier—, son acusados, todos los que ve aquí son acusados.” “¿De veras?” —dijo K. Entonces son compañeros míos.”

Franz Kafka, *El proceso*

Los partidos programáticos

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, en México los partidos socialistas y la mayoría de los movimientos sociales con inclinaciones izquierdistas sufrieron un colapso del cual no se recuperarían jamás. A partir de 1989, la izquierda adoptó nuevas formas de expresión y su lugar en la sociedad cambió. Surgieron el Partido de la Revolución Democrática (PRD) como centro aglutinador de quienes aceptaron la importancia de la vía electoral y parlamentaria, y cinco años más tarde el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que cumple el mismo papel en los círculos radicales y guerrilleros. El resultado no es aún una nueva izquierda, sino una situación en la cual, según las palabras de Gramsci, lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de nacer.

No se trató de un fenómeno aislado. En todo el mundo estaba sucediendo lo mismo. Los países del así llamado “socialismo real”, abandonaron apresuradamente todo lo construido durante siete décadas para integrarse, *sans façons*, al mundo capitalista. El fracaso del modelo soviético, ya anunciado por muchos sectores de la izquierda, se hizo realidad. Yugoslavia inició su descomposición que terminó en guerras étnicas, mientras los socialismos asiáticos se refugiaban en el pragmatismo y la persistencia del sistema de partido único.

En Europa occidental y Estados Unidos la derecha regresaba

con Thatcher y Reagan al poder, cuestionando muchos de los logros del Estado de bienestar. En América Latina, los movimientos guerrilleros se replegaron acogiéndose a acuerdos de pacificación que les abrían el camino a la participación electoral. En Nicaragua, bajo un severo hostigamiento de Estados Unidos, se produjo la inesperada derrota electoral de 1990, y en el Cono Sur, después de las guerras sucias por medio de las cuales las dictaduras aniquilaron la oposición revolucionaria, se iniciaron las transiciones a la democracia, con una izquierda mucho más moderada que en el pasado.

En México, el proceso adoptó rasgos particulares. La unidad, la conquista de un electorado significativo, la inserción en la verdadera lucha por el poder, vino acompañada de la desaparición del socialismo, la pérdida de brújula ideológica en nombre del pragmatismo, el eclipse de la militancia y el ascenso del caudillismo y los grupos de interés.

La idea de la creación de un gran partido electoral de oposición izquierdista surgió mucho antes que la idea de un partido de oposición católico-liberal¹ que acabó materializándose en el Partido Acción Nacional (PAN). Durante décadas el Partido Comunista Mexicano (PCM) insistió en el proyecto. Pese a las persecuciones no dejó de participar en los procesos electorales, empeñado en exigir en la práctica un derecho que no le era negado por la ley. En los años veinte tuvo diputados, y en 1928 apoyó activamente la candidatura a la presidencia del general magonista Pedro V. Rodríguez Triana, presentada por el Bloque Obrero y Campesino. En 1934, su candidato fue Hernán Laborde. En 1952, después de intentos infructuosos de crear un frente unido con los henriquistas, acabó apoyando a Lombardo Tolledano; en 1958 lanzó la candidatura del maestro Miguel Mendoza López, viejo militante revolucionario, y en 1963 su candidato fue Ramón Danzós Palomino, connotado dirigente campesino miembro de su comité central. En 1976, la última elección presidencial a la cual concurrió bajo sus propias siglas, el PCM lanzó la candidatura sin registro de Valentín Campa, conocido dirigente obrero.² Además, durante todos esos años, el PCM participó en numerosas campañas loca-

les, en las cuales las posibilidades de éxito, debido al sistema imperante, eran nulas. En 1951 el Partido Obrero-Campesino Mexicano (POCM), formado con militantes expulsados del PCM, exigió la elaboración de un padrón electoral confiable y más facilidades para el registro de nuevos partidos. También se pedía el derecho electoral para las mujeres y los jóvenes de 18 años.³ En 1974, el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) surgió como partido amplio de adherentes que se proponía luchar por la legalidad y el registro, objetivo que orientó su actividad durante sus once años de existencia. Ya en los estatutos aprobados en su congreso constituyente, se dice: "Después de llenados los requisitos previstos en la Ley Federal Electoral se solicitará el registro del Partido Mexicano de los Trabajadores".⁴ Sólo la falta de registro impidió al PMT participar en las elecciones que siguieron a su fundación. Esos esfuerzos transcurrieron siempre bajo condiciones de hostigamiento y represión y quizá por ello la izquierda independiente siempre consideró que el verdadero camino del cambio sería la revolución. La actividad electoral sólo debía servir para difundir el programa, hacer proselitismo y organizar al pueblo. Sin embargo, a través del programa y las actividades electorales se fueron forjando actitudes y valores que veían la actividad parlamentaria como necesaria para el desarrollo político de los trabajadores.

Si bien la revolución era la principal vía de cambio social, la mayoría de las organizaciones de la izquierda programática consideraba que no era una tarea de realización inmediata. Las condiciones no estaban dadas. La preparación de la revolución incluía una serie de tareas democráticas y propedéuticas, pero su advenimiento era considerado como inevitable.

Esta concepción tuvo profundas consecuencias culturales y éticas. Excluidos en su patria de los derechos ciudadanos y electorales, los militantes de la izquierda programática se sintieron solidarios con todas las luchas emancipadoras en el mundo. Algunos de ellos participaron en movimientos revolucionarios en otros países de América Latina o enfrentaron a la policía en actos de solidaridad con Cuba

y Vietnam. Todos se esforzaban para conducirse como verdaderos revolucionarios. Firmeza de principios y sacrificio de los intereses personales en bien de los trabajadores; valor ante la represión y la persecución, éstos fueron los ideales dominantes en las organizaciones que no podían ofrecer beneficio material alguno a sus agremiados. Muchos sufrieron cárcel o exilio. El sentido de misión, el desinterés, el altruismo, la honestidad y la solidaridad son las cualidades y los ideales que se persiguen, se practican y se emulan diariamente. En la práctica, el espíritu rebelde encendido por la idea de la revolución se volcó en la lucha por la democracia, por romper el cerco autoritario que impedía la presencia legal de la izquierda en la vida política nacional. Sólo la guerrilla se propuso iniciar la revolución y buscar la toma del poder por la vía de las armas.

Esta tendencia se acentuó aún más a partir de 1968, que fue en esencia un movimiento por la democracia. Además, la izquierda en el mundo también conocía cambios profundos. Hacia los años sesenta, el centralismo del marxismo soviético y la socialdemocracia se desgastaba para abrir paso a la influencia de la Revolución cubana y el Che, la nueva izquierda europea, el feminismo y el ecologismo. Ya para aquel entonces la izquierda era una suma de impulsos extraordinariamente heterogénea en lo ideológico y lo político.⁵

En México la ruptura con las viejas centralidades tenía que manifestarse inevitablemente en la crítica del gran concepto unificador, el gran mito de la cultura política dominante: la Revolución mexicana.

Hasta finales de los cincuenta, la mayor parte de la izquierda independiente se veía a sí misma como el ala radical o socialista de la Revolución mexicana. Una de las expresiones ideológicas de esa posición era el lombardismo; otra más radical, la representada por el PCM. Las experiencias acumuladas en los años de la contrarrevolución de terciopelo (1940-1952) y la gran represión de 1956 a 1958, la convencieron de que la "familia revolucionaria" que gobernaba, nada tenía que ver con los ideales de la Revolución mexicana y que representaba la consolidación de una nueva burguesía.⁶

A partir de entonces, la renovación del pensamiento de la izquierda tomó la forma de una crítica de la Revolución mexicana en general, y el periodo cardenista en particular. Las décadas de los sesenta y los setenta estuvieron marcadas por grandes debates sobre el tema.

Con la crítica de la ideología de la Revolución mexicana que seguía siendo a la vez dominante y oficial, la izquierda puso las bases para la construcción de una tradición y un proyecto claramente diferentes de los impulsados por los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Frente al partido de Estado que se empeñaba en presentarse como heredero de la Revolución mexicana, la izquierda independiente propuso una revolución socialista.

Lo peculiar es que la crítica del mito oficial de la Revolución mexicana no desembocó directamente en una propuesta democrática, sino en la idea de que habría que hacer otra revolución, esta vez socialista. Que esto sucediera en 1960, a dos años de la Revolución cubana y en plena semilegalidad, es comprensible. Lo que es aún más peculiar es que casi treinta años más tarde, en 1988, el partido que surgió de la fusión de la izquierda independiente y el nacionalismo revolucionario recupere en su nombre el mito revolucionario, pese a que su práctica y su cultura nada tengan que ver con la revolución. La única explicación es el lugar que ocupa el concepto de revolución en el imaginario popular.

Pero en la idea de la nueva revolución, la democracia desempeñó un papel muy importante. Habiendo optado por renunciar a la estrategia de "rencauzar la Revolución mexicana" ya desde 1960, el PCM adoptó la línea de "impulsar una nueva revolución". En el XV Congreso realizado en 1977, esta revolución fue definida en los siguientes términos:

La nueva revolución aspira a cambiar el carácter del Estado mexicano actual, basado en el dominio de la gran burguesía. Por el tipo de Estado que crea la nueva revolución superará los marcos de la democracia burguesa y preparará el advenimiento de la democracia socialista. Por las transformaciones

económicas que realiza, la nueva revolución debilitará las bases del capitalismo y creará las condiciones materiales para el paso al socialismo.⁷

El camino para acelerar el advenimiento de la revolución era “emprender una gran lucha en defensa de la democracia”.

Debe —decía otro documento de ese congreso— imponerse el respeto a las garantías consagradas en la Constitución, lograr la inmediata e incondicional libertad de todos los presos políticos, reclamar la plena libertad sindical, la restauración del derecho de huelga, la defensa del derecho de los campesinos a la tierra y a la organización independiente y arrancar de las manos del ejército la autonomía universitaria.⁸

Éste es, como puede verse, un concepto de la democracia que va mucho más allá del proceso electoral.

Es evidente que para el PCM la preparación de la revolución pasaba por la conquista de la democracia. Esta última se transformaría así en el principio rector de la política inmediata, mientras que la revolución adquiriría el carácter de perspectiva ideológica. La lucha por la democracia normaba la práctica, la revolución social, el fin último, con un impacto más ideológico y moral que práctico. La lucha por la libertad y la democracia era práctica cotidiana, la revolución motivo de esperanza y debate teórico.

La posición del PMT no era muy diferente. Consideraba que la revolución no era tarea de una vanguardia. Sólo el pueblo podía hacerla y era él quien tenía “el porqué y el cómo”. La libertad política era una condición para emprender el proceso revolucionario. “¿Cómo puede organizarse a esa mayoría, si no existe libertad de reunión, libertad de asociación y libertad de expresión?” Afirmaba que puesto que la Constitución otorga a los mexicanos el derecho de cambiar sus formas de gobierno, la construcción de una sociedad en la que los medios y los instrumentos de producción pertenezcan a los trabajadores

podía hacerse por la vía legal.⁹ Llamaba a recuperar la tradición revolucionaria del pueblo mexicano sin subestimar las limitaciones de cada ola subversiva específica. Como puede verse, ya iniciados los años setenta, para la izquierda la política práctica era la lucha por la democracia, y el concepto ideológico, unificador, la revolución social.

Algunos trotskistas llegaron a la conclusión de que en México no había habido una revolución democrático-burguesa triunfante, sino una “revolución permanente, inconclusa”, campesina y pequeño-burguesa, que no había terminado. El gobierno de Lázaro Cárdenas representaba su expresión más avanzada. En él, la pequeña burguesía radical realizó importantes reformas. El proceso no se convirtió en una marcha hacia el socialismo debido a la incapacidad de la dirección proletaria socialista de aprovechar las grandes movilizaciones populares. En este fracaso —siempre según los trotskistas— desempeñaron un papel determinante los errores y traiciones del lombardismo y el PCM. Pese a su aparente radicalismo, su posición era todavía bastante cercana a la oficial que de hecho era una especie de “revolución permanente”. Sólo que el futuro de la revolución se depositaría no en las manos de los gobiernos del PRI, sino en las de los trabajadores. No es casualidad que el principal ideólogo de esa posición, Adolfo Gilly, viera en la aparición de Cuauhtémoc Cárdenas el reinicio de la revolución interrumpida.

Más moderado, en 1981, el Movimiento de Acción Popular (MAP) sostenía que la Revolución mexicana había sido un movimiento antioligárquico, dirigido por los sectores medios de la sociedad y sostenido por un masivo levantamiento rural. Su forma de dirección más acabada fue el caudillismo revolucionario. La Constitución de 1917 que consagra como programa la lucha antimperialista, los derechos sociales de los trabajadores y el derecho de los campesinos a la tierra, es su máxima expresión ideológica y sigue vigente.¹⁰ Sin embargo, las masas fueron encuadradas en un régimen corporativo, y desde 1940 el Estado se abrió a las influencias estadounidenses y su política social se fue haciendo cada vez más conservadora.

Si el sueño del partido electoral no se hizo realidad antes de

los ochenta fue sólo por el carácter corporativo y represivo del régimen. La actitud de la izquierda independiente sobre ese tema no puede entenderse si no se recuerda que los gobiernos priístas mantenían contra ella un hostigamiento permanente. Se trató de una represión disuasiva cuyo objetivo no era aniquilarla, sino mantenerla en la semilegalidad, el aislamiento y la marginalidad. En momentos de intranquilidad se volvía violenta e incluso mortal. En esas condiciones, la actividad electoral era prácticamente imposible.

El 6 de junio de 1929 el gobierno de Portes Gil inició la represión del PCM, que debió vivir en la clandestinidad hasta 1935. Algunos de sus militantes, como Miguel Ángel Velasco y Juan de la Cabaña, fueron detenidos.¹¹

En 1935 surgió el grupo fascista Camisas Doradas, que en sus diecisiete años de vida asesinó a unos diez comunistas. Un año después apareció en escena otro grupo similar, Acción Cívica Nacionalista, que se especializó en agredir mítines obreros. El 23 de septiembre de 1941 se produjo una masacre de obreros huelguistas de la Fábrica de Materiales de Guerra; en 1946 el ejército ocupó varios centros petroleros para romper un largo paro, y el primero de mayo de 1952 se arremetió contra la columna independiente de la manifestación obrera, con saldo de un muerto y una decena de heridos.¹²

Cuatro años más tarde, el 23 de septiembre de 1956, el ejército ocupó violentamente el internado del Instituto Politécnico Nacional (IPN) para sofocar a los huelguistas que exigían la aprobación de la ley orgánica; varios de sus dirigentes fueron apresados. El 30 de diciembre de 1960 se produjo una masacre de manifestantes en Chilpancingo; cayó el gobernador Raúl Caballero Aburto y Genaro Vázquez Rojas pasó a la lucha armada con un amplio apoyo de masas.¹³

El 2 de agosto de 1958 el ejército y la policía asaltaron cuatro locales del sindicato de ferrocarrileros. Los trabajadores respondieron con un paro total e indefinido que fue reprimido el 28 de marzo de 1959 en un operativo del ejército en el cual miles de trabajadores fueron detenidos y/o despedidos y varios dirigentes llevados a juicio y

condenados a penas severas. Demetrio Vallejo y Valentín Campa permanecieron en la cárcel once años.¹⁴

El 23 de mayo de 1962, un grupo de setenta militares fuertemente armados sacó a Rubén Jaramillo y su familia de su casa en Tlaquiltenango. De ella fueron llevados a las ruinas de Xochicalco en el estado de Morelos en donde los acibillaron a sangre fría.¹⁵ En los años sesenta las manifestaciones estudiantiles de protesta por la guerra de Vietnam fueron duramente reprimidas. Después de una de esas represiones, el 12 de abril de 1965, la policía asaltó las oficinas centrales del PCM, el Frente Electoral del Pueblo y la Central Campesina Independiente con el pretexto de aplastar un "complot comunista"; decenas de dirigentes fueron detenidos.¹⁶ En 1966, el periodista Víctor Rico Galán y cuarenta militantes fueron aprehendidos y consignados.¹⁷ Casi al mismo tiempo en Morelia se reprimió un mitin con saldo de un muerto. El ejército ocupó la universidad de esa ciudad y los dirigentes estudiantiles fueron detenidos.

El 17 de mayo de 1967 el gobierno sometió un mitin en Atoyac, con saldo de cinco muertos. El dirigente local del PCM, Lucio Cabañas, se fugó a la sierra iniciando una guerrilla.¹⁸ Entre ese año y 1974, el ejército hostigó duramente a la población de la región. El 26 de julio de 1968 la policía ocupó la sede del PCM y los talleres de su periódico, *La Voz de México*; decenas de militantes fueron detenidos, juzgados y condenados. El 18 de septiembre el ejército ocupó las instalaciones universitarias, y el 2 de octubre tuvo lugar la matanza de Tlatelolco.¹⁹

En los años siguientes las represiones contra los estudiantes se repitieron sistemáticamente. En agosto de 1970 fueron desalojados con violencia de la Casa del Estudiante y detuvieron a veinticinco de ellos. El 10 de junio de 1971 se reprimió violentamente una manifestación en la ciudad de México con un saldo elevado de muertos y heridos oficialmente reconocido. Ese mismo año, al salir de un mitin estudiantil, Valentín Campa fue secuestrado por el ejército. En 1972, la policía ocupó la Universidad Autónoma de Sinaloa. En la operación murieron dos estudiantes y hubo decenas de heridos. El 20 de julio de

1972 el prestigioso líder universitario Joel Arriaga es asesinado en Puebla. Un mes más tarde otro líder universitario, Enrique Cabrera, enfrentó la misma suerte, y ambos crímenes quedaron impunes. En 1975 Hilario Moreno, veterano luchador magisterial y comunista, fue detenido y ahorcado en los separos de la Dirección General de Policía y Tránsito (DGPT). Éstos no son sino algunos ejemplos de la represión sistemática que se abatió sobre los movimientos de protesta y la izquierda independiente. El resultado fue su marginación de la vida política legal. Los militantes de izquierda siempre vivieron un ambiente de clandestinidad, lleno de zozobra e inseguridad. De ahí también la idea de que el país no podía cambiarse por la vía pacífica. José Revueltas describe en *Los días terrenales* el ambiente en el cual la vida de los militantes de izquierda transcurría en la semilegalidad. En otro libro relata:

La clandestinidad a la que el partido comunista estaba condenado por aquellos años nos colocaba a los militantes comunistas en diario riesgo de caer presos y de ser deportados al penal de Pacífico. Yo no era de los más señalados por esta persecución: las cárceles no dejaron nunca de tener comunistas dentro de sus muros por aquel entonces. Muros de piedra en la penitenciaría, en la cárcel de Belem (que aún alcanzamos a conocer algunos camaradas de aquella época), en la prisión de Santiago Tlatelolco, y muros de agua en la Isla María Madre del archipiélago de las Marías, en ese vasto y solitario Pacífico, que llegaba a convertírse en una inmensidad obsesionante a través de los largos meses de relegación.²⁰

La verdadera posibilidad de un partido electoral de la izquierda independiente sólo surgió en 1977 con la aprobación de la Ley Federal de Reforma Política. El ascenso de los grandes movimientos de protesta, como los de 1958 y 1968 y el movimiento guerrillero, habían ablandado la dictadura priísta imponiendo la necesidad de un reformismo gradualista.²¹ Su primer gesto fue hacia la izquierda, la fuerza más excluida. Un gesto muy limitado, puesto que la nueva legislación

no tenía por objeto la creación de un régimen pluralista, sino una apertura acotada orientada a facilitar cierta expresión legal de lo que el gobierno llamaba "las minorías" que se habían fortalecido considerablemente. Sin embargo fue una reforma política importante, base de futuros ajustes electorales. Debido a ello, la izquierda temió que se tratara simplemente de una nueva forma de cooptación o neutralización del pujante movimiento de protesta social y por eso su integración al proceso fue cautelosa.

El primero en acogerse a ella fue el Partido Comunista Mexicano, y en los siguientes seis años todos los partidos importantes de la izquierda siguieron su ejemplo. En 1979, por primera vez desde 1946, el PCM participó con registro en las elecciones para diputados. A partir de entonces, para hacer frente al reto electoral y cumplir con los mínimos impuestos por la ley para conservar el registro, los esfuerzos unitarios se multiplicaron, pero las tendencias centrifugas siguieron siendo fuertes. En 1979 el PCM se alió con otras tres organizaciones menores con las cuales formó una Coalición de Izquierda que obtuvo —según fuentes oficiales— 700,000 votos (4.86%) y 18 escaños en la cámara de diputados. En 1981, en vísperas de las elecciones presidenciales, un nuevo esfuerzo unitario desembocó en la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM).²² Lo más relevante del suceso fue la decisión del partido más viejo de la izquierda, el PCM, de disolverse para dar paso a la formación de una nueva organización más amplia. La gran mayoría de los comunistas aceptó la decisión sin reticencias. La sensación de que la apertura política exigía más flexibilidad y tolerancia se había impuesto y la crisis del movimiento comunista mundial contribuyó a ella. Cuando cayó el Muro de Berlín no había ya en México un partido comunista. Al nuevo partido se integraron el Partido del Pueblo Mexicano (PPM), el Partido Socialista Revolucionario (PSR) y el Movimiento de Acción Popular, el primero de orientación lombardista y el segundo que se veía como heredero de la posición nacionalista revolucionaria de Rafael Galván, salpicada de ideas de la nueva izquierda europea y que se distinguía

por su inclinación a la colaboración con los gobiernos priistas. Las otras dos organizaciones que se sumaron eran menores, fruto de escisiones anteriores del PCM. A partir de entonces la disolución de la cultura y la ideología de la izquierda socialista se aceleró rápidamente.

La fusión estuvo acompañada por un gran entusiasmo y el llamado a la formación de un partido unido de toda la izquierda socialista. Sin embargo, el importante Partido Mexicano de los Trabajadores que participó desde el principio en las pláticas, decidió finalmente no sumarse y las conversaciones con el trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) tampoco tuvieron éxito.²³ En resumen, se trataba de un avance parcial, incluso en el marco de los partidos tradicionales de la izquierda. La división, que se manifestaría en la multiplicación de los registros de fuerzas afines, resultó fatal para el desarrollo electoral de la izquierda y contribuyó decisivamente a sellar su marginación. El fracaso electoral de los partidos preparó el advenimiento del caudillo. Lo imperdonable es que las interminables disputas, las ambiciones personales y los intereses de grupos desempeñaron a veces un papel tan importante como las diferencias de opinión. Con frecuencia, en momentos decisivos la izquierda se presentaba dividida o se dispersaba. Pese al estallido de la crisis económica y social, el desempeño del PSUM en las elecciones de 1982 fue decepcionante. Según los datos oficiales, que en aquel entonces no eran confiables, el nuevo partido sólo obtuvo en esas elecciones presidenciales 905,000 votos (que al final se vieron reducidos a 705,000) y un porcentaje del total menor al de 1979 (4.36%).²⁴ Una parte del fracaso se debió a que ya en aquella ocasión hubo otra planilla de izquierda encabezada por el PRT que presentó a Rosario Ibarra de Piedra, figura central de la campaña contra la represión política, como candidata a la presidencia alcanzando una votación mayor a la esperada. Pero una razón más profunda es que los candidatos, el discurso y el estilo no convocaban a grandes sectores de la población. El apoyo gubernamental al PRI y la represión local hicieron el resto.

Los tropiezos electorales no ayudaron a la unidad del nuevo

partido. Pronto se hicieron oír las quejas sobre la tendencia de los exdirigentes del PCM a acaparar todos los puestos de dirección y representación. A eso se sumaron los choques entre personalidades y estilos; Pablo Gómez, del exPCM, y Gascón Mercado, del PPM, se disputaban la secretaría general en forma cada vez más violenta y formaron sus bloques. En el mes de febrero, en vísperas de las elecciones de 1985, se declaró una destructiva lucha que culminó con la salida de la mayoría de los miembros del PPM, debilitando al PSUM considerablemente. Además, el secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo, exsecretario general del PCM, envolvió al partido en un ambiente de escándalo y violencia. Una vez más, los resultados electorales fueron malos. Ahora había tres planillas de izquierda y el PSUM sólo obtuvo 578,000 votos, 3.24% del total, mucho menos que lo alcanzado por su antecesor en 1979. En la cámara de diputados contaba con 12 parlamentarios, mientras que el PMT y el PRT, que habían obtenido sus registros en 1982 y 1984 respectivamente, lograron seis escaños cada uno, elevando la representación de la izquierda independiente a 24 diputados, 6% del total, contra 38 del PAN y 23 de los partidos paraestatales, cuya representación había sido intencionalmente inflada por el PRI.²⁵ Éste habría de ser, pese a las condiciones favorables a su crecimiento, el techo superior de la izquierda hasta 1988. Ya entonces todos los partidos de esa tendencia postulaban entre sus candidatos a miembros de otras agrupaciones partidistas y movimientos sociales, iniciando una forma de relación con las organizaciones sociales y los líderes naturales locales que habría de consolidarse sólo con el tiempo.

Desde 1982, la izquierda se presentó dividida en las elecciones, reduciendo aún más sus posibilidades. En un país en el cual los candidatos a veces son más importantes que el partido, la izquierda no contó con una personalidad central popular y sus candidatos no tenían el perfil necesario para la lucha parlamentaria. Formados en la vida interna de organizaciones semilegales, seleccionados en función de sus méritos adquiridos dentro de su partido, carecían del carisma y el oficio del buen candidato electoral.

En agosto de 1986 de nueva cuenta se emprendió un intento unitario. Esta vez convocaron el PSUM, el PMT y otras tres organizaciones, en total dos partidos con registro, dos sin él y una asociación política con registro. A nivel local las iniciativas se multiplicaron presionando a las direcciones nacionales. La más importante es la que se produjo en Oaxaca, en donde el PSUM, la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), el PRT y algunos grupos locales lanzaron un candidato, un programa y un símbolo únicos para las elecciones a gobernador. Fenómenos similares se produjeron en los sufragios estatales de Zacatecas, Chihuahua, Aguascalientes, Veracruz y Tamaulipas. Respondiendo a ese fenómeno las direcciones de los partidos convocantes propusieron realizar un amplio trabajo de discusión y difusión en las bases de las organizaciones y formaron una comisión de enlace que elaboró un convenio entre las cinco agrupaciones. La nueva organización tomó el nombre de Partido Mexicano Socialista (PMS).²⁶

El 29 de marzo de 1986 cinco organizaciones firmaron el convenio de fusión. Ellas fueron el Partido Socialista Unificado de México, el Mexicano de los Trabajadores, el Patriótico Revolucionario, una fracción importante del Partido Socialista de los Trabajadores, el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y la Unidad de Izquierda Comunista. El objetivo explícito de la fusión era erigir una organización cuyos objetivos radicaban "en la construcción de un partido revolucionario de masas que lucharía por una sociedad democrática".²⁷ Los participantes reconocían las diferencias de opinión, por lo que consideraban legítima la existencia de corrientes dentro de él. El nuevo partido abandonaba el centralismo democrático y el socialismo científico, y se declaró socialista, patriótico y democrático. De su logotipo desaparecieron la hoz y el martillo.

En su primer congreso, realizado en noviembre de 1987, se aprobaron el programa y los estatutos, se eligió la dirección y se pusieron las bases para participar en la campaña presidencial. Ya antes Heberto Castillo había ganado las elecciones internas y era el candidato electo del partido.

Es evidente que la formación del PMS representaba un avance en la democracia interna y externa de la izquierda mexicana que se manifestó rápidamente en la aceptación de la diversidad ideológica y la elección abierta de su candidato a la presidencia.

Cuando después de la aparición de la Corriente Democrática (CD) se propuso adoptar como candidato único a Cuauhtémoc Cárdenas, la confusión se apoderó de las filas del PMS y esto influyó negativamente en la campaña de Heberto Castillo. Pese a ello, la candidatura de éste se mantuvo en los primeros meses de 1988 pero ante la fuerza de los hechos, el 3 de junio, a un mes de las elecciones, declinó en favor de Cárdenas. Sin duda este hecho tuvo influencia en las condiciones de su participación en el PRD.

En el segundo congreso del PMS, el 19 de mayo de 1989, se discutió la disolución del partido y la integración de sus miembros individualmente a otro nuevo, en el cual participarían también los cardenistas. La discusión fue larga y frustrante y dividió a los asistentes. Al fin se aprobó la disolución, pero sin renunciar a la opción socialista que, sin embargo, no habría de tener un lugar en el programa del PRD.²⁸

Éste sería el último intento del siglo de crear un gran partido electoral socialista. Si bien fracasó, no se puede negar que representó el sentir de miles de militantes y ciudadanos que se identificaban con esa ideología. Desde entonces no ha existido una opción socialista en el sistema mexicano de partidos. Aunque algunas de las fuerzas que concurrieron a esa fusión se negaron a reconocer públicamente su socialismo por razones de táctica, sus documentos principales no dejaban lugar a dudas. En la Exhortación de Mexicali del 9 de mayo de 1972, que puso las bases de la fundación del PMT, se declaraba: "Esa organización política será revolucionaria y con ella nos proponemos como objetivo final sustituir la actual estructura económica, política y social de México por otra en que los medios e instrumentos de producción sean de propiedad social y no de unos cuantos, en la que la democracia sea del pueblo y no de la burguesía [...]".²⁹ Co-

mo puede verse, esta definición coincide íntegramente con las que se usaban en aquellos años para el socialismo.

Y en su declaración de principios, aprobada dos años y medio más tarde, se decía: "El trabajo humano es el origen de toda la riqueza. Por eso [ésta] debe pasar a poder de los trabajadores [...] la banca, las industrias básicas, los medios masivos de comunicación, los transportes y servicios públicos deben pasar a ser propiedad de la nación".³⁰ Al principio de los procesos de fusión en 1981, el PMT se oponía a que los nuevos partidos se llamaran socialistas, pero al ingresar en el Partido Mexicano Socialista, abandonó esa posición en aras de la unidad.

Hacia mediados de la década de los setenta el PCM, por su parte, se había instalado ya plenamente en el terreno del eurocomunismo y el socialismo democrático. El concepto de "dictadura del proletariado" fue cuestionado y acabó por sustituirse por el de "poder obrero democrático". Se tomó una firme posición en favor de la independencia de los Estados socialistas y la autonomía de los partidos comunistas respecto de la URSS. Habiendo criticado la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968, restableció sus relaciones con el Partido Comunista Chino y se acercó al Partido Comunista Italiano, principal portador del eurocomunismo.

Además, adoptó una posición cada vez más crítica hacia el "socialismo realmente existente" denunciando el estalinismo y sus secuelas, la falta de democracia y los problemas de una economía de planificación burocrática. Se abandonó el concepto de "partido de vanguardia" y el PCM aceptó, en 1981, fusionarse con partidos de diferente ideología. Siguiendo a Gramsci, fue evolucionando hacia una estrategia de guerra de posiciones. Se pronunció por la construcción de una amplia coalición alrededor de los objetivos del cambio social radical y comenzó a hablar de la necesidad de un "gobierno de coalición democrática". Se esforzó para construir puentes hacia el electorado de convicciones religiosas y las mujeres. El cambio ideológico en el PCM fue mucho más acelerado que en otras organizaciones de

origen marxista. Un importante papel en ese proceso de desarrollo del socialismo democrático desempeñó la obra de José Revueltas y otros intelectuales marxistas. Ya en 1964, Revueltas concluía que Stalin había decapitado a la clase obrera soviética. "El Estado proletario" se había transformado a paso acelerado en un Estado no proletario.³¹ El resultado era el "Estado nacional" que existía al margen de los intereses universales del proletariado, de manera que "el socialismo estalinista se había transformado en su opuesto, el estalinismo burgués". En 1966 hablaba ya de que las revoluciones de la URSS y los países del Este eran opresivas, independientemente de su deformación estalinista. Pero esa despiadada crítica se hacía desde las posiciones del socialismo. Revueltas sostenía —anticipando por dos décadas los planteamientos de Agnes Heller— que "el socialismo no puede ser reducido exclusivamente a la socialización de los medios de producción, ni puede el comunismo ser reducido al principio 'de cada quien según su capacidad, a cada quien según sus necesidades'". Desde su concepción, el socialismo busca "la verdadera libertad" o la "desalienación humana" como objetivo final.³²

Sin embargo, la ideología socialista nunca caló hondo en los amplios sectores populares. Su influencia se circunscribía a los sectores más politizados de las clases medias.

La aparición del PMS, acaecida en un ambiente de profunda crisis económica, debilitamiento de los movimientos sociales y estancamiento electoral, no produjo el entusiasmo y la movilización que acompañaron la formación del PSUM. En las organizaciones mayores hubo desprendimientos y en órganos de prensa expresiones de escepticismo. La esperanza de que la unidad abriría por sí misma la puerta a los éxitos electorales se había desvanecido y la realidad probó que la suma de aparatos no necesariamente suma votos. Además, el PMS habría de tener una vida muy efímera.

Pese a todo, ya en junio de 1987 iniciaba la precampaña para la elección de su candidato a la presidencia en primarias abiertas a los ciudadanos, inaugurando la práctica en la vida política mexicana.

El 13 de agosto se hizo un último esfuerzo para formar un frente único de toda la izquierda para las elecciones de 1988. Un gran número de organizaciones se presentó, pero debido a las diferencias entre el PMS y el PRT, los principales partidos con registro, no se pudo llegar a ningún acuerdo. A final de cuentas se perfilaron dos candidatos a la presidencia: Heberto Castillo por el PMS y, una vez más, Rosario Ibarra de Piedra por el PRT. A principios de 1988 el PMS gobernaba 15 municipios, tenía 20 diputados federales, 36 miembros de legislaturas locales y 315 concejales municipales.³³ Ésta sería la base organizada sobre la cual habría de erigirse el PRD.

Cuando apareció la Corriente Democrática en el PRI, la izquierda llevaba diez años de esfuerzos infructuosos para formar un partido electoral de masas. Con un rechazo abierto a las tentaciones guerrilleras y movimientistas, la mayoría de sus organizaciones partidistas había ya aceptado la participación electoral. Un sector importante pasó, en la práctica, de la preparación de la revolución a la construcción de una fuerza electoral y parlamentaria. Su sectarismo y su dogmatismo se desgastaron en los esfuerzos unitarios y su carácter doctrinario retrocedió ante las exigencias de las campañas electorales. Aun cuando su discurso no lo reflejaba íntegramente, en diez años la izquierda partidista había pasado de las posiciones revolucionarias a un reformismo radical. Aunque en el PSUM y el PMS dominaba la ideología socialista, también había sectores que estaban más cerca del nacionalismo revolucionario. El PRT era de orientación trotskista pero en la formación de un bloque electoral se alió con movimientos sociales sin ideología definida. Una parte de la izquierda partidista salía del aislamiento, se hacía menos dogmática, se acercaba al lenguaje de las mayorías, sometía sus ideas a un examen crítico mientras que, lenta pero inexorablemente, su ideología socialista se diluía. Sus cuadros acumularon una considerable experiencia electoral y sus diputados aprendieron el oficio parlamentario. El imperativo electoral se había ido imponiendo, impulsando procesos de fusión apresurados en épocas preelectorales, prioridades, estilos y una diná-

mica cíclica férrea. Sin embargo, la izquierda partidista seguía siendo una fuerza electoral marginal, estancada durante una década entre 5 y 6% del voto.³⁴ En aquella época los gobiernos priístas controlaban todo el proceso electoral, desde las campañas hasta los votos, y es seguro que en más de una ocasión hicieron disminuir los resultados de la izquierda.

Pero lo más notable es que el ascenso de las luchas populares de los años 1982 a 1985 no se reflejó en un crecimiento de su electorado. Tampoco las derrotas de los movimientos sociales de los siguientes dos años lograron que sus militantes volvieran sus ojos hacia la opción electoral de izquierda. Ni a nivel nacional ni a nivel local pudieron esos partidos convocar un apoyo que pusiera al gobierno y al PRI en aprietos. En un país en el cual los candidatos cuentan tanto como los partidos, o más, ninguna de las personalidades que provenían de la izquierda reveló cualidades carismáticas o supo hilvanar un discurso capaz de atraer a las mayorías. En esos años quedó claro que la represión y el fraude no eran las únicas causas que frenaban el desarrollo electoral de los partidos de la izquierda. Su ideología, su forma de organización y su estilo no atraían a la mayoría de la población. Sus constantes disputas y divisiones le impidieron construir una alternativa electoral única, significativa y estable. En 1979 surgió una opción de izquierda, en 1982 eran dos y en 1985 fueron tres. Pero cada nueva sigla sólo disminuía la participación de las ya existentes. Los cambios sexenales de nombre (PCM, PSUM, PMS) son una manifestación de ingenuidad o el desconocimiento del nivel de desarrollo del elector. Es evidente que la izquierda se adaptaba lentamente a la actividad parlamentaria. En ese tiempo la conquista del voto jamás fue su preocupación central y los procesos de fusión y división no respondían a los cálculos electorales, sino a la lógica interna de sus componentes.

Pero las presiones, discriminaciones, fraudes y exclusiones desempeñaron su papel. Durante toda la década de los ochenta, en las entidades disputadas el PRI y el gobierno hicieron un uso abundante y descarado del amedrentamiento, la compra de votos y el fraude

contra sus opositores. El anuncio del triunfo del PRI en Piedras Negras provocó una violenta respuesta cuyo saldo fue de cuatro muertos y cuarenta y cinco heridos graves. En Monclova las cosas no llegaron tan lejos, pero la alcaldía fue ocupada y dos candidatos se enfrentaron, investidos ambos como alcaldes "electos". Como mancha de aceite, la airada protesta se extendió rápidamente a otras ciudades de los estados de Coahuila, México y Veracruz. En vísperas de numerosas justas electorales, las señales ominosas se multiplicaron como variaciones sobre un viejo tema nacional: la mayoría de los mexicanos no cree en los resultados electorales oficiales. Cuando la oposición es débil, los ven con escepticismo. Si es fuerte y consideran que el fraude vulnera sus derechos más elementales, recurren a la protesta, a veces violenta. Muchos son los ciudadanos que han vertido su sangre en defensa del voto.³⁵ Ahora sabemos, además, que en la conciencia colectiva la era de los partidos y las nuevas opciones ideológicas apenas despuntaba y que todavía veinte años más tarde seguiría mediada por la fuerza de los caudillos y las personalidades construidas por los medios. Sin embargo, sin la aceptación del reto electoral por parte de un sector de la izquierda, sin los miles de cuadros experimentados y las nuevas actitudes hacia la unidad, sin la existencia de un aparato electoral incipiente, la victoria de 1988 y la formación del PRD hubieran sido imposibles.

El proceso de integración al sistema electoral tuvo también sus costos. Los primeros signos de corrupción, la dedicación exclusiva a actividades electorales, el pragmatismo que nulificaba el poder de los proyectos y que sacrificaba peligrosamente los lazos orgánicos con el pueblo a las necesidades de la negociación en las alturas y el desgaste ideológico provocado por las fusiones al vapor mellaron la identidad de fuerzas antes muy definidas, pero aisladas. Más dolorosa aún fue la transformación del militante revolucionario envuelto en un *pathos* ético en político profesional a la mexicana. Además, la relación de esa izquierda con los movimientos populares que habían sido la fuente de su fuerza, se volvió cada vez más instrumental y coop-

tadora. Los problemas que aquejan hoy al PRD estaban ya prefigurados en los primeros pasos electorales de la izquierda. Algunos militantes criticaron agriamente el "cretinismo parlamentario", el deslizamiento hacia posiciones más moderadas, el servicio de legitimación que se prestaba al sistema que consideraban sumido en una crisis terminal. Muchos de ellos predicaron la abstención o frenaron la alianza de los movimientos sociales con los partidos. Ésa fue una posición comprensible pero ha demostrado estar profundamente equivocada. El cambio en la democracia y la paz es inconcebible sin la consolidación de una esfera electoral y parlamentaria y la presencia de la izquierda en ella, de manera que el país y el pueblo salieron ganando. El problema radicaba en cómo realizar la transición sin perder el sentido de misión, la honestidad, el contacto con el movimiento social y la coherencia ideológica, dilema que sigue aún sin resolverse.

A esos cambios deben atribuirse los desgarramientos profundos en la ideología y las concepciones políticas que frecuentemente adoptaron la forma de luchas internas y divisiones organizativas. El PCM, el PRT y el PSUM estaban convencidos, al menos hasta principios de los ochenta, de que la transformación de México pasaba por una nueva revolución y que ésta era la opción más probable en el mediano plazo. Siete años más tarde estaban plenamente instalados en una especie de reformismo intuitivo mientras la ideología revolucionaria se arrumbaba en el closet.

El PCM se vio sacudido en vísperas de su disolución por una aguda discusión. Había comenzado ya a criticar abiertamente la falta de democracia y respeto a la soberanía en los países del "socialismo real", y antes de desaparecer desechó el principio de la dictadura del proletariado, sustituyéndolo por el del poder obrero democrático. Apoyó además la reivindicación del derecho de los sacerdotes a la participación plena en la política, así como del feminismo no socialista. El XIX Congreso del partido fue el escenario de una batalla sobre temas como la relación del partido con el movimiento obrero, la democracia, el derecho a las corrientes internas y la falta de esfuerzo teó-

rico para comprender los nuevos problemas, que enfrentó a los “renovadores” con los “dinosaurios”.³⁶ Entre los renovadores destacaban Enrique Semo, Amalia García, Joel Ortega, Jorge Castañeda y Rodolfo Echeverría. Los dinosaurios estaban representados por la mayoría de la Comisión Política con Arnoldo Martínez Verdugo, Gerardo Unzueta y Encarnación Pérez a la cabeza. Estos últimos perdieron la batalla de las ideas, pero ganaron la del poder. En abril de 1981, un grupo de intelectuales comenzó a publicar *El Machete*, revista novedosa y atractiva asociada con la dirección del partido, en la cual se criticaba acerbamente a los países de Europa del Este, al estalinismo, al dogmatismo y de paso a los renovadores, sin contribuir en nada al desarrollo de una nueva visión del país y de la izquierda. Otro buen ejemplo del proceso de reconsideración de metas y estrategias es el contenido del discurso de Heberto Castillo de mayo de 1986, en el cual propuso a los miembros del PMT disolver su partido para formar el PMS. Inspirado en la obsesionante idea del partido de masas, describió los arduos esfuerzos de sus últimos veinticinco años y se preguntó: ¿Hemos encontrado las formas adecuadas para organizar al pueblo para la revolución? Y respondió con un “no” rotundo.

Unos meses más tarde surgió en las filas del partido que encabezaba la Corriente de Base, que exigía más democracia interna y criticaba los acercamientos excesivos con el gobierno.

Más pequeño, radical y sectario, el PRT, que logró su registro en 1981, intentó poner en práctica una política diferente de la del PSUM y el PMT. Veía en la apertura electoral sólo una coyuntura antes de una reacción represiva o una ola revolucionaria. Por eso su discurso electoral siguió privilegiando el objetivo de la organización independiente de los trabajadores y oponiéndose a toda coincidencia con los gobiernos priistas. Pero eso no se tradujo en éxitos duraderos, ni en su arraigo popular, ni en sus logros electorales. En su transición sufrió dos escisiones. Para 1986 la coalición con movimientos populares que intentó encabezar, la Unidad Obrero Campesina, había dejado de existir, y en términos nacionales nunca superó 1.6% de los votos.³⁷

Un buen indicador de los temas que se debatían en la izquierda en 1987 son las posiciones de los precandidatos a la presidencia en las primarias del PMS. Heberto Castillo se definía por una revolución pacífica que incluía tierra para los campesinos, una reforma urbana integral y apoyo a empresarios medios y pequeños. Estaba convencido de que la izquierda debía y podía aspirar a la conquista del poder en esas elecciones. También era partidario de que los dirigentes naturales fueran incluidos en la dirección del nuevo partido que abriría las puertas a sus seguidores. Eraclio Zepeda, en cambio, llamaba a dejar de lado las utopías, concentrarse en las demandas actuales del pueblo, aspirar como objetivo viable a elevar el voto de izquierda y conquistar las primeras gubernaturas, mientras que Antonio Becerra Gaytán ponía el énfasis en el desarrollo de la democracia interna dentro del PMS que debía evitar el clientelismo y la concentración del poder. Eduardo Montes, por su parte, se opuso a la inclusión directa de los dirigentes naturales en la dirección y exigía que ingresaran como individuos al nuevo partido. Ésta era la situación de la izquierda programática en vísperas de la gran ruptura de 1988.

La candidatura de Cárdenas a la presidencia, lanzada por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) en octubre de 1987, sembró el desconcierto en las filas de la izquierda socialista.³⁸ El surgimiento de un gran movimiento electoral de masas alrededor de la figura de un líder carismático no se había producido en medio siglo y estaba fuera de su horizonte. Acostumbrados a pensar en términos de partidos y movimientos, tardaron varios meses en comprender que la atracción popular de Cárdenas estaba por encima y era relativamente independiente de los partidos existentes.

La mayoría de la dirección del PMS se declaró en contra de una alianza con la CD y su candidato, pero algunos propusieron elecciones primarias entre Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas y Rosario Ibarra de Piedra. A mediados de noviembre, la dirección del PMS zanjó el asunto, interrumpiendo las conversaciones y reiterando

la candidatura de Heberto Castillo. Así, la perspectiva era de tres candidatos de izquierda. Sólo algunas voces solitarias siguieron insistiendo en el apoyo a Cárdenas. Una vez más no se trataba únicamente de diferencias tácticas: los partidarios de Heberto se negaban a renunciar a la candidatura de su dirigente. Pero mientras tanto, entre los militantes y simpatizantes del partido la opinión en favor de una candidatura única, capaz de vencer a la oficial, crecía y pronto el éxodo en favor de Cárdenas se inició.³⁹

Por razones ideológicas, el PRT y otras organizaciones afines (Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas [OIR-LM]) rechazaron en una forma aún más tajante la alianza con la CD y el PMS. Argumentaron que la CD no representaba una ruptura real con el PRI y que Cárdenas no contaba con apoyos reales en las masas. Acusó al PMS de buscar una alianza oportunista con el nacionalismo revolucionario.

Pero a medida que la figura de Cárdenas se transformaba en una gran fuerza popular, dentro del PMS creció el número de dirigentes que exigía un cambio de táctica. En febrero, en ocasión de la Asamblea Nacional Electoral, se manifestaron criticando la posición mayoritaria que se negaba a aceptar el cambio que se estaba produciendo en la relación de fuerzas en el país y pidieron la reanudación de las pláticas con la Corriente Democrática.

Ya para aquel entonces, las elecciones internas para las candidaturas a diputados y senadores eran conflictivas, como lo serían más tarde en el PRD. Las dificultades para realizar elecciones abiertas con los medios del partido y las prácticas fraudulentas y clientelares ya se estaban manifestando. La vieja cultura del régimen priista penetraba en el PMS, y en el PRD su triunfo sería completo. Además, el partido recién formado estaba constituido por corrientes y los conflictos entre los grupos que habían tomado parte en su fundación se multiplicaban.

El candidato del PMS insistía en las diferencias ideológicas: "La tesis que sustento —decía— va más allá de la Revolución mexicana: hay que limitar la propiedad privada de los medios e instrumentos de

producción", y la dirección rechazaba el proyecto de recuperación de la Revolución mexicana de la CD. Valentín Campa insistía en la existencia de dos proyectos: la restauración del PRI y "una nueva revolución, un nuevo régimen y una nueva economía que nos lleve al socialismo".⁴⁰ Pero frente a la avalancha popular hacia Cárdenas, la disputa doctrinaria perdió actualidad. Como había sucedido muchas veces en el pasado, enfrascada en sus debates internos, la izquierda perdía el contacto con la realidad. Ya a principios de 1988, el problema real no eran las diferencias o coincidencias ideológicas con la Corriente Democrática, sino cómo otorgar el apoyo a Cárdenas, que iba imponiendo su hegemonía, sin perder la identidad socialista.

Al mismo tiempo, el PRT sufría una nueva escisión. Su alianza con la OIR-LM se desmoronaba y una minoría de la dirección planteaba el apoyo a Cárdenas, argumentando que la CD se había desplazado hacia la izquierda y que un gran movimiento social había surgido en torno a ella. Según ese sector, la respuesta ideal era la formación de un polo unitario de la izquierda socialista independiente, alrededor del PRT y el PMS, para constituirse en el interlocutor socialista de esa ruptura democrática nacionalista que se aglutinaba en la candidatura de Cuauhtémoc e impedir que quedara atrapada por los partidos paraestatales.

Las diferencias provocaron la separación de la minoría y la formación del Movimiento al Socialismo (MAS), en el cual se reunían no sólo los trotskistas disidentes, sino militantes de otras organizaciones socialistas que habían mostrado simpatía por Cárdenas, entre ellos Adolfo Gilly, Arturo Anguiano, Max Mejía, Raúl Álvarez Garín, Marco Rascón, Carlos Ímaz e Imanol Ordorica. En la convocatoria del MAS se reconocía la reaparición del cardenismo histórico como una identidad secular que existía no sólo en el campo, sino también en la ciudad. A sus demandas tradicionales se agregaba ahora la de la democracia. Gilly, quien era el ideólogo del grupo, llegó a decir que el testamento de Lázaro Cárdenas era el punto de partida para los socialistas.⁴¹

Mientras tanto, el contraste de las campañas de Cárdenas y Heberto Castillo era cada día más notable. Una encuesta realizada en mayo pronosticaba que el PMS obtendría 2% de votos para la presidencia. Por eso, en los primeros días de junio, de forma sorpresiva Heberto Castillo aceptó retirar su candidatura y apoyar a Cárdenas. Poco después se firmó un acuerdo con la CD, en el cual se fijaban tres grandes ejes de coincidencia: soberanía, democracia y justicia social.

Pese a que el 6 de julio registró un aumento impresionante para la votación de las fuerzas ligadas a Cárdenas, el PMS obtuvo un resultado particularmente decepcionante: 4.3%, un porcentaje ligeramente menor al conseguido por el PSUM en 1982. Así, la posibilidad de una relación entre iguales con Cárdenas y la CD se derrumbaba. Cuando decidió sumarse a la iniciativa de formar el PRD, su posición era completamente subordinada.

A partir del momento en que el PMS se sumó a la iniciativa de Cárdenas de formar un nuevo partido, en su interior se abrió un intenso debate que se transformó rápidamente en desbandada. Surgieron nuevas corrientes o las viejas se reagruparon. En diciembre de 1988 nació la Corriente Revolucionaria, encabezada por Heberto Castillo, que en su declaración política criticaba al PMS, porque en él no fue posible erradicar los viejos vicios de la izquierda: "El sectarismo, el dogmatismo, el rechazo de lo nuevo, la incapacidad de tejer amplias alianzas, los privilegios y la falta de democracia". A partir de ese momento, Heberto Castillo se transformaría en uno de los principales promotores del PRD, pero sin dejar de defender la idea socialista y la construcción de una corriente dentro del mismo, inspirada en ella. Ya hacia octubre de 1988, la mayoría de los dirigentes del PMS estaba volcada en la construcción del PRD, olvidándose de sus responsabilidades dentro del PMS.⁴²

Otra corriente, encabezada por los antiguos miembros del Movimiento Revolucionario del Pueblo, consideraba que el PRD debía ser un partido abierto al pluralismo ideológico, en el cual los socialistas pudieran conservar su perfil y desempeñar un papel destacado. Según ellos, el carácter socialista se desprendía de la distinción entre objetivos

inmediatos y a largo plazo, desde la restauración de la legalidad constitucional hasta la construcción de una "nación de los trabajadores", basada en la autogestión y la socialización del poder y de la riqueza.

Un grupo de dirigentes provenientes del antiguo PRI calificaba a la CD como "una socialdemocracia avanzada" y se pronunciaba por un proyecto que trascendería la Revolución mexicana y la Constitución de 1917 y plantearía la construcción de un "nuevo poder".

Por su parte, Arnoldo Martínez Verdugo consideraba que los ideales socialistas sólo se conservarían si lograban insertarse en un movimiento más amplio y plural, y Gerardo Unzueta sostenía que en el PRD debían recuperarse los principios de la Revolución mexicana, pero no su ideología. Para él la lucha por la democracia *hasta sus últimas consecuencias* se orientaba a la socialización del poder que junto con la socialización de los medios de producción eran la base del socialismo. Otros dirigentes, provenientes de varios partidos, llamaban en cambio a no formar una corriente socialista en el PRD para no contraponer el proyecto socialista al gran proyecto nacional.⁴³

Hubo también quien en nombre de la defensa del socialismo se opuso a la fusión. Dirigida por Eduardo Montes y otros miembros provenientes del PCM, la Corriente del Socialismo Revolucionario del PMS argumentaba que la propuesta de Cárdenas era legítima y los socialistas debían ver en él a un aliado, pero se oponían a la disolución de una fuerza socialista independiente, sobre todo cuando no existían coincidencias programáticas. Debido a la situación que reinaba en el PMS en 1988, se dejaba abierta la opción entre una posible corriente socialista en el seno del PRD, la reforma del PMS o la creación de un nuevo partido socialista.

El 14 de mayo de 1989, dos años después de su fundación, el PMS dejó de existir para cambiar su nombre a PRD, el cual incluía a la Corriente Democrática y otros grupos. En su documento político se subrayaban los aportes de la izquierda socialista y se criticaban sus vicios: "doctrinarismo, vanguardismo, voluntarismo y sectarismo". Se llamaba a integrar en el ideal socialista las ideas de la democracia po-

lítica y la independencia nacional para salir de la marginalidad y el testimonio. El documento del Consejo Nacional proclamaba además que "no abandonaremos el lugar fundamental del socialismo en México. Por lo contrario, lo ocuparemos donde está: en el seno del PRD".⁴⁴

Al final se decidió no formar una corriente dentro del PRD, pero hubo quienes, como Gilberto Rincón Gallardo, pensaron que esto podía emprenderse en un segundo momento en el desarrollo del nuevo partido. Los socialistas se sumaron al PRD divididos y se disolvieron rápidamente en el nuevo partido, abandonando toda pretensión de mantener una identidad independiente.

Los movimientos sociales

En una sociedad marcada por las desigualdades y el autoritarismo, las protestas antisistémicas son inevitables y recurrentes. Los setenta años de dominio del PRI están marcados por una sucesión apretada de esas rebeliones extraparlamentarias que acabaron por formar parte del funcionamiento regular del sistema y que eran vistas por muchos ciudadanos como un fenómeno normal.⁴⁵

En los tres lustros que siguieron a 1968, el desarrollo de los movimientos sociales que cuestionaban el pacto corporativo planteando demandas populares específicas, conoció un auge sin precedente. No sólo se multiplicaron sus expresiones organizadas, sino que en dos momentos, a principios de la década de los setenta y en los años de 1982 a 1986, alcanzaron un nivel de coordinación que sacudió la estabilidad del sistema.⁴⁶

Llamamos "movimientos sociales" a la acción popular sostenida para oponerse a políticas que sus miembros consideran injustas o nocivas o para cambiar una situación que ven como perjudicial a sus intereses. Los movimientos sociales, a diferencia de los partidos legales, canalizan su acción por vías no parlamentarias y recurren a la manifestación, la huelga, la resistencia civil y en último caso a la guerrilla. Sólo consideramos aquí grupos de cierta significación que adquieren

persistencia, tienen un programa o demandas y reivindicaciones explícitas y manifiestan ciertos rasgos ideológicos unificadores.⁴⁷ Dejamos, en cambio, a un lado las miles de explosiones pasajeras de ira y rebelión popular cuya presencia histórica no deja de tener importancia, pero cuya presencia política es fugaz.

Debido al régimen antidemocrático vigente hasta finales del siglo, los movimientos sociales entraban inevitablemente en conflicto con el Estado que estaba casi íntegramente compuesto por el PRI y sus organizaciones de masas. Cuando el gobierno en turno otorgaba personalidad política a un movimiento, negociaba con él y toleraba temporalmente su existencia. Pero mucho más frecuente era que combinara la coacción-cooptación de líderes, las concesiones parciales e indirectas a sectores de la base, con la represión de los elementos más decididos o las tácticas divisionistas, para desarticularlos.⁴⁸

La historia de los movimientos sociales es una historia de movilización popular, heroísmo de los dirigentes y la base democrática, democracia directa, pero también de divisiones, cooptación de líderes y clientelismo. Casi siempre los gobiernos del PRI criminalizaban a esos movimientos, infiltrándolos, orillándolos a actos cuestionables legalmente, reprimiéndolos y transformándolos en tema de escándalo y nota roja. Esto explica, en parte, por qué muchos de ellos tuvieron una corta vida y sufrieron sonadas derrotas, desapareciendo sólo para reaparecer bajo nuevas siglas con demandas muy parecidas o iguales. También explica la radicalización de muchos de ellos. Pero hay casos en los que el movimiento lograba parte de o todos sus objetivos. Entonces frecuentemente se disolvía o se integraba al pacto corporativo.

El grado de organización varía considerablemente, oscilando de la espontaneidad a formas de organización codificadas, y lo mismo puede decirse respecto de la coherencia de sus demandas e ideología. Algunos de ellos buscan un lugar dentro del sistema y otros defienden celosamente su autonomía.

Tampoco pueden hacerse generalizaciones acerca del carácter democrático de la vida interna de esas organizaciones. Mientras

algunas pugnan por establecer un funcionamiento basado en la democracia directa, otras caen rápidamente en el caudillismo y el caciquismo. Pero todas ellas representan formas de movilización popular autónoma, y para el gobierno zonas de conflicto y problemas más o menos serios de hegemonía.⁴⁹

Algunas tienen rasgos de clase, estrato o etnia definidos. Son campesinas, obreras, estudiantiles o indígenas. Otras son de carácter regional, sindical, cívico o urbano-popular. Más recientemente han ido apareciendo organizaciones y movimientos de género, ecologistas o de defensa de los derechos humanos, aun cuando éstos rara vez adquieren dimensiones masivas. Los más antiguos son los campesinos, cuya demanda fundamental es la tierra. Pero también se alzaban contra las políticas gubernamentales en materia de crédito, precios de garantía o bien contra la corrupción de la inmensa burocracia con la que debían realizar sus interminables gestiones. Otras fuentes de protesta fueron la arbitrariedad de los caciques, las infracciones contra la autonomía de los ejidos y las comunidades, la falta de respeto a los derechos laborales y, a veces, el fraude electoral. A partir de los años ochenta, los movimientos campesinos comenzaron a perder fuerza.

Entre la izquierda programática y los movimientos sociales siempre existió una relación directa. Los militantes de la primera continuamente vieron en los movimientos un espacio óptimo para su actividad. A ellos llegaban sus convicciones socialistas, su visión revolucionaria y su posición de independencia frente al Estado.⁵⁰ Muchos de los dirigentes provenían de sus filas.

Después de la represión del movimiento de 1968, miles de estudiantes y activistas se fueron a vivir a barrios, aldeas y centros populares para participar y dirigir esas organizaciones. Ese encuentro influyó considerablemente en la orientación y el grado de disposición de éstos.⁵¹

A partir de 1971 una oleada de protestas de trabajadores asalariados, bautizada más tarde con el nombre de Insurgencia Obrera, impulsó la democracia y la autonomía en cientos de sindicatos en todo el país, a la vez que planteaba demandas de tipo económico y social.

El movimiento se inició con acciones en varias plantas de partes de automóviles, entre ellas Spicer y Automex. A ellas se sumó la reactivación del movimiento ferrocarrilero y el sindicato de mineros. Pero su corazón estuvo en la Tendencia Democrática del sindicato de electricistas. Encabezada por Rafael Galván, un antiguo senador del PRI, imprimió a todo el movimiento una clara orientación nacionalista-revolucionaria que rebasaba las demandas económicas del movimiento sindical. Levantó las banderas de la lucha contra el "charrismo", la corrupción y la represión. Impulsó la democratización interna de los sindicatos, la independencia de éstos frente a la burocracia cupular de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), y la defensa del sector estatal de la economía. Se formaron coordinadoras que incluían movimientos de diversa índole en todo el país. La Insurgencia decayó después de la violenta represión de la Tendencia Democrática en 1976.⁵² A principios de los ochenta, sus continuadores en el sector obrero fueron los trabajadores del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) que resistió hasta el año de 1984, cuando la empresa en la cual laboraba la mitad de sus afiliados fue cerrada.

La mayoría de esos movimientos planteaba demandas económicas. Gravemente afectados por las crisis que se sucedieron a partir de 1976, los asalariados se lanzaron a la protesta contra el deterioro de su capacidad adquisitiva y el desempleo. Sus demandas eran aumentos, escala móvil de salarios y eliminación de los topes salariales y mejoras contractuales. La elevación de las prestaciones, la defensa del derecho de contratación colectiva y el respeto a los contratos eran otras demandas comunes. También menudeaban las peticiones de mayor seguridad en el trabajo, jubilaciones, vacaciones, atención médica, vivienda y fondos de ahorro. Pero además había reivindicaciones claramente políticas: respeto a todas las formas de huelga, democracia sindical, autonomía frente a las organizaciones sindicales oficiales y, en general, democracia, ya sea en su variante de respeto a los derechos ciudadanos o la electoral.

Aun cuando no eran obreros, los maestros son un ejemplo de movimiento reivindicativo de los asalariados.⁵³ La Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) surgió en diciembre de 1979. Desde el principio su demanda fue la democracia sindical y su lucha contra los dirigentes oficiales a nivel nacional y local.⁵⁴ A la vez, exigía mejoras económicas y sociales. Durante los siguientes tres años protagonizó seis olas de manifestaciones, movilizando a más de 150,000 trabajadores de la educación.

La dirección oficial del sindicato de maestros, conocida con el nombre de Vanguardia Revolucionaria,⁵⁵ entraba al mismo tiempo en conflicto con el gobierno de De la Madrid, lo que debilitó sus posiciones.⁵⁶

Los desfiles del primero de mayo en el Distrito Federal habían servido tradicionalmente para la expresión de la protesta magisterial. Para evitar que sucediera lo mismo en el año de 1983, las brigadas de choque de Vanguardia trataron de impedir que los enseñantes participaran en el desfile. La respuesta no se dejó esperar. El 15 de mayo, día del maestro, 70,000 docentes de quince estados marcharon por las calles de la capital en protesta. El secretario de Gobernación Manuel Bartlett recibió a los representantes de la CNTE y ofreció sus buenos oficios para resolver el conflicto. Como casi al mismo tiempo se supo que el pliego de peticiones económicas para hacer frente a la inflación había sido prácticamente rechazado, el 24 de mayo la CNTE llamó a una huelga en la cual participaron unos 200,000 maestros y trabajadores de los estados de Baja California, Michoacán, Nuevo León, Sonora, el Distrito Federal y la región de La Laguna. El 9 de junio hubo una nueva huelga de veinticuatro horas aún más concurrida. Estas acciones coincidieron en el tiempo con las que emprendían cientos de miles de trabajadores de otras ramas. La dirección oficial se dividió y surgieron movimientos de protesta que se distanciaban de ambos extremos. Pero Vanguardia Revolucionaria maniobró con habilidad y sobrevivió. La derrota de los demás movimientos hacia el mes de julio influyó también en la CNTE. La participación en las marchas

y protestas se redujo y las divisiones comenzaron a aparecer. Una corriente quería negociar mientras que otras se mantuvieron en la posición de todo o nada. Para octubre el movimiento se encontraba en pleno reflujo.⁵⁷

Un buen ejemplo de movimiento regional que es a la vez cívico, indígena y campesino es la COCEI, principal fuerza antipriísta en el istmo de Tehuantepec que surgió bajo la influencia del movimiento de 1968. Sus primeros dirigentes son estudiantes de Oaxaca perseguidos que encuentran una buena acogida entre los sobrevivientes de movimientos de resistencia anteriores en el municipio de Juchitán, situado al oeste de Salinas Cruz, la mayoría de cuyos habitantes habla una lengua indígena.⁵⁸

El movimiento recurrió a las movilizaciones y las manifestaciones y en 1974 se sumó a otras organizaciones que luchan por el respeto a la autonomía de las comunidades, los derechos ciudadanos, contra la represión y plantean diversas demandas económicas. En ese mismo año comenzó a cosechar triunfos, logrando la destitución de algunos funcionarios venales u hostiles y la abolición de impuestos lesivos para los campesinos.⁵⁹ En 1976 formó el Frente Amplio de Campesinos de Oaxaca que inició la lucha por la tierra, contra el caciquismo y la represión de los campesinos. En 1981 ganó la presidencia municipal usando el registro del PSUM y gobernó bajo el hostigamiento económico y político del gobierno del estado.⁶⁰ Las represiones, que se sucedieron constantemente, costaron la vida a varias decenas de juchitecos y llevaron a sus dirigentes a la prisión. En 1983 el PRI recuperó el municipio recurriendo a medidas de represión extremas. Pero la resistencia se renovó y la COCEI formó un municipio paralelo. No logró recuperar su posición gobernante, pero mantuvo su capacidad de movilización.⁶¹

El movimiento se nutre de las fuertes tradiciones comunitarias de los pobladores y de una larga historia de resistencia a la opresión del Estado central que se remonta al porfiriato. La presencia de un grupo de intelectuales que da una dimensión nacional a esa tradición, despertando fuertes manifestaciones de solidaridad dentro y

fuera del país, y de dirigentes experimentados, familiarizados con la experiencia de la izquierda, es otro factor de fuerza. A eso hay que agregar la colaboración con numerosos movimientos sociales y la alianza electoral negociada con el PSUM.

Muy diferente por su composición social y objetivos es el multitudinario movimiento urbano de las grandes ciudades, un reto al orden establecido que se empeña en modelar la vida de la ciudad de acuerdo exclusivamente con los intereses de los grupos dominantes. Aparece a mediados de los años setenta, demandando vivienda popular, transporte eficiente y barato, servicios de agua, luz y educación para los barrios populares, resistiendo la lógica inexorable del uso comercial de la tierra.⁶²

Activistas de izquierda, asociados en su mayoría con la ideología maoísta y la teología de la liberación, se establecieron en los barrios pobres y desempeñaron un papel importante. Se constituyó la Unión de Colonias Populares (UCP) y más tarde la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP), que a partir de 1980 celebró encuentros nacionales a los cuales concurrieron cientos de organizaciones populares urbanas. Los activistas realizaron una afiebrada labor educativa y organizativa que dejó una profunda huella en importantes sectores populares.

Las dos coordinadoras tuvieron su origen en organizaciones más pequeñas. Ya desde 1973 se habían producido importantes reivindicaciones de tierras urbanas en Chihuahua, Monterrey y el Distrito Federal. En 1976 surgió la Unión de Vecinos y Colonos de la Colonia Guerrero y a raíz de los proyectos de renovación urbana que amenazaban con la expulsión de millares de vecinos, aparecieron otras similares en los años que siguieron. En ese año surgió la primera organización que se propuso coordinar los movimientos urbanos a nivel nacional, el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP). Tres años más tarde surgió la Unión de Colonias Populares del Valle de México que se registró como asociación civil y cuyas actividades cubrieron un amplio territorio.⁶³ A raíz del temblor de 1985 que aumen-

tó enormemente el problema de la vivienda, surgió la Coordinadora Única de Damnificados (CUD) que aglomeró a cuarenta y dos organizaciones importantes de vecinos y demostró tener una gran capacidad de movilización y resistencia a las prácticas clientelares y corporativas. Hacia 1987, logrados sus objetivos principales, la CUD se disolvió y su lugar fue ocupado por la Asamblea de Barrios (AB). A la primera reunión de esa organización llegaron 4,000 vecinos, representantes de 280 barrios. En los siguientes años, la organización habría de crecer considerablemente, emprendiendo importantes luchas y administrando recursos importantes, entregados por el Estado para la solución de los problemas de sus integrantes. Tres años más tarde entró en una profunda crisis. En los asentamientos marginales, creados frecuentemente fuera de la ley, la gente se organiza, nombra nuevas directivas, obliga a las autoridades a negociar problemas de transporte, espacios públicos y servicios. La presencia de jóvenes salidos de las universidades y volcados al trabajo político en los movimientos dificulta el clientelismo y la cooptación.⁶⁴

Se multiplicaron los movimientos contra los desalojos y las alzas de las tarifas de los transportes y en favor de la introducción de servicios en las colonias populares y la regularización de la ocupación de facto del suelo urbano. Solicitan la reducción del pago del predial y la obtención de créditos para la construcción de viviendas y escuelas. También piden pavimentación, agua, drenaje, alumbrado y apertura de clínicas de salud.

Las formas de lucha son los plantones, las manifestaciones, las marchas hacia la capital y los mítines. Pero también hay tomas de edificios, invasión de terrenos y construcción de campamentos. Entre 1979 y 1983, la CONAMUP promueve la creación de nuevas colonias en Durango, Nayarit, Guerrero, Baja California, Guanajuato y el valle de México.⁶⁵ Después de 1982, de las demandas particulares se pasa a denunciar la carestía, la política de austeridad del gobierno y la falta de democracia.⁶⁶

En Durango el Comité de Defensa Popular forma varias colo-

nias como Tierra y Libertad, José Revueltas, Arturo Gamis y Genaro Vázquez. Los nombres hablan por sí mismos. Las influencias espartaquistas, jaramillistas y, sobre todo, maoístas —como la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM)— son evidentes. Los movimientos urbanos de Acapulco están influidos por el PCM, el PSUM y el PMT.

A partir de la década de los sesenta adquirieron gran importancia los movimientos estudiantiles. La mayoría de ellos tiene un alto contenido democrático. El de 1968 pedía la libertad de los presos políticos, el cese del jefe de la policía metropolitana, la desaparición del cuerpo de granaderos, el castigo a los responsables de la represión a los estudiantes y la supresión del artículo 145 bis del Código Penal sobre el delito de disolución social.* En los movimientos que se sucedieron en los años setenta, se pedía un Consejo Universitario paritario (Sinaloa), mayor relación de la universidad con el pueblo (Puebla) y la elevación del presupuesto para la educación superior (Nuevo León).⁶⁷

El 31 de octubre de 1986 se constituyó el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), que realizó dos grandes marchas. El 28 de enero del siguiente año estalló una huelga que duró tres semanas y que se alzó contra las reformas neoliberales que trataba de imponer el rector Jorge Carpizo, pidiendo la realización de un congreso universitario democrático. Proponía también revisar el papel de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en el desarrollo del país y aumentos de 100% en el presupuesto. Un año antes de la sucesión presidencial, el movimiento estudiantil parecía haber recuperado su espíritu rebelde y su “Vea, vea, vea/qué cosa más bonita/[CCH] Oriente repudia/su pinche reformita”, presagiaba tormentas. Pero las cosas no pasaron a mayores. El CEU obligó a las autoridades a negociar y logró la realización del congreso, pero no pudo obtener satisfacción a

* El movimiento mexicano de 1968 parte de una gran rebelión mundial, fue un momento decisivo en el desarrollo de la libertad individual y la democracia en nuestro país. Su influencia, notable en el papel de la mujer, las relaciones familiares, la cultura juvenil y el desarrollo de la educación superior, no ha sido aún plenamente estudiada.

sus demandas. La UNAM se quedó estancada entre dos reformas de signo opuesto.⁶⁸

Los numerosos movimientos sociales que surgieron en aquellos años oscilaron entre los esfuerzos unitarios y la dispersión. Así como sufrieron innumerables divisiones, intentaron en varias ocasiones crear frentes comunes y coordinadoras que generalmente tuvieron una vida efímera. Así, surgió en 1976 alrededor de los electricistas el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP). Y en 1982, dos coordinadoras para la defensa del salario y las condiciones de vida de los trabajadores: el Frente Nacional de Defensa del Salario contra la Austeridad y la Carestía (FNDESCAC) y la Coordinadora Nacional en Defensa de la Economía Popular (CNDEP).⁶⁹ Al siguiente año los dos se fundieron en un frente amplio que intentó coordinar la acción de una constelación muy heterogénea de movimientos sociales: sindicatos y corrientes sindicales, organizaciones campesinas y de colonos, grupos estudiantiles y artísticos. A ellos deben agregarse la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), que logró aglutinar buena parte del movimiento campesino independiente en 1979, y la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), que en 1980 se transformó en una gran corriente autónoma en el seno de uno de los sindicatos más importantes del país. En el movimiento obrero destacan dos esfuerzos unitarios: el Pacto de Unidad y Solidaridad Sindical (PAUSS) y la Coordinadora Sindical Nacional (COSINA)⁷⁰ que no duraron mucho.

Otra forma de lucha contra el régimen establecido fueron los movimientos armados.⁷¹ Si bien éstos estaban compuestos por grupos pequeños fuertemente cohesionados, sus vínculos con los movimientos sociales son innegables. Algunos de ellos surgieron de organismos violentamente reprimidos y casi todos lograron apoyo, simpatía y solidaridad por parte de las organizaciones sociales y los partidos de izquierda, pese a que frecuentemente los guerrilleros los tildaban de colaboracionistas. Sus filas se nutrieron sobre todo de los movimientos estudiantiles, la reprimida juventud comunista y activistas inspirados por la teología de la liberación. Es muy difícil conocer la magnitud

del movimiento —hay quien calcula que durante el periodo 1963-1977 murieron unos 1,500 guerrilleros—, pero alcanzó una presencia significativa en siete estados y una veintena de ciudades importantes. Muchos sobrevivientes de la guerrilla aparecerían más tarde en las organizaciones y los partidos de la izquierda, mientras que otros se pasarían a las filas del gobierno o su partido. Contra los movimientos guerrilleros se puso en marcha una guerra sucia que marcó indiscutiblemente al viejo sistema.

En plena crisis económica, inflación desbocada y devaluación, el primero de septiembre de 1982 José López Portillo anunció la nacionalización de la banca. El 9 del mismo mes tuvo lugar una gran manifestación convocada por muchas organizaciones de izquierda. Se declaró por la defensa de la economía popular pero también en favor de la nacionalización de la banca. El 11 de septiembre se realizó una reunión de 110 organizaciones sindicales para la formación de un frente en defensa del salario y contra los despidos, pero no llegaron a acuerdos. El principal punto de discordia fue la actitud hacia la nacionalización de la banca. Se constituyeron dos polos políticos. Uno moderado que pidió apoyar la nacionalización, buscar la convergencia con las fuerzas nacionalistas en el gobierno y presentar una alternativa de política económica aceptable compatible con ésta. El segundo vio en la nacionalización sólo una recomposición de las fuerzas dominantes, exigió centrarse en la organización independiente de las fuerzas populares, el rechazo de cualquier colaboración con sectores del gobierno y la perspectiva de la revolución.⁷² El 27 de septiembre tuvo lugar una manifestación de unas 20,000 personas convocada por la CNTE y otras organizaciones de izquierda que recorrió las calles para pedir mejoras económicas. En el mitin del Zócalo, en donde culminó, se pudo ver la presencia de los maestros de la CNTE que proporcionaron el mayor contingente, los trabajadores del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), los obreros metalúrgicos, los de las empresas de refrescos Pascual, Alumex, Kelvinator y Tepepan, así como los colonos de la CONAMUP y los estudiantes.

El 3 de octubre de 1982 se constituyó formalmente el FNDSCAC, que adoptó la posición más radical, y el 16 del mismo mes la CNDEP, auspiciada por el PSUM, el PMT y la COSINA, partidaria de posiciones más moderadas. El día 23 tuvieron lugar dos marchas, una organizada por el CNDEP y otra por el FNDSCAC por aumento salarial de emergencia, el cese de los despidos masivos y el freno al encarecimiento de los productos básicos.⁷³ El primero de noviembre los 20,000 trabajadores afiliados al STUNAM entraron en huelga por un aumento de emergencia de 60%. La huelga fue impuesta por los trabajadores a la mayoría de la dirección y los representantes del PSUM que se oponían a ella. Ésta terminó el día 13 del mismo mes, después de lograr sólo 25% de aumento marcado como tope por el gobierno y la satisfacción de algunas de las demandas de su pliego petitorio.

A principios de 1983 se produjo una ola de huelgas y protestas en las cuales participaron el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y los sindicatos de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), El Colegio de México (COLMEX) y las universidades de Guerrero y Zacatecas, a la vez que avanzaba la CNTE en varios estados. El 15 de mayo unos 70,000 profesores marcharon rumbo al Zócalo convocados por la CNTE y el 27 del mismo mes se produjo con éxito un paro nacional del gremio. La culminación del movimiento huelguístico se presentó, sin embargo, en el mes de junio, durante el cual participaron unos 300,000 trabajadores y que puede considerarse el movimiento más importante de ese género desde 1958-1959. Pero fue derrotado, y para finales del mes la mayoría de las huelgas se levantó sin haber logrado sus demandas. Pese a ello, el 18 de octubre de 1983 se organizó un paro nacional que logró un alto nivel de movilización y el 5 de junio de 1984 otro que resultó un fracaso.⁷⁴ Pero ya en ese año, la protesta popular y los movimientos sociales se encuentran en pleno retroceso. A partir de entonces se habría de producir un reflujo del cual el movimiento sólo salió con la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1987. Son estos movimientos y la desesperación que produce su derrota los que explican en parte el ascenso del neocardenismo.

La historia de la izquierda en esos años es de grandes logros tácticos e impotencia estratégica, de encuentro ideológico y cultural con el pueblo y de incapacidad para constituir una autoridad duradera. La heterogeneidad de sus componentes le permite llegar a todos los estratos de la población y sus permanentes divisiones organizativas le impiden enfrentarse con éxito a un adversario unido bajo un solo mando vertical, como es el gobierno y su partido. Las represiones no logran desarticularla duraderamente, pero las ambiciones personales, conflictos doctrinarios y atavismos de grupo neutralizan sus fuerzas, dispersándolas. Las derrotas acaban en divisiones doctrinarias pero el acceso al poder, por más modesto que sea, tiene el mismo efecto: magnifica las tensiones y las luchas hasta el suicidio. En 1987, después de veinte años de esfuerzos y sacrificios, la izquierda debe reconocer que no ha encontrado la manera de cambiar decisivamente la relación de fuerzas. Tampoco ha obligado al PRI a hacer un cambio importante en su forma de gobernar. La perspectiva revolucionaria no se confirma y los sucesos de 1989 la clausuran indefinidamente. La transición a la democracia parlamentaria, por su parte, se encuentra estancada en un nivel muy incipiente.

Epílogo

Han pasado trece años. La izquierda socialista y la izquierda social parecen haberse desvanecido. Su lugar ha sido ocupado por el PRD, el EZLN y las ONG, que parecen ser las formas de adaptación que la izquierda del siglo XX ha encontrado para encarar los retos del siglo XXI.

Once años después de la caída del Muro de Berlín, en el mundo, la vieja izquierda va desapareciendo y una nueva está naciendo. Pero en pocos lugares el resultado ha sido tan ambiguo. En México, el fin de la guerra fría, la caída del mundo socialista y la transición a la democracia han tenido efectos muy contradictorios. Si bien los espacios políticos de la izquierda se han ampliado, su importancia como

alternativa se ha desvanecido. Una parte importante de ella ha ganado plenamente su legalidad y forma parte del establishment. Se encuentra sumida en un parlamentarismo de horizontes limitados que difícilmente puede incidir, por sí mismo, en los grandes problemas sociales y económicos del país. El sector más radical sigue viviendo en la marginalidad, pero a través del EZLN su mensaje ha adquirido una resonancia internacional sin precedente. Estas metamorfosis no son raras en América Latina, en donde el populismo y el radicalismo guerrillero han demostrado una persistencia extraordinaria y una capacidad aparentemente ilimitada para hegemonizar las otras expresiones de la izquierda. Pero el populismo y la guerrilla actuales tampoco son los mismos del pasado y los efectos benéficos de la democratización los han contagiado.

No estamos ante una superación consciente, sino ante un acto de sustitución. En él, la práctica intuitiva y el sentido común han desempeñado el papel decisivo. La izquierda se lanzó a aprovechar las posibilidades que se abrían sin medir demasiado las consecuencias profundas de sus actos. En la izquierda programática no hubo asimilación crítica del 89 ni balance efectivo del pasado. Por otra parte, la izquierda social no ha tenido éxito en la búsqueda de nuevas expresiones para los viejos anhelos locales y gremiales. Tanto el movimiento sindical como el campesino siguen postrados y las ONG no logran adquirir una influencia masiva. La continuidad entre las experiencias del pasado, las luchas del presente y la visión del futuro se ha roto. Como uno de esos violinistas de Chagall, la izquierda mexicana flota en el aire. Carente de raíces y de utopías, se ha visto enclaustrada en los límites circunscritos por el sistema que sigue imponiendo los ritmos del cambio y la continuidad en los límites que le impone la derecha.

Como no ha habido superación, transición consciente de la condición anterior a la actual, junto con sus defectos y limitaciones, la izquierda arrojó al vacío muchas de sus conquistas y sus cualidades. La metamorfosis no ha concluido aún. La izquierda actual ni es

larva ni es mariposa. Como el Gregorio Samsa del relato de Kafka, se ha despertado un buen día para descubrir que se estaba transformando insidiosamente en un engendro. Como él, parece ser juguete de un proceso que no controla y del cual no puede evadirse. La izquierda del pasado respondía a condiciones muy diferentes de las que determinan el desarrollo de la actual. Por eso las dos no representan soluciones alternativas a los mismos problemas ni compiten entre sí para imaginar el futuro. Pertenecen a momentos diferentes en la historia. Comprendido esto, el proceso comienza a adquirir sentido. Pero eso no nos exime de la tarea de rescatar del pasado todo lo vivo y enterrar a nuestros muertos.

Después de afianzada la posición en el nuevo México que está surgiendo, ha llegado el momento de introducir el elemento consciente. El ensayo que aquí termina es un primer esfuerzo para investigar el agotamiento de los modelos nacionalistas, leninistas, maoístas y movimientistas que existían hasta 1987. Esas experiencias deben pasar a ocupar su lugar en la memoria, ese receptáculo de recuerdos de éxitos y desastres sin el cual la acción es imposible. Pero la hora actual pertenece al pensamiento positivo y constructivo.

¿Cuál es la herencia que deja la vieja izquierda programática? Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad del socialismo; el espíritu de rebeldía contra la opresión y la injusticia; la defensa de los derechos ciudadanos de expresión, manifestación y organización; siete décadas de lucha consecuente contra el sistema corporativo; la fidelidad a los ideales y los principios; la participación y el apoyo activo a todas las formas de organización popular autónoma.

¿Qué es lo que, por el contrario, debe quedar atrás como obsoleto o erróneo? En primer lugar, sin duda, el dogmatismo que le impedía adaptarse a la realidad y comprender los cambios que se producían en la vida del país; las constantes reyertas y divisiones que le restaban fuerza y credibilidad política; su visión de la democracia como un medio para la revolución y no como un fin en sí misma; su fe obcecada en el partido de vanguardia; el eterno faccionalismo doctri-

nario y, por fin, su idea de que la revolución y la violencia, su partera, son la única vía realmente eficaz de cambio social.

La izquierda social también debe ser objeto de un balance objetivo. De ella deben recogerse la capacidad de los sectores populares de organizarse en forma espontánea e independiente, para defender sus derechos y sus demandas; todas las formas de democracia directa que nacieron en los terrenos invadidos, las guardias en las huelgas y las asambleas universitarias; la cultura de dignidad y solidaridad que envuelve a esos movimientos. Pero también nos deja tradiciones nefastas: el caudillismo y el clientelismo que en el fondo son enemigos de la democracia; la tendencia a disolverse, una vez logradas sus principales demandas; el localismo o el gremialismo que reducen las posibilidades de grandes acciones nacionales o solidaridades internacionales.

Es necesario admitir que los movimientos sociales han demostrado una vitalidad mayor que los partidos y se manifiesta ahora en la ola de protestas a nivel mundial contra el neoliberalismo, un renacimiento vigoroso de la vieja tradición.

Pero la herencia más valedera, más importante de la izquierda del siglo XX es la del *engagement* (el compromiso), la responsabilidad política del individuo. Ella es la alternativa más eficaz y más real al escepticismo y el cinismo que permean hoy a grandes sectores populares y la única actitud que puede cambiar la actual relación de fuerzas.

Esa ética de la responsabilidad hacia todo lo que acontece en la vida social es imprescindible para cualquier movimiento que se proponga ir más allá de la administración de lo existente.

UN CENTAURO LLAMADO PRD

El centauro es una figura común en nuestra literatura. Con frecuencia se le aplica a Pancho Villa, a quien se llama el Centauro del Norte. Originaria de la mitología y el arte griegos, la figura aparece desde el siglo XVI en la mitología novohispana. A los ojos de los indígenas que desconocían el caballo, los jinetes españoles formaban una unidad con su montura, y más tarde el concepto se aplicó a vaqueros y domadores de caballos, sobre todo en el norte del país.

En la mitología griega, en la cual aparece profusamente, se le representa como un ser quimérico, con la parte superior de hombre que lleva arco y flecha, y la inferior de caballo o toro. Su nombre se deriva de las palabras griegas *centeir*, cazador, y *taurus*, toro, y su fuerte personalidad es una mezcla contradictoria de impulsos primitivos y rasgos civilizados.

A catorce años de su fundación, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) sigue siendo una organización en la cual conviven los impulsos de una izquierda moderna con las lacras del viejo Partido Revolucionario Institucional (PRI) y de la vieja izquierda. Por eso la figura que mejor lo describe es la del centauro.

El PRD es el primer gran partido parlamentario y de gobierno de la izquierda mexicana. Como tal, representa un avance sobre formas de lucha del pasado. Su fundación fue posible debido a los avances de la democracia representativa en los últimos veinte años. Gracias a su presencia, es factible oír la voz de la izquierda en las cámaras

y ver surgir gobiernos locales inspirados en algunas de sus ideas y los más cercanos intereses de sectores populares gravemente afectados por las políticas neoliberales.

Como es sabido, su surgimiento es consecuencia directa de la gran rebelión electoral de 1988. En el reagrupamiento de fuerzas políticas que se produjo, deben destacarse los siguientes aspectos fundamentales:

- a) El país pasaba por una profunda depresión económica, social y política. Las crisis de 1982 y 1986, las devaluaciones en cascada y las políticas de austeridad habían deteriorado gravemente los niveles de vida de la población. La incapacidad de afrontar los efectos del terremoto de 1985 había desprestigiado al gobierno de De la Madrid. Las primeras reformas neoliberales produjeron fuertes resistencias. El voto de castigo al partido del gobierno fue una expresión del creciente descontento popular.¹
- b) Las acciones populares habían conocido un gran auge durante los años 1982-1986, pero su dispersión les había impedido lograr un cambio significativo. Tras cinco años de embates, el sistema autoritario seguía aparentemente intacto. Derrotadas, pero no aniquiladas, esas fuerzas aprovecharon las elecciones para irrumpir por el estrecho paso que les abrió la candidatura de Cárdenas.
- c) La aparición de la Corriente Democrática produjo una escisión profunda en la elite gobernante y el PRI.² Muchos dirigentes medios y simpatizantes de ese partido consideraron a Cuauhtémoc Cárdenas un candidato más acorde con la identidad de su partido que el oficial, y evidentemente votaron por él. Cárdenas cosechó votos en regiones tradicionalmente inaccesibles a la oposición panista.
- d) Cárdenas pudo registrar oportunamente su candidatura gracias a la formación del Frente Democrático Nacional (FDN)

que incluyó a los partidos de oposición ficticia: Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), Partido Popular Socialista (PPS) y Partido Frente Cardenista para la Reconstrucción Nacional (PFCRN) que pasaron a la oposición real, sin prever que la magnitud que ésta alcanzaría les impediría regresar más tarde a sus prácticas tradicionales. Después de las elecciones de 1991 desaparecieron virtualmente de la escena política.

- e) La mayoría de los movimientos sociales existentes se fusionó y muchos de sus dirigentes contendieron por los puestos de elección. Esto representó una ruptura con su tradicional posición antielectoral y antiparlamentaria. Su presencia en el frente electoral aumentó considerablemente la influencia de esta oposición en los sectores populares más politizados, debilitando las tendencias abstencionistas.³
- f) Cárdenas demostró ser un candidato ideal para el momento que vivía el país. Su condición de heredero político del general Lázaro Cárdenas galvanizó a los partidarios del régimen que se oponían al ascenso del neoliberalismo, otorgándoles garantías contra excesos radicales. Su estilo firme y sobrio a la vez fue acogido con simpatía por muchos electores cansados de la demagogia oficial. Su incansable "pueblear" y su capacidad de escuchar, despertaron esperanzas en sectores olvidados. Su habilidad para los "amarres" unificó fuerzas aparentemente incompatibles.⁴
- g) Después de ocho años de experiencia electoral, la mayor parte de la izquierda partidista se fusiona, creando en 1986 el Partido Mexicano Socialista (PMS) que lanza la candidatura de Heberto Castillo a la presidencia. Ante la fuerza de la opción cardenista, éste declina, aportando el aval de la izquierda programática que unifica a los electores de esa convicción para apoyar a Cuauhtémoc.⁵

- h) El día de las elecciones Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo una copiosa votación, igualando o superando la de Carlos Salinas de Gortari, el candidato oficial. El gobierno recurrió al fraude abierto, vulnerando los restos de credibilidad que le quedaban. Se demostró irrefutablemente que, incluso en el marco estrecho del sistema electoral existente, podía vencerse al PRI por la vía electoral. Esto acrecentó enormemente en el imaginario popular la credibilidad en las elecciones como vía de expresión y cambio.
- i) En 1988 Cárdenas obtuvo también el voto útil antipriísta. Este voto, que demostró más adelante ser bastante cuantioso, había de oscilar a partir de entonces entre el PAN y el PRD, contribuyendo en 2000 a la victoria de Fox. En 1988 Cárdenas logró capitalizarlo plenamente, aislando al candidato carismático de la derecha, Manuel J. Clouthier.
- j) Consumado el fraude, en el FDN se alzaron muchas voces llamando a la resistencia civil nacional e incluso a la rebelión armada. Después de algunas protestas aisladas, Cárdenas y la mayoría de los dirigentes del nuevo partido apostaron por mantenerse firmemente en la vía electoral y usar otras formas de protesta sólo como complemento. El inevitable resultado fue que el vibrante movimiento que había llevado a Cárdenas a la victoria de julio, empezó a retroceder y finalmente a disolverse. Una vez más la desilusión cundió en muchos sectores de la izquierda y la sociedad civil. Pero fue esa decisión la que creó las condiciones para el surgimiento de un partido electoral de masas en 1989 y consolidó el carácter pacífico del proceso de transición a la democracia en México.⁶
- k) El éxito electoral del 6 de julio y el descarado fraude que lo siguió fueron objeto de lecturas diversas y contradictorias. Algunos dirigentes de la izquierda reafirmaron su convicción de que el PRI no dejaría el poder por la vía electoral y

regresaron infructuosamente a las prácticas extraparlamentarias tradicionales.

Pero la mayoría consideró que se había abierto una nueva posibilidad y que seguirla era el camino adecuado. Lo que no había tenido éxito en 1988, podría triunfar seis años más tarde. Y entonces decidieron crear bases estables para un nuevo movimiento alrededor de la figura de Cárdenas. Algunos consideraban que había que mantener el FDN. Otros pensaron que la Tendencia Democrática debía construir su propio partido. A final de cuentas, fue Cárdenas quien decidió dejar de ser el líder de un movimiento amplio pero desarticulado y formar un partido político de oposición capaz de apoyar su persistente candidatura a la presidencia. Así, surgió una organización que unificó a Cárdenas y la izquierda, y cuyo programa fue una síntesis ecléctica de ambas.

- l) El Partido Mexicano Socialista (PMS) se reunió por última vez en un congreso en mayo de 1989. Los representantes de la vieja izquierda programática cantaron "La Internacional" y luego votaron por su extinción por 1,079 votos contra 18, entregando su registro partidista al PRD. Casi en los mismos días caía el gobierno socialista en la URSS. La desaparición política del socialismo en México, tanto como corriente de pensamiento como movimiento social, alteró profundamente el paisaje político nacional. En la oposición creó un gran vacío que fue rápidamente ocupado por el neocardenismo. Esto movió el espectro político, tal como estaba sucediendo en muchas otras partes del mundo, hacia el centro.

Esos sucesos iniciales tuvieron un impacto muy profundo en el desarrollo del PRD en sus primeros diez años. El nuevo partido nació en medio del naufragio ideológico de las viejas izquierdas. El PMS abandonó sin rendimiento de cuentas el socialismo y los movimientos sociales renunciaron a su oposición a las actividades parlamentarias.

rias que los mantenía fuertemente anclados en la sociedad civil. El vacío así creado fue ocupado por la hegemonía de una visión muy estrecha del nacionalismo revolucionario y el pragmatismo priísta, asociados con la fuerza de Cuauhtémoc Cárdenas.

La división del PRI se transformó en una sangría permanente que habría de llevar a muchas personalidades y grupos a pasarse al nuevo partido. En la siguiente década, su papel en él fue hegemónico. No es casualidad que todos los primeros presidentes de la organización y sus gobernadores provinieran del PRI. Debido a que el sistema se renovaba sin fracturarse, su conocimiento de las leyes no escritas y sus relaciones con la clase política gobernante les hizo prevalecer.

A medida que los procesos electorales fueron adquiriendo credibilidad, el peso de la izquierda social se fue reduciendo. La aparición del EZLN en 1994 le infundió momentáneamente nueva vida,⁸ pero hoy podemos decir que si bien es seguro que habrá repuntes, su peso como forma dominante de la expresión cotidiana de las demandas populares sólo volverá a manifestarse en condiciones extremas.

El éxito electoral de Cárdenas el 6 de julio de 1988 y el fraude descarado de que fue objeto constituyeron el origen del gran mito unificador del PRD. Según éste, Cárdenas era a la vez un triunfador y una víctima y podría repetir con éxito su hazaña. El PRD vivió once años unido en la esperanza de repetir el milagro. Influidos por el entusiasmo de los asistentes a sus mítines, algunos de sus seguidores acuñaron la frase del *voto cardenista* y la tesis del carisma del ingeniero. Los sucesos posteriores demostrarían que estos fenómenos existían, pero abarcaban un sector muy limitado del electorado.

El PRD ha sido, desde sus primeros pasos, una federación suelta de fuerzas, grupos y personalidades muy diversos. Esta heterogeneidad se plasmó en estatutos que legitimaron las corrientes y sometieron los puestos de dirección y representación a elecciones directas, secretas y universales. Esta condición le permitió al nuevo partido adaptarse a las formas de organización popular ya existentes y echar rápidamente raíces en amplios sectores. Pero también ha creado en muchos

de sus dirigentes una visión instrumental en la cual el partido aparece no como un fin en sí mismo sino como un medio para la realización de los objetivos particulares de su grupo. El partido ha marchado muy lentamente por el camino de la institucionalización y de la construcción de lealtades partidistas.⁹

El PMS no sólo le dio al nuevo partido su registro; le proporcionó también la cultura de partido y los cuadros y activistas que necesitaba, pero acabó diluyéndose en sus filas y sus cuadros terminaron desempeñando un papel secundario. Carecían de relaciones en el seno de la clase política gobernante que los veía con desconfianza y no lograron constituir una fuerza propia dentro del nuevo partido.¹⁰

El neocardenismo y el PRD son el gran catalizador de la transformación de la izquierda en una fuerza electoral y su inclusión en la actual transición fue un factor decisivo en el proceso de democratización, otorgándole legitimidad plena en el nuevo sistema pluralista que se está constituyendo.¹¹

La izquierda en el parlamento

Desde sus primeros momentos en las cámaras, el PRD pugnó por una reforma profunda del régimen político. Denunció el carácter autoritario del sistema presidencialista y corporativo existente y defendió los principios del pluralismo, la división de poderes y la transparencia electoral. Impulsó reformas que proponían la creación de un órgano electoral independiente del gobierno, así como el acceso equitativo de los partidos al financiamiento público y a los medios de difusión. Promovió también la igualdad de los poderes, el federalismo y el desarrollo de los municipios. Exigió el fin del sistema de regencia en el Distrito Federal y pidió el voto para los mexicanos residentes en el extranjero.¹² Durante el periodo de Salinas, los militantes del PRD libraron numerosas batallas por el respeto al voto. Bloquearon carreteras, ocuparon sedes municipales, organizaron gobiernos paralelos e incluso se enfrentaron a los pistoleros armados del PRI. En ese terreno, la posi-

ción del PRD fue mucho más activa y consecuente que la del PAN. Estas luchas han costado la vida de más de cuatrocientos perredistas.

Desde su aparición, el PRI se propuso impedir su ascenso y en los primeros años parecía que lo iba a lograr. Un buen ejemplo de las tácticas usadas para este fin fueron las elecciones en Michoacán, el estado de origen de Cárdenas, en donde éste había obtenido más de dos tercios del voto en 1988. Movilizando su maquinaria nacional, el partido gobernante mandó a cientos de expertos y activistas de varias partes del país. Mientras se hacía una campaña mediática presentando a Cárdenas como comunista, el ejército hacía muy visible su presencia para amedrentar a la población. En las elecciones de 1989, el PRI orquestó una cadena de fraudes. El PRD respondió organizando la resistencia civil pero no logró conquistar la gubernatura que en condiciones normales hubiera sido suya.

Fue en esta área en la cual el PRD obtuvo sus mayores triunfos: Junto con otros partidos de la oposición contribuyó decisivamente a desarmar el régimen autoritario priísta que había frenado durante décadas el desarrollo de la democracia electoral en el país. Pero ésta es una historia conocida y no es necesario repetirla aquí. Existe otra, menos estudiada y menos exitosa que, a partir del 2 de julio de 2000, adquiere una gran relevancia por su carácter pionero: la lucha por un cambio radical en la política económica y social.

Los gobiernos neoliberales dieron, en materia de política social, un viraje radical y el PRD, desde su fundación, se opuso a él. Mientras el PRI abandonaba los valores de la Revolución mexicana (equidad, gratuidad, universalidad de los servicios públicos) comenzaron a imponerse el principio de igualdad sólo ante la ley y las normas del mercado en el otorgamiento de los servicios sociales.

Los grupos parlamentarios del PRD denunciaron el aumento preocupante de la pobreza y la creciente dificultad de acceso a los servicios básicos. Se opusieron a la reforma privatizadora de la ley del Instituto Mexicano del Seguro Social, la eliminación de subsidios y el recorte de los padrones de beneficiarios de los programas de abasto

como LICONSA, el cierre de CONASUPO y el aumento de cuotas de la UNAM. Frente a una estrategia que impulsó el sometimiento de los servicios sociales a las leyes del mercado, el PRD levantó la bandera de la defensa de la noción de los derechos sociales ciudadanos fijados en la Constitución.¹³

También atacó la concepción clientelar tradicional de los servicios que los concibe como dádivas a cambio de apoyo político y no como derechos ciudadanos. En múltiples ocasiones denunció los programas sociales que se inscriben en esa dinámica y que eran la base del poder del partido oficial. En sus propuestas desde la tribuna parlamentaria defendió la idea de que el combate a la pobreza exige un cambio radical en la política económica. El objetivo central de ésta debía ser el desarrollo del mercado interno. El fomento del empleo y la recuperación de los salarios reales eran a la vez la base para el crecimiento y el combate a la pobreza. A ellos se sumaba su exigencia de la democratización de los programas sociales y su defensa de las instituciones del bienestar.

El primero de noviembre de 1991, en su tercer informe de gobierno, Salinas de Gortari anunció la modernización del campo. El 4 y 5 de diciembre se aprobaron las primeras reformas al artículo 27 y el 23 de febrero de 1992 una nueva ley agraria que reglamentaba el artículo 27 junto con la Ley Orgánica de los Tribunales Agrarios. En sólo cuatro meses el gobierno salinista liquidó las conquistas constitucionales de los campesinos mexicanos. La nueva legislación ponía fin al reparto agrario, promovía la privatización del ejido y la comunidad y abría de par en par las puertas al capital nacional y extranjero en las actividades agrícolas, ganaderas y forestales por medio de sociedades mercantiles. Durante los tormentosos cuatro meses en los cuales se llevó a cabo la modificación de la Constitución de 1917 en uno de sus rasgos distintivos, la fracción parlamentaria del PRD desarrolló una gran actividad, cuyo eje organizador fue la defensa de la propiedad social de la tierra.¹⁴

Buscó apoyo en los otros partidos y agrupó especialistas y campesinos en un movimiento que, si bien no logró impedir la aprobación de la iniciativa presidencial, dio lugar al foro Por una Legislación

Agraria Alternativa, que permitió elaborar una propuesta que tomaba en cuenta tanto los intereses de los campesinos como los cambios que se estaban dando en el campo.

Los diputados del PRD presentaron más de 130 propuestas de modificación, las más importantes de las cuales fueron rechazadas por la mayoría formada por el PRI y el PAN. En su voto particular contra la iniciativa, el PRD reconocía la existencia de una profunda crisis agraria que se manifestaba en el creciente déficit alimentario y el empobrecimiento de los productores del campo. Pero sostenía que ésta no se debía a la estructura jurídica del ejido y las formas de tenencia consagradas en la Constitución, sino más bien a la descapitalización de la agricultura que venía produciéndose desde los años sesenta. La reforma que proponía Salinas —dijeron— sólo agudizaría el proceso, ya que el Estado renunciaba a dotar de tierras a los pueblos y comunidades, impulsaba la concentración de la tierra en el seno del ejido y legalizaba la consolidación de los neolatifundios y la expulsión de cientos de miles de campesinos de las comunidades.

En el párrafo tercero reformado del artículo 27 —decía el documento— se cancela el reparto agrario [...] en la fracción IV se establece que: las sociedades mercantiles podrán ser propietarias de terrenos rústicos y deja a la ley reglamentaria definir la regulación de la estructura de capital, su mínimo de socios y las condiciones para la participación extranjera [...]. Según la nueva redacción del artículo 27, [...] una sociedad mercantil puede ser propietaria de 2 hectáreas de riego, 20,000 hectáreas de bosque, monte o de otro tipo de agostadero, 3,750 hectáreas de tierra dedicadas al cultivo de algodón y 7,500 de explotación de plátano, caña de azúcar, café, henequén, hule cocotero, vid, olivo, quina, vainilla, cacao y árboles frutales. Además no se fijaban límites para la inversión extranjera en esas sociedades.¹⁵

Así, las condiciones para la reconstrucción del latifundio comercial quedaban establecidas. El PRD propuso sin éxito que se pro-

hibiera la inversión extranjera o en su defecto que se impidiera la formación de grandes consorcios que pudieran controlar extensiones importantes de tierra.

Denunció que la nueva ley propiciaba la mercantilización y privatización encubierta del ejido al elevar a rango constitucional disposiciones que facilitan la renta, venta y transferencia de tierras ejidales y prácticamente autoriza la agricultura de contrato que ha sido una de las vías que ha utilizado el gran capital extranjero para imponer su control sobre la tierra. “En suma —concluía el escrito—, deja en total desventaja a cientos de miles de ejidatarios ante un conjunto de empresas capitalistas agroindustriales y agrocomerciales.”¹⁶

En su intervención, el diputado Jorge Calderón alertó que con la nueva ley la materia agraria ejidal salía del dominio público y pasaba a la esfera privada. Eso significaba que la sociedad ya no tenía interés en tutelar, proteger o preservar los intereses de los campesinos. Además desaparecía la idea de la parcela como patrimonio familiar y se impulsaba una contrarreforma agraria, concentradora y excluyente en favor de empresarios y sociedades mercantiles. “El pacto social —dijo— se está rompiendo. Las reformas constitucionales en materia agrícola implican el desconocimiento del campesino como parte esencial de la sociedad mexicana.”¹⁷

Para enfrentar la crisis, los perredistas propusieron elevar los precios de garantía de los productos básicos, aumentar la inversión pública en el campo y restablecer las instituciones públicas de apoyo a ese sector. Propusieron también promover nuevas formas de autogestión y cooperación más acordes con los tiempos para los campesinos.

El 22 de noviembre de 1993, el grupo parlamentario del PRD en la cámara de senadores votó contra la ratificación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que fue aprobado con los votos de los senadores del PRI y el PAN. Ésta fue una decisión en extremo polémica tanto fuera como dentro del PRD.

El partido sostuvo que la apertura económica indiscriminada y la acelerada integración de México a la economía de Estados Unidos

eran contrarias a los intereses del país, vulneraban la Constitución y amenazaban la soberanía. Consideraba que esa decisión representaba un viraje radical en el modelo de desarrollo existente y que, por lo tanto, llevaba a “la pérdida de un proyecto nacional de crecimiento sustentado y endógeno, basado en el mercado interno vía redistribución del ingreso y creación de empleos”.¹⁸

El extenso voto razonado de los senadores Porfirio Muñoz Ledo y Roberto Robles Garnica, así como de los diputados Ricardo Valero, Gilberto Rincón Gallardo y Enrique Rico fue un ataque al proyecto del TLCAN desde el punto de vista de la defensa del modelo de sustitución de importaciones vigente hasta principios de los años ochenta. Es un buen ejemplo de la posición de la mayoría de las personas que provenían de la Tendencia Democrática y de la incapacidad de la izquierda programática para desarrollar sus propias ideas.

La fracción parlamentaria del PRD ha sido muy activa en materia de protección de los migrantes mexicanos en Estados Unidos. Sus representantes, en repetidas ocasiones, impugnaron la tesis según la cual el TLCAN iba a resolver rápidamente el problema del desempleo en México y frenar la emigración. Por eso —afirmaban— este tratado debía haber incluido desde el principio el problema de los trabajadores migrantes. Este problema no es exclusivamente mexicano, puesto que los trabajadores contribuyen en forma decisiva al desarrollo de las tres economías integradas y, sin embargo, no gozaban de protección y garantías básicas.¹⁹

Siempre sostuvieron que si hay movilidad del capital, debe facilitarse la movilidad del trabajo. De acuerdo con eso promovieron numerosas iniciativas para garantizar el libre movimiento y los derechos de residencia, empleo y protección laboral en los tres países.

En marzo de 1997, el PRD alertó en la cámara contra la entrada en vigor en Estados Unidos de una nueva ley de migración que afectaba seriamente a los emigrantes mexicanos. De acuerdo con ella, cualquier funcionario público podía pedir papeles a una persona con apariencia mexicana y tomar medidas para remitirlo a un centro de

detención y, si fuera el caso, deportarlo. Propuso, también, que en la visita del presidente William Clinton, los días 6 y 7 de mayo de ese año, se incluyera el problema migratorio como uno de los principales en la agenda de conversaciones.

Desde los primeros años de su existencia, el PRD se destacó como un firme partidario de la participación directa de los ciudadanos en las decisiones de interés público. Como parte de esa posición se cuentan numerosas iniciativas para promover el referéndum y sus variaciones: el plebiscito, la revocación de mandato, la iniciativa popular y la consulta.

En los diferentes niveles de gobierno de nuestro país no se incluyen instrumentos de participación ciudadana directa. Además muchos juristas mantienen serias reservas al respecto. Argumentan que tienden a dejar sin derechos a las minorías y que en ocasiones han servido para favorecer el ascenso de dictadores carismáticos y de la extrema derecha. Es evidente que en las condiciones mexicanas, su función sería muy diferente.

El único partido que ha defendido consecuentemente esas figuras es el PRD. Su plataforma propone: “Introducir en la Constitución la obligatoriedad de consultas nacionales por la vía del referéndum, el plebiscito y la iniciativa popular, en los casos de proyectos, leyes o medidas que alteren sustancialmente la vida política, social y cultural del país”.²⁰ La iniciativa popular se considera un instrumento fundamental para la “creación o modificación de las actuales estructuras e instituciones políticas y el establecimiento de los cambios necesarios en las relaciones entre el gobierno y el pueblo”.²¹

En octubre de 1992, el grupo parlamentario de ese partido presentó en la cámara de diputados un proyecto de reforma a varios artículos de la Constitución para abrir el camino a esos instrumentos. Al mismo tiempo, impulsaba el Plebiscito Ciudadano sobre los Derechos Políticos de los Habitantes del Distrito Federal, efectuado el 21 de marzo de 1993.

Después del triunfo del PRD en 1997 en las elecciones para je-

fe de gobierno en la ciudad de México, la Comisión del Distrito Federal en la cámara de diputados impulsó modificaciones al Estatuto de Gobierno del Distrito Federal para que el jefe de gobierno pudiera consultar a los electores en torno a actos o decisiones a su juicio trascendentales para la vida pública de la capital. En lo que respecta al plebiscito, los resultados de éste serían vinculatorios cuando una de las opciones obtuviera la mayoría y ésta correspondiera cuando menos a la tercera parte de la ciudadanía empadronada.

En la LVII Legislatura (1997-2000) el PRD propuso, en materia social, cuarenta y cuatro iniciativas de ley o decreto, doce de las cuales eran reformas constitucionales. De ellas sólo siete fueron aprobadas. Las líneas principales de esa labor parlamentaria se orientaban a:

- Crear mecanismos para hacer exigibles los derechos sociales.
- Ampliar la protección a sectores desprotegidos hasta entonces como los niños, los jóvenes, las madres solteras y los discapacitados.
- Mejorar y generalizar la educación pública.
- Proteger los salarios y las pensiones y frenar la polarización del ingreso.
- Promover la cultura popular, la capacitación laboral y el deporte.

Impulsó exitosamente una reforma legislativa que ampliaba los derechos de los niños, las niñas y los adolescentes, así como el derrocamiento de una fracción de la Ley del Seguro Social que infringía el principio de la igualdad del hombre y la mujer. Como fruto de ella, los servicios del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) se extendieron a 231,600 esposos o concubinos de las trabajadoras amparadas por esa institución.²²

El PRD exigió, sin lograrlo, cambios profundos en los Presupuestos de Egresos de 1998 y 1999, aprobados por una alianza del PRI y el PAN. Pero en 2000, año electoral, tuvo más éxito. Aliado a los otros

partidos de oposición, consiguió modificar el presupuesto con un aumento considerable al gasto social.

Coligado a las organizaciones no gubernamentales, el PRD pugnó por reformas a la Constitución para introducir preceptos de defensa del medio ambiente acordes con el principio del desarrollo sustentable. La propuesta, avalada por varios partidos, planteaba entre otros temas:

Toda persona tiene derecho a un medio adecuado para su desarrollo y bienestar.

Corresponde al Estado la rectoría del desarrollo nacional para garantizar que éste sea integral y sustentable, que fortalezca la soberanía de la nación y su régimen democrático y que mediante el fomento del crecimiento económico y el empleo y una más justa distribución del ingreso y la riqueza, permita el pleno ejercicio de la libertad y la justicia y la dignidad de los individuos, grupos y clases sociales, cuya seguridad protege esa Constitución.²³

Por 417 votos, esa propuesta pasó al senado. Este éxito se debió a quince años de trabajo dentro y fuera del ámbito parlamentario.

En el año de 1995 el ejecutivo creó el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA) para rescatar a los bancos llevados a la quiebra por la crisis de diciembre del año anterior. Pronto se descubrió que el FOBAPROA incluía irregularidades y manejos fraudulentos que cobijaban a la oligarquía financiera. El escándalo estalló en 1997. Cuando el Fondo, que no rescataba a los deudores particulares y empresarios arruinados, sumaba ya 552,000 millones de pesos, el equivalente a 14% del producto nacional bruto, el gobierno propuso transformarlo en deuda pública interna. Con ello se pretendía que el rescate bancario, que preservaba los intereses de la oligarquía financiera, fuera pagado en su totalidad por el conjunto de la población a lo largo de dos o más generaciones.

El PRD denunció los hechos, exhibió la connivencia de secto-

res privados y públicos en la corrupción que marcaba al Fondo y se opuso a su transformación en deuda pública.

En el congreso hizo las siguientes propuestas:

- a) Diseñar un programa de salvamento que beneficiara no sólo a los banqueros, sino también a las familias y empresas arruinadas con quitas y subsidios a los intereses, que les permitieran pagar sus deudas y recuperar su condición de sujetos de crédito.
- b) Excluir del Fondo los pasivos provenientes de operaciones ilícitas, irregulares o de mala fe, así como las obligaciones en favor de intermediarios y grupos económicos que recibieron trato privilegiado de las autoridades.
- c) Revisar el volumen del Fondo, banco por banco, expediente por expediente, para depurar pasivos y realizar activos y así reducir la deuda.
- d) Rechazar su conversión en deuda pública y realizar una consulta pública sobre las características del plan de rescate para que éste proceda a proteger los intereses de toda la nación.²⁴

Es en las cámaras donde se manifiesta con mayor claridad el proyecto político del PRD. Más que en el programa y los documentos ideológicos, es en las posiciones adoptadas y los discursos de los diputados y senadores donde puede seguirse la orientación del nuevo partido. Al principio predomina la resistencia a las reformas neoliberales con una orientación inspirada principalmente en el nacionalismo revolucionario. Poco a poco, comenzaron a definirse destellos propositivos que se insertaron en los cambios que se producen en el mundo y en México. Sin embargo, es evidente que ese partido no ha podido —como muchas fuerzas de izquierda en el mundo— presentar una alternativa coherente a la política neoliberal.

Existen en el PRD corrientes que privilegian posiciones reformistas moderadas que tienden a insertar a ese partido en el establish-

ment como una fuerza crítica y otras, más radicales, que prefieren utilizar las posibilidades del parlamento para consolidar los lazos con los sectores más rebeldes de la sociedad y construir una fuerza de alternativa más radical.

El talón de Aquiles

Pensado en sus orígenes como partido de ciudadanos, el PRD es hoy un partido de políticos profesionales o aspirantes a serlo. En sus filas no hay lugar para la participación activa y estable de militantes que no aspiran a puestos de dirección o representación. El PRD no es una comunidad ideológica abierta a todas las actividades que promuevan la realización del ideal común. No hay en él lugar para los sindicalistas, ecologistas, feministas, agraristas, intelectuales o artistas. Sus actividades se limitan a las campañas electorales, el parlamento y el gobierno, y su visión de la política está supeditada a esos quehaceres.

El PRD, es verdad, tiene oficialmente dos millones de afiliados. Pero la afiliación que en él se practica es eminentemente formal y clientelar. Los afiliados son reclutados para participar en campañas electorales externas o internas y luego olvidados o tratados como clientes en una relación de reciprocidad externa al partido. Nadie es directamente miembro del PRD. En la práctica se es primero miembro de un grupo o un movimiento que, a su vez, forma parte del partido. La lealtad del afiliado, más que con el partido y sus órganos de dirección electos, se identifica con el grupo que lo cobija y su caudillo. Esto convierte al PRD en un partido en el cual la membresía no es una condición individual, sino un lazo corporativo. Rectifiquemos: el PRD es un partido de políticos y sus clientelas.

En esas condiciones los políticos movilizan y manipulan a los afiliados, sin preocuparse de hacerlos participar en las decisiones. La afiliación es muy laxa. Se es o se deja de ser miembro del partido por una mera declaración verbal. Fuera de las elecciones, casi no hay pre-

visiones para la participación de los afiliados en la vida interna del partido. No existe un acto formal de iniciación ni exigencias mínimas de militancia.²⁵ El afiliado no cotiza ni está obligado a cumplir con exigencias de participación regular en las actividades partidarias. El partido casi no realiza actividades deportivas, culturales o educativas para sus afiliados. La inmensa mayoría de los perredistas son simpatizantes, adherentes, clientes o electores. Esto deja el poder íntegramente en las manos de la clase política. En ese sentido los rasgos de continuidad entre el PRI y el PRD son evidentes. En lo que respecta a la relación entre políticos y ciudadanos, la tradición del viejo partido de Estado se ha impuesto íntegramente en el representante parlamentario de la izquierda.

Según los estatutos del PRD, la base estructural del partido son los comités de base ciudadanos. Es en ellos donde los miembros deberían participar en forma organizada en la vida del partido. Pero en la práctica sólo en el primer año de existencia de éste se hicieron esfuerzos para formarlos. Hace mucho que han dejado de existir. Mientras que la clase política se organiza formal e informalmente alrededor de sus actividades profesionales, el miembro del partido no cuenta con organización alguna en la cual desarrollar sus actividades en función de sus intereses.

Los comités de base se desintegraron, víctimas de la hostilidad de los grupos clientelares que temían la presencia organizada de una fuerza ciudadana libre de lealtades grupales verticales. El acoso a esos grupos o personas que operaban al margen en contra de sus intereses corporativos fue sistemático y contundente. Hasta hoy cuando se le propone a los dirigentes reorganizar a los comités y darles poder, muestran una irritación extrema. Saben que ellos son un grave peligro para el pacto faccional y el poder limitado de la clase política y, por lo tanto, en la práctica se oponen a su existencia. La mayoría se resiste a aceptar una eficaz organización territorial, a la imposición de deberes mínimos a los militantes, así como a la renovación periódica de su membresía.

Esto no significa que los militantes perredistas hayan desaparecido. Las luchas electorales y las experiencias comunes han formado lealtades y definiciones que unen a miles de personas que se consideran a sí mismas como perredistas y responden voluntariamente a los llamados del partido. Pero su participación en las decisiones internas es insignificante. En las condiciones actuales de México, un partido de la izquierda democrática y reformista no puede ser exclusivamente un partido de políticos. Y eso por tres razones: un partido que responde a esas características no puede limitarse a ganar elecciones, debe además construir hegemonía y eso significa educar políticamente a cientos de miles de ciudadanos. El partido de izquierda debe ser democrático, lo que significa una relación sana entre dirigentes y militantes en sus propias filas. Y, *last but not least*, para avanzar entre los sectores más progresistas de la sociedad, debe reducir dentro del partido el peso de las relaciones clientelares.

A catorce años de su fundación, el PRD sigue arrastrando muchos de sus vicios de origen. Constituido como una federación de grupos y movimientos alrededor de la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas, es hoy un partido de caudillos y facciones con instituciones muy débiles. El caudillismo, que deja su sello en toda la estructura y el funcionamiento del partido, es un modelo organizativo que se ha impuesto avasalladoramente. Los actos y declaraciones del líder desempeñan un papel determinante en los momentos de tomar decisiones y su peso es mayor que el de las tomadas por las direcciones formalmente constituidas. El resto de los liderazgos nacionales y locales se define fundamentalmente en función de la cercanía o lejanía con el caudillo nacional o local y el destino político de los dirigentes o aspirantes a serlo depende de él. Por otra parte, la participación y el rango de las facciones y los grupos se definen con base en los amarres acordados con el caudillo o los caudillos.

El caudillismo es un ejercicio personal del poder que no puede ser delegado o transmitido y por eso se contrapone al poder de las instituciones. A caudillos fuertes, instituciones débiles. Siendo perso-

nal, el estilo del caudillo es la casuística y la arbitrariedad, por lo que mina la autoridad de la ley y la norma. El caudillismo y el Estado de derecho son incompatibles. El caudillismo tiene raíces en el liderazgo carismático, pero no todo líder carismático es un caudillo. Mahatma Gandhi y Nelson Mandela fueron, sobre todo, líderes espirituales y ejemplos vivos. François Mitterrand y Golda Meir ejercieron su liderazgo a través de las instituciones democráticas que contribuyeron a fortalecer. Más que a las convicciones, el caudillo apela a los intereses y los mitos y su poder se canaliza no por las instituciones democráticas sino por medio de redes clientelares. El caudillismo sólo puede florecer en una cultura en la cual existan arraigadas convicciones populares de que los cambios sociales son imposibles sin un gran líder a quien se otorga poderes absolutos, y en la creencia de que para llegar a la Tierra Prometida la masa debe renunciar a su facultad de decisión en favor de un hombre providencial.

El caudillismo del PRD tiene profundas raíces históricas y culturales. Es una manifestación tardía del caudillismo revolucionario mexicano que en su tiempo permitió vertebrar los heterogéneos movimientos que participaron en la lucha armada. Es comprensible que éste renazca en un partido que en sus inicios se propuso restaurar la vigencia de la Revolución mexicana.

El origen de los partidos influye decisivamente en su desarrollo posterior y el PRD no es una excepción. El PRI fue fundado como partido de Estado y esta condición lo acompañó por más de siete décadas. Su gran reto en la actualidad es demostrar que también puede existir como partido de oposición. El PAN fue creado por un grupo de liberales conservadores, entre otras cosas para contrarrestar el caudillismo que marcó durante dos décadas a la Revolución y por eso su desarrollo se mantuvo razonablemente libre de sus efectos. Pero a lo largo de medio siglo fue, esencialmente, un partido de oposición. Ahora debe demostrar que puede gobernar.

El PRD, en cambio, se conformó alrededor de una personalidad de corte caudillista y del carisma que lo distinguió durante una dé-

cada y no podrá escapar fácilmente a esa influencia. Su estilo de hacer política ha impregnado profundamente los poros del partido que no conoce otro estilo y su superación producirá fuertes choques de intereses y exigirá grandes esfuerzos educativos.

El caudillismo es, en esencia, inestable porque depende de la capacidad del caudillo para beneficiar a los grupos de seguidores que lo rodean y a las clientelas que ha formado y porque su duración depende del ciclo de vida del caudillo. Tarde o temprano, la hora de las instituciones llega. Un partido puede formarse a la sombra de un caudillo pero no puede transformarse en una organización moderna sin el mutis de los caudillos. Pero nadie puede decir, en el PRD, cuándo llegará esa hora. Si interpretamos correctamente lo que sucedió en el VI Congreso, los caudillos siguen inspirando en un sector importante de la militancia esa mezcla de respeto y temor que los hace poderosos, pero han perdido su condición de factor imprescindible de unidad que frenaba las ambiciones menores.

Otro de los grandes problemas orgánicos del PRD es su división en facciones. Todo partido tiene en su seno grupos rivales y luchas entre ellos. El problema es de grado. Hay partidos con facciones y partidos de facciones. Partidos en los cuales la cohesión les permite actuar como una organización unificada frente a las otras fuerzas políticas y partidos en los cuales la división entre las facciones se impone en momentos decisivos, fragmentando sus tomas de decisión y desdibujando su presencia pública. El PRD pertenece a los segundos.

Para empezar, debe hacerse una distinción fundamental: hay corrientes y hay facciones. Las primeras son un conjunto de ideas, actitudes y prácticas que aglutinan a una parte del partido alrededor de elementos ideológicos o posiciones estratégicas o tácticas más allá de toda forma de organización. Podemos decir que catorce años después de su fundación, en el PRD las corrientes se han reducido a su mínima expresión.

Las facciones, en cambio, son grupos de políticos ligados por

intereses. Su objetivo es el poder o la participación en los recursos del partido. Su distintivo es el personalismo y su constitución se asemeja a la camarilla política o el clan familiar. Uno de los grandes problemas del partido de la izquierda mexicana es la proliferación y el poder de las facciones que debilitan su organización, con lo cual reducen la autoridad de los órganos colegiados de decisión y la coherencia y oportunidad de sus acciones. La identidad del PRD se define en el carácter de sus facciones. Sólo el análisis de cada una de ellas revela la naturaleza de la federación que designamos con el nombre de partido.

En el atomizado PRD existen las facciones estables y las ocasionales, de envergadura nacional y local. Las grandes facciones nacionales establecen alianzas con fuerzas externas de acuerdo con sus intereses inmediatos y adoptan posiciones que responden a una dinámica específica. Existen también grandes diferencias en el estilo de hacer política que diluyen la identidad del partido. La fuerza de las facciones se finca en su control sobre la elección de los candidatos a puestos de representación, los recursos del partido, la cercanía a gobernadores surgidos de la organización y sus nexos con dirigentes populares que pueden convocar a sus electores. En la estructura de oportunidades de hacer carrera que ofrece el PRD, el político depende íntegramente de su cercanía al caudillo principal, Cuauhtémoc Cárdenas, y/o de su pertenencia a alguna de las camarillas.

Incluso en la actualidad, el PRD ofrece la imagen de una organización en cuyo interior se agita un conglomerado de facciones personalistas que conforman una maraña de coaliciones cambiantes que viven en una dinámica permanente de confrontación y reconciliación, misma que obedece a las necesidades de la lucha por cuotas de poder. En vista de que muchas de esas facciones son inestables y de composición variable, el mapa de su conformación y funcionamiento está en permanente cambio.

Pero entonces ¿cuáles son los factores que aún mantienen unido al PRD? Aparte de la candidatura de Cárdenas, a la cual ya nos hemos referido, debe contarse el registro del partido y el financiamien-

to de origen público que se otorga en forma centralizada a la dirección oficial.

En ausencia de un financiamiento mediante cuotas de los miembros, el dinero proveniente de las instituciones públicas adquiere una importancia decisiva. Con él la coalición dominante adquiere independencia de la base, con lo que se acentúa el poder de la burocracia en general y el suyo propio frente a los grupos rivales.

El dinero que otorga el Estado está destinado no sólo a cubrir los gastos de las campañas, sino también a asegurar el funcionamiento permanente de los partidos. Así, no hay incentivos para acrecentar la membresía real, que representa gastos, y sí se depende cada vez más de los electores y afiliados sueltos.

Es evidente que para consolidar su identidad, elevar su eficiencia y realizar un trabajo de hegemonía, el partido tiene que fortalecer sus instituciones y reducir la importancia de los caudillos y las camarillas. Y eso, en las condiciones actuales del PRD, representa una reforma complicada que exige como primer paso un pacto entre las principales facciones. Sin embargo, es importante recordar que, pese a sus problemas orgánicos, el PRD no ha sufrido, desde su fundación, ninguna ruptura importante. Por lo tanto, no es imposible que su condición actual se mantenga todavía durante un buen tiempo.

La posibilidad se transforma en probabilidad cuando consideramos el desempeño de los otros dos grandes partidos. El PAN y el PRI tampoco han mostrado mucha capacidad para adaptarse a los cambios del sistema político. Frente a un PAN que no se sabe comportar como partido gobernante y un PRI que no logra renovar su dirección, los grupos dirigentes del PRD pueden seguir resistiendo las presiones que le exigen una modernización todavía durante un buen tiempo.

La estructura interna del PRD es su talón de Aquiles. No sólo es una fuente permanente de debilidad y desprestigio sino que puede ser la causa de su división y, en última instancia, de su dispersión. La división en facciones, el caudillismo y la falta de militancia democrática impiden la adopción de posiciones unitarias coherentes.

Cada caudillo y cada facción negocia con otras fuerzas en forma independiente, lo que mantiene al partido abierto a influencias divisionistas externas. No existe una línea concertada ni coordinación entre los gobiernos del PRD y los órganos directivos del partido. Las coaliciones electorales se forman alrededor de candidatos y no de órganos ni de posiciones políticas. Por eso el PRD es incapaz de movilizar todas sus fuerzas en una dirección única y eso lo debilita tanto en su relación con otras fuerzas políticas como con los movimientos populares.

Para enfrentar los retos de la situación actual y pasar a una nueva etapa de su desarrollo, el PRD debe transitar del partido de políticos al partido de ciudadanos; de la federación de caudillos y facciones a la institucionalidad; de la dispersión de posiciones a la unidad disciplinada. Si no lo logra, naufragará en el camino y la izquierda deberá explorar nuevas formas de organización. No existe garantía alguna de que eso sea posible. Todo depende de la visión de sus dirigentes y su capacidad de ponerse de acuerdo para la realización de reformas creativas.

Trayectoria electoral

La trayectoria electoral del PRD, si se incluyen las elecciones de 1988 en su historia, debe analizarse en el marco de las tendencias generales de las últimas tres décadas. Comencemos por tres tablas generales:

Tabla I. Elecciones de diputados federales²⁶
(porcentaje)

AÑO	IZQUIERDA (PRD)	PARAESTATALES	PRI	PAN	OTROS
1970	No registrado	2.4	83.3	14.2	—
1976	No registrado	5.8	84.8	9.0	—
1979	5.3*	5.6	74.0	11.5	0.2
1982	5.9	6.5	69.3	17.5	0.8
1985	6.3	6.1	68.1	16.3	3.1
1988	29.6**	—	51.1	18.0	1.3
1991	8.9	8.3	61.5	17.7	3.6
1994	16.7	—	50.3	25.8	7.2
1997	25.7	—	39.1	26.6	8.6
2000	18.6***	—	36.6	38.4****	3.7

* Partido Comunista Mexicano (registrado).

** Coalición Cardenista con tres "paraestatales" y el PMS.

*** Alianza por México: PRD, PT, PSN, PAS, PCD.

**** Alianza por el Cambio: PAN, PVEM.

Tabla II. Resultados en elecciones presidenciales del FDN-PRD, 1988-2000

AÑO	VOTACIÓN	PORCENTAJE
1988	5,929,585	31.06
1994	5,903,987	16.31
2000	6,256,780*	16.64

* Ésta es la votación lograda por la Alianza por México.

Tabla III. Resultados del PRD en las elecciones para diputados federales, 1991-2000

AÑO	VOTACIÓN	PORCENTAJE	NÚMERO DE DIPUTADOS
1991	1'897,133	7.91	141
1994	5'717,685	16.18	172
1997	7'514,650	25.71	125
2000	6'942,844	18.68*	66**

* Porcentaje de votación obtenido por la Alianza por México.

** Este número es el total de diputados que le corresponden a la Alianza por México; desglosados por partido corresponden: 51 al PRD, 8 al PT, 2 al CDPPN, 3 al PSN y 2 al PAS.

Como puede verse, hasta 1985 el voto de la izquierda independiente y de los partidos paraestatales con un discurso de izquierda, oscilaba entre 10.9% y 12.4% del total. Como a partir de entonces los votos por la izquierda se mantienen dentro de ese porcentaje, cabe concluir que hay un *voto duro de izquierda* que no depende tanto del candidato ni de la coyuntura. Ya que en 1994 y en 2000 Cárdenas obtiene entre 5% y 6% de votos más que el porcentaje conseguido por la izquierda, se puede hablar del *voto cardenista* propiamente dicho. El voto duro del PRD, heredero electoral de la izquierda y el cardenismo, es de alrededor de 17% a 19%. La diferencia fundamental entre la izquierda del pasado y el PRD es que ese voto está aglutinado alrededor de una sola planilla cuya fuerza es potenciada por esa unidad. Por otro lado, como demuestran las tablas II y III, en números absolutos, a partir de 1988 el voto duro del PRD está estancado y no refleja los aumentos en la población y el número de electores.

Para ganar, el PRD debe conquistar 30% del voto nacional en sectores que no son parte de su voto duro. Vale decir, tanto entre electores que tienen compromisos culturales y políticos con el PRI y el PAN (*voto duro del contrincante*) como entre electores sin afiliación que pueden en cada ocasión cambiar su preferencia (*voto oscilante*). Por eso la estrategia electoral del PRD no puede ser inmediateista ni espontánea.

Debe basarse en un análisis sistemático de la evolución de los diferentes electorados así como la coyuntura cambiante en cada elección. Si no, está condenado a permanecer encerrado en su voto duro.

Los resultados de las elecciones de 1988 fueron los únicos que rompieron la tendencia a largo plazo de la izquierda, en los años 1989-2000, de circunscribir su influencia a sus simpatizantes. Pero ello obedece a condiciones excepcionales.

La excepcionalidad de los resultados de 1988 puede apreciarse en los siguientes datos: Cárdenas consiguió entre 30% y 39% de los votos en Baja California, Colima, Guerrero, Oaxaca, Nayarit, Veracruz, Tlaxcala y Tamaulipas; más de 40% en el Distrito Federal, Estado de México, Michoacán y Morelos. Esto no se volvió a repetir en las siguientes dos elecciones presidenciales.

En 1994 el porcentaje de votación fue: Baja California 7.90; Colima 21.7; Guerrero 34.8; Oaxaca 27.9; Nayarit 15.6; Veracruz 23.5, y Tlaxcala 15.11. En el Distrito Federal bajó a 21.6; en el Estado de México a 18.7; en Michoacán a 25.7 y en Morelos a 19.6.²⁷ Como puede verse, sólo en Guerrero retuvo el mismo nivel de votación.

En las elecciones de 2000 Cárdenas consiguió en Baja California 8.97; en Colima 10.60; en Guerrero 35.24; en Oaxaca 24.82; en Nayarit 17.70; en Veracruz 18.39, y en Tlaxcala 23.52. En el Distrito Federal 25.95; en el Estado de México 18.77, y en Michoacán 37.14.

La trayectoria del Distrito Federal, baluarte de la izquierda desde los años sesenta, tampoco confirma el mito del voto cardenista. En 1988, el FDN consiguió en la ciudad de México 55% de los votos con más de millón y medio de electores. En 1991 apenas obtuvo 13% con 300,000 sufragios. En 1994, ya con Cárdenas como candidato a la presidencia, se repuso y consiguió 21% con 900,000 votos. En 1997 arrasó con 47%, conquistando 38 de las 40 diputaciones locales y 29 de las 30 diputaciones federales. Suponiendo que los resultados de 1991 sean reflejo de la dispersión del FDN, de todas maneras el voto duro de la izquierda y el neocardenismo no pasa en la capital de 20% a 25% del total.

Es necesario aceptar que 1988 fue un año excepcional. Cárdenas aglutinó los votos de la izquierda, el voto cardenista, el voto útil contra el PRI y un voto priísta de castigo al viraje neoliberal de Miguel de la Madrid. Asimismo, capitalizó el enojo popular por las secuelas económicas y sociales de la crisis de 1982, el temblor de 1985 y la crisis de 1986. El factor sorpresa también jugó a su favor, ya que no se convirtió en un peligro real sino hasta abril de 1988. Sin embargo, hay que recordar que había otro candidato carismático, Manuel J. Clouthier, a quien Cárdenas venció ampliamente. Es comprensible que el PRI haya descendido, pero las causas de una victoria tan notable sobre el candidato panista exigen una mayor investigación. Probablemente tienen mucho que ver la personalidad de Cárdenas y la asociación en la conciencia popular con la imagen de su padre.

Nada indica que la suma coincidente de esos factores pueda o deba repetirse. En todo caso, los resultados electorales produjeron una ilusión para las siguientes elecciones presidenciales sustentadas en dos percepciones falsas: *a)* Cárdenas, con una campaña como la de 1988, puede ganar la presidencia si no le hacen fraude y *b)* en cualquier circunstancia, Cárdenas atrae los votos para los candidatos del PRD. Esta ilusión se vio reforzada por los resultados logrados por el candidato en 1997 en el Distrito Federal. Ambos supuestos resultaron ser falsos para las elecciones de 2000.

La primera participación del PRD como partido ya establecido en un proceso electoral federal fue en las elecciones intermedias de 1991 para la cámara de diputados. Sólo logró entonces 1.9 millones de votos (8.9%). Este pobre desempeño se debió ante todo a la dispersión del FDN. Los partidos paraestatales que participaron obtuvieron una votación muy similar. Sumados, se habría vuelto a obtener el fatídico 17% que parece ser el porcentaje de voto duro de izquierda. También influyeron el hostigamiento del gobierno de Salinas y los conflictos internos a la hora de definir las candidaturas. La imagen que captó la ciudadanía fue de un partido incapaz de dirimir controversias internas. Como factor externo deben apuntarse los éxitos ob-

tenidos por Salinas con la política de Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL); gracias a ella el PRI recuperó su voto clientelar y atrajo a muchos sectores indecisos.

La segunda participación en procesos federales fue el 21 de agosto de 1994, cuando se llevaron a cabo elecciones para presidente de la república, diputados y senadores. El candidato perredista fue nuevamente Cuauhtémoc Cárdenas, quien recibió 16.31% de la votación; 5'903,987 sufragios. En la elección de diputados el PRD consiguió 5'717,685 votos, 16.18% de la votación. Esto fue suficiente para que obtuviera 72 curules en la LVI Legislatura (1994-1997), 70 de representación proporcional y dos más de mayoría en el estado de Veracruz.

El PRD llegó al proceso electoral de 1994 con la idea de que en 1988 le fue robada la elección al Frente Democrático Nacional por falta de organización e inexperiencia en la vigilancia electoral. Creían que si en 1994 ponían en marcha una estrategia de vigilancia en la mayoría de las casillas y secciones electorales, el triunfo estaba asegurado. Lo que no hicieron fue una campaña moderna en la que se privilegiaran los medios masivos de información. Soslayaron una política profesional de medios y se dejaron llevar por el voluntarismo y la obcecación de hacer una campaña de "trato directo con los electores" que además de desgaste probó fehacientemente su ineficacia. El llamado a la sociedad para que rechazara la votación por haber sido fraudulenta, no prosperó. Nadie creyó que Cárdenas había ganado.

En 1997, la votación del PRD tuvo una recuperación sustancial. Al obtener 7.5 millones de votos supera en casi 1.8 millones su tope histórico de 1988 y su porcentaje se eleva en casi 10%. Logró 70 diputaciones de mayoría, con lo que se convirtió en la primera minoría en la cámara baja (125 diputados por 239 del PRI y 121 del PAN). En la elección para renovar una parte de la cámara de senadores, el PRD logró 25.71% de los votos (7'438,466), con lo que colocó en la cámara alta a 13 perredistas. Además triunfó de manera arrolladora en

el Distrito Federal, en donde por primera ocasión se eligió al jefe de gobierno; en la elección para la Asamblea Legislativa el PRD ganó 39 de los 40 distritos. Esta vez Cárdenas, candidato en el Distrito Federal, no es el personaje central a nivel nacional. Por lo tanto su mérito en ese avance es sólo parcial. El PRD ascendió de nuevo en entidades como Michoacán (42.4%) y Tabasco (40%). Los factores que explican esta tendencia son los efectos psicológicos de la crisis de 1995 que elevan a la oposición hacia los gobiernos priístas, el desprestigio del salinismo, la actitud del nuevo presidente Zedillo preocupado por el ascenso del PAN y la reforma electoral de 1996 que dio confianza al electorado de oposición.

Tabla IV. Elecciones presidenciales, 2000
(resultados finales del IFE)

Vicente Fox Quesada	42.52%
Francisco Labastida Ochoa	36.11%
Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano	16.64%
Gilberto Rincón Gallardo	1.58%
Manuel Camacho Solís	0.55%
Porfirio Muñoz Ledo	0.42%

Tabla V. Elecciones de senadores, 2000
(resultados finales del IFE)

Alianza por el Cambio	38.11%
PRI	36.75%
Alianza por México	18.85%
Democracia Social	1.80%
PCD	1.39%
PARM	0.74%

Tabla VI. Jefe de gobierno del Distrito Federal
(resultados finales del IFE)

Andrés Manuel López Obrador	33.44%
Santiago Creel Miranda	32.98%
Jesús Silva Herzog	22.40%
Teresa Vale Castilla	3.25%

La elección federal de 2000 es para el PRD una derrota grave desde cualquier punto de vista. La votación absoluta y proporcional fue notablemente inferior a la de 1997 y casi igual a la de 1994. La única victoria importante, la conservación de la mayoría en el Distrito Federal, sufrió un voto de castigo y los efectos del ascenso de Fox. Se perdió la mayoría en la Asamblea y en seis delegaciones. En 1997, Cárdenas, como candidato al gobierno del Distrito Federal, obtuvo 1'861,444 votos. En 2000, Andrés Manuel López Obrador logró 1'694,186. En términos absolutos esto representa una pérdida de 167,258 votos. Pero la participación en el voto total bajó de 48.1% a 33.4%, esto es, 14.7%. Más grave aún es el derrumbe definitivo de la ilusión de que Cárdenas podía ser presidente.

Con Cárdenas una vez más como candidato a la presidencia, todos los resultados vuelven a apuntar a la baja. En 2000 obtuvo 352,793 votos menos que en 1994. En cuanto a la elección para diputados, la Alianza por México obtuvo 7.1% menos que el PRD en 1997. Su votación descendió en 19 entidades, entre ellas el Distrito Federal, en donde perdió 434,791 votos; el Estado de México, con 281,630 votos menos y Tamaulipas con un descenso de 117,337. En Morelos sólo obtuvo 123,340 sufragios (30% menos que en 1997). El voto por el candidato presidencial fue sustancialmente más bajo que el voto por el congreso (2.1%). En el Distrito Federal, de cada tres votos por López Obrador para la jefatura de gobierno, uno fue por el candidato del PAN a la presidencia.

La coalición no reportó ningún beneficio. Por el contrario, se

redujo el número de diputados sin acrecentar el voto total. La representación en la cámara de diputados es la más baja desde 1991.

El PRD es el único partido, aparte de los que perdieron su registro, que recibió menos prerrogativas para llevar a cabo sus tareas de aquí a la elección federal de ese año. Pasó de 320 millones de pesos (mdp), que se le asignaron desde 1997, a 282 mdp en 2001; es decir, disminuyó 38 mdp, que mucha falta le harán para desempeñar sus tareas, sobre todo cuando la distancia con los dos grandes se ensancha desproporcionadamente. Tanto el PRI (696 mdp) como el PAN (631 mdp) le triplicarán en recursos a su disposición año con año hasta el futuro reajuste que se dará en la próxima contienda electoral.

Sus bancadas en ambas cámaras son ahora mucho menores. En la de diputados apenas conserva 52 curules (de 126 en 1997), pues tuvieron que ceder 15 diputaciones a los demás partidos coligados a la Alianza por México. Pero, además, a estos partidos les consiguieron 310 mdp en prerrogativas adicionales. El Partido del Trabajo (PT), el Partido Alianza Social (PAS), el Partido de la Sociedad Nacionalista (PSN) y Convergencia por la Democracia, Partido Político Nacional (CDPPN) recibirán entre todos 545 mdp, mucho más que el partido que los agrupó.²⁸

Entre las principales causas del descenso se puede señalar: *a*) Cárdenas y su equipo no aprendieron la lección de 1994, mostrando una sorprendente incapacidad para innovar y adaptarse a las nuevas condiciones; *b*) Cárdenas y el PRD subestimaron el desgaste de su candidato por la mediocridad de su gestión en el Distrito Federal; *c*) no hubo mensajes coherentes para atraer el voto útil que, a final de cuentas, se inclinó por Fox; *d*) el desprestigio del PRD por las elecciones internas impugnadas y las querellas entre las facciones por las candidaturas a puestos de elección; *e*) la desmovilización del partido por falta de perspectivas claras; y *f*) la capacidad de Fox de interpelear a todos los sectores partidarios del cambio en una campaña multimillonaria.

Después del 2 de julio de 2000 México entró de lleno a la era

de los partidos competitivos. Pero la implantación actual del PRD le impide participar en la disputa por la presidencia. Hoy por hoy, este partido sigue siendo una fuerza regional. Setenta por ciento de sus miembros están concentrados en seis estados: México, Michoacán, Tabasco, Veracruz, Guerrero y Oaxaca, y en el Distrito Federal. En las otras veinticinco entidades su presencia es casi nula. Para transformarse en un contendiente serio por el poder a nivel nacional es necesario un trabajo prolongado y paciente que en las condiciones actuales del partido es imposible de realizar.

CARDENISMO Y NEOCARDENISMO

En febrero de 1988 apareció en el firmamento político una nueva estrella y su nombre, Cuauhtémoc Cárdenas, no es ajeno a sus logros. En los doce años que siguieron, su influencia en el proceso de democratización del país y el desarrollo de la izquierda fue decisiva. Alrededor de sus candidaturas a la presidencia y el gobierno del Distrito Federal se formó un movimiento, el neocardenismo, que conquistó un lugar hegemónico en la izquierda, subordinando a todas las demás corrientes. Después de 2000 su influencia se ha reducido, viéndose obligado a compartir el escenario con otras personalidades y otras tendencias. Sin embargo, este movimiento mantiene una influencia considerable que se manifiesta en la difusión de su ideología, el prestigio de su fundador, la presidencia de Rosario Robles en el PRD y la gubernatura de Michoacán. El presente capítulo se propone explicar el fenómeno y explorar su impacto en el desarrollo futuro de la izquierda.

En 1988, sin organización unificada que lo respaldara ni acceso a los medios masivos de información, Cuauhtémoc Cárdenas logró en cien días sumar alrededor de 40% de los votos del país, colocando al partido gobernante contra la pared. En un hecho sin precedente, en 1988 se convirtió en el inspirador y el líder de una verdadera insurrección electoral. Por primera vez en su historia, el PRI perdió o estuvo a punto de perder la presidencia. Nunca sabremos con certeza si Cuauhtémoc fue o no electo, pero el sistema político no volvió

a ser el mismo. El voto por Cárdenas del 6 de julio probó incontestablemente que incluso en condiciones legales precarias, las elecciones son un gran vehículo de cambio. Después de sesenta años de dominio absoluto y pese a su aparato, su control de los medios y sus fraudes, el PRI podía ser vencido en las urnas. Tres años más tarde, en 1991, el PRI recuperaba su mayoría electoral pero nunca su aureola de invulnerabilidad. Estos sucesos demostraron, también, el poder del líder en momentos de crisis y oposición masiva: quien había canalizado la insatisfacción popular no era un partido o un movimiento, sino una personalidad.¹ Esto tuvo para la izquierda dos consecuencias: el abstencionismo, que era aún muy fuerte, y la idea de la construcción de un partido orgánico como tarea central, perdieron fuerza. Además, el hecho de que Cuauhtémoc Cárdenas derrotara a Manuel J. Clouthier, el carismático candidato del PAN, confirmó que existe una ciudadanía que está abierta a la influencia de un proyecto de centro-izquierda, siempre y cuando éste no se presente como un ataque frontal y una ruptura violenta con el sistema. De facto, Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo fueron los fundadores políticos de una nueva posibilidad: la reforma gradual desde posiciones de centro-izquierda.

En 1997, Cuauhtémoc repitió la hazaña en el Distrito Federal, venciendo a sus oponentes en forma contundente con 45.2% de los votos. En la entidad más poblada del país la era de la democracia se inauguraba con una victoria de la oposición de centro-izquierda. Esto impactó decisivamente a la opinión pública de todo el país. La centro-izquierda se erigió en opción no sólo de oposición sino también de gobierno.

La aparición de Cárdenas logró para la izquierda lo impensable: durante una década unificó a la mayor parte de sus destacamentos, tanto de la vertiente social como de la partidista, alrededor de una ilusión de victoria evocada por su nombre. Por primera vez en su historia, ésta se unió en un objetivo común, claro y simple: ¡Cárdenas a la presidencia! La izquierda independiente salió de la marginalidad en

la que estaba sumida y con un discurso en el cual el neocardenismo recogía algunas de sus ideas, impuso su legitimidad en la opinión pública. La salida de Cárdenas y otras figuras del PRI produjo en este partido una escisión que se transformó en herida abierta por la cual, en la siguiente década, miles de cuadros de diferentes niveles y muchos grupos y comunidades asociadas a él durante décadas, fluyeron hacia el PRD. En el encuentro que se produjo, la izquierda perdió su pureza sectaria y dogmática y aterrizó, sin gracia es verdad, en el mundo real de la política electoral y parlamentaria. Los priístas disidentes, por su parte, iniciaron su aprendizaje de oposición construyendo así las bases de la reforma de esa cultura y ese estilo de hacer política llamado PRI. Además, la confluencia del neocardenismo y la izquierda independiente cambió el rumbo del proceso democratizador, haciendo añicos la opción bipartidista PRI-PAN, muy fuerte hasta entonces.

En esa trayectoria existe otro aspecto, más profundo y más intrigante. Las tres campañas presidenciales y la campaña por el gobierno del Distrito Federal protagonizadas por Cuauhtémoc Cárdenas han servido para infundir nueva vida y modernizar al cardenismo, una de las grandes ideologías políticas de México, y, sin embargo, como se verá, si bien existen rasgos de continuidad, cardenismo y neocardenismo son dos cosas diferentes.

La candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc fue lanzada en noviembre de 1987, pero no fue sino tres meses más tarde cuando comenzó a producirse la respuesta masiva de los ciudadanos. Los primeros viajes al norte de la república atrajeron a poca gente. Todavía en diciembre de 1987, las encuestas daban a Salinas una amplia ventaja. En esos momentos Cuauhtémoc estaba por cumplir 54 años de edad y tenía tras de sí tres décadas de administrador y político ligado al régimen. Es inútil buscar en ellas los indicios de carisma, las cualidades de liderazgo o la firmeza opositora que habría de demostrar en los doce años que siguieron. Pero el elector de 1988 no podía conocerla o adivinar el futuro. ¿Cómo explicar, entonces, su éxito en las elecciones que siguieron? El neocardenismo tomó im-

pulso en y de los escenarios de las grandes obras sociales de Lázaro Cárdenas.

Fue en los mítines realizados en las zonas de influencia cardenista tradicional, donde los auditorios comenzaron a crecer. El viraje se produjo en La Laguna, en donde el reparto de tierras realizado por Lázaro Cárdenas había cambiado profundamente la estructura social. Salinas llegó a la región el 10 de febrero de 1988 y en San Pedro de las Colonias, Coahuila, fue recibido con rechiflas, abucheos y gritos de "¡Cárdenas, Cárdenas!", mientras su escolta era apedreada. Al día siguiente, los laguneros recibieron en el mismo lugar a Cuauhtémoc con grandes muestras de afecto. En los mítines que siguieron y pese a su escasa preparación, la asistencia superó las 100,000 personas. El 14 de febrero, en un mitin en Torreón, algunos provocadores trataron de sabotear el acto y fueron nulificados. Cuando Muñoz Ledo preguntó a los enardecidos asistentes si estaban dispuestos a renunciar al PRI y a la Confederación Nacional Campesina (CNC), miles de campesinos respondieron que sí. Aun cuando ni la radio ni la televisión cubrieron estos eventos, la opinión pública se enteró por la prensa y el prestigio de Cárdenas subió como la espuma. Algo similar sucedió el 18 de marzo, cuando Cuauhtémoc Cárdenas organizó una celebración independiente de la expropiación petrolera reuniendo a setenta mil personas en el Zócalo, mientras el presidente Miguel de la Madrid presidía nerviosamente una asamblea mucho más reducida en la cual no se atrevió a usar el nombre de Lázaro Cárdenas.² A partir de ese momento, aparecieron el culto a Cuauhtémoc Cárdenas y los mitos que lo sustentaban. El hijo era el continuador del padre y estaba llamado a llevar a buen fin la obra iniciada por éste. El fracaso de las campañas de 1994 y 2000 hizo mucho para enfriarlos, pero en momentos de crisis extrema o vacío político pueden resurgir con fuerza.

Para enfrentar el futuro, debemos comenzar por distinguir al hombre y el movimiento que creó del mito y el culto que lo rodean. La izquierda del siglo XXI no puede construirse sobre mitos y cultos. Si algo hemos aprendido de las experiencias del siglo pasado es que su

portador debe ser la persona libre y consciente que deposita su confianza en su libre albedrío, los principios humanistas y la acción solidaria con sus semejantes. Los portadores de la nueva izquierda serán ciudadanos de una democracia, no clientes de un caudillo o una máquina electoral. Cuauhtémoc Cárdenas, el hombre, resiste la prueba de la verdad. Los cultos y los mitos que lo acompañan, ya sean de izquierda o de derecha, sólo crearán a la larga añoranzas utópicas de un pasado paternalista y estatista o un caldo de cultivo óptimo para el ascenso de la extrema derecha. "La verdad del mito —como dice Enrique Florescano— no está en su contenido, sino en el hecho de ser una creencia aceptada por vastos sectores sociales. Es una creencia social compartida, no una verdad sujeta a verificación. Su validez y eficacia residen en su credibilidad."³ El mito moviliza, pero no puede explicar ni prever. Si los proyectos, la estrategia y las prácticas cotidianas de la izquierda no se liberan de la férula de los mitos, viejos y nuevos, el siglo XXI le depara decepciones aún más contundentes que el siglo que acaba de irse.

El cardenismo es una de las corrientes político-ideológicas más duraderas e influyentes de la historia contemporánea de México. Surgido en la segunda mitad de los años treinta, sigue siendo hoy una realidad. Su estudio es muy complejo porque incluye no sólo a su portador, sino también a otras personalidades que jugaron un papel destacado en su momento. Además, cada movimiento inspirado por el cardenismo tiene sus particularidades y sus connotaciones regionales. Adaptándose a los grandes cambios que ha conocido el país, ha pasado por etapas distintas, claramente definibles, aun en vida de su fundador Lázaro Cárdenas. No es lo mismo el cardenismo de los años treinta que el de 1940-85.⁴ Y el que se manifiesta a partir de 1986, con la Tendencia Democrática, merece por sus peculiaridades y su trayectoria un nombre propio, el neocardenismo, que usaremos de aquí en adelante.

El cardenismo y la Revolución

El cardenismo nació con el gobierno de Lázaro Cárdenas en los años 1934-1940 y de la memoria de éste, construida a lo largo del tiempo, en la cual la verdad y la leyenda se entremezclan. En 1934 el Partido Nacional Revolucionario (PNR) nombró como candidato a la presidencia a un joven general que había peleado en la Revolución y tenido una trayectoria política que lo identificaba con los sectores agraristas. Su campaña se distinguió por sus incansables recorridos por el país en busca de apoyo popular. Como presidente, Lázaro Cárdenas rompió con el maximato de Calles a quien mandó al exilio, distribuyó más tierra que todos sus antecesores juntos, creó una organización campesina única y una gran organización obrera. Nacionalizó el petróleo y los ferrocarriles y apoyó las demandas obreras. Reorganizó el partido gobernante transformándolo de una federación suelta de generales y caciques a una organización corporativa de obreros, campesinos, burócratas y soldados organizados. Impulsó el desarrollo de ejidos, de la educación rural e instauró la educación socialista. Al final de su periodo cedió el poder, rehuendo la tentación de repetir la experiencia del maximato. Sentaba así el precedente que habría de regir las sucesiones durante las siguientes seis décadas. Estos logros, sin duda portentosos, fueron el origen del cardenismo.⁵

Puesto que cuando fue electo candidato nada hacía prever su desempeño como presidente, durante décadas grandes sectores del pueblo vivieron esperando que la experiencia se repitiera y que el presidente electo reprodujera la misma trayectoria. Pero eso nunca sucedió. Sin embargo, el sueño demostró ser fuerte y perdurable e inspiró en los años que siguieron muchos movimientos populares.⁶

1940 es un año decisivo en la historia de México y del cardenismo. Terminó la revolución social y se inició la era de la contrarrevolución. Una contrarrevolución pasiva, astuta y gradual, pero no por eso menos efectiva. Y Lázaro Cárdenas se enfrentó a una gran disyuntiva. Optó finalmente por colaborar con el régimen, guardando su

identidad personal. Sin dejar de apoyar explícitamente a todos los presidentes que lo sucedieron y ocupar puestos en el gobierno, auspició en dos ocasiones movimientos de protesta y oposición. Las salidas fueron cruentas, pero terminaron siempre en la reconciliación pactada. La finalidad de esas salidas fue, ante todo, frenar los virajes a la derecha, pero también fortalecer su posición en la elite gobernante, sin jamás romper con ella. Su oposición fue vista como medio y no como fin en sí misma. No se trataba de construir una alternativa permanente al régimen priísta, sino de influir en su orientación. Una vez implementado el regreso, la oposición queda aislada. Podemos designar esa táctica con el nombre de apoyo crítico.⁷

El aval principal al régimen se expresó en el respaldo que daba al presidente en turno el más popular de los expresidentes de México. Además, su colaboración con el gobierno se realizó siempre en áreas que refrendan su posición nacionalista y sus convicciones sociales.

A fines de 1941, al romper México con los países del Eje, el general fue designado comandante de la Zona del Pacífico en donde Estados Unidos pretendía establecer bases militares, y al año siguiente fue nombrado secretario de Defensa. Al terminar la segunda guerra mundial, a finales de 1945, se retiró del gobierno, considerando que la coyuntura había terminado. En el sexenio de Miguel Alemán fue nombrado vocal ejecutivo de las comisiones de Tepaltepec y el Balsas, mismas que se fundieron en 1960 en la Comisión del Balsas, en la cual se desempeñaba como director. En 1969, un año antes de su muerte, fue nombrado por Gustavo Díaz Ordaz presidente del Consejo Administrativo de la Siderúrgica de Las Truchas, que llevaría después su nombre.

Como ejemplo de la táctica de apoyo crítico puede servir la conducta del general Lázaro Cárdenas durante los años decisivos de 1959-1964. En plena guerra fría, una revolución triunfó a noventa millas de las costas estadounidenses, encendiendo una ola de esperanzas que a su vez impulsó en el subcontinente una serie de movimientos por la soberanía y la justicia social.

A partir de 1959, Cárdenas adoptó posiciones críticas frente a la política del gobierno de López Mateos, que reprimió las huelgas de los maestros y los ferrocarrileros e intentó, infructuosamente, negociar la liberación de los presos políticos.⁸

El primero de mayo de 1960, junto con Salvador Allende y Janios Quadros, entre otros, firmó un desplegado en el cual declaró su solidaridad con la Revolución cubana.⁹ Un mes más tarde, reacciona ante la compra de 1,500 hectáreas por el empresario estadounidense William Jenkins en la zona de Tecaltepec con una declaración pública en la cual afirmó: "México no está a salvo de una revolución [...] cuando se permite que se desarrollen los monopolios, se causa inquietud social y esa inquietud se traduce siempre en movimientos de evolución social".¹⁰

El 20 de noviembre del mismo año, mientras la represión se abatía sobre los ferrocarrileros huelguistas, dirigió una carta al presidente López Mateos en la cual, después de felicitarlo por su obra, expresaba que "aún no se hace realidad el lema del mártir Madero sobre sufragio efectivo", llamaba a construir los órganos de gobierno con diversas corrientes de opinión pública y abogaba por la desaparición del delito de disolución social que coarta las libertades ciudadanas.

Esta clara referencia a la necesidad de ampliar y fortalecer la vida democrática del país se vio refrendada en sus apuntes personales, en los cuales habló sobre la necesidad de que se formaran en el futuro "nuevos partidos".

Al siguiente año, las diferencias se acentuaron y Cárdenas decidió encabezar la formación de una nueva organización popular. Integrante de la presidencia colectiva del Consejo Mundial de la Paz, promovió la realización de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz en la ciudad de México. La respuesta de la gran prensa, obviamente alentada por el gobierno, fue una ululante campaña contra el general.

Su reacción ante la invasión de Playa Girón, declarándose dispuesto a ir a defender a Cuba, le valió una nueva andanada de críti-

cas aún más agresivas. El PAN llegó a acusarlo de comunista. Pese a ello, participó en la formación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que calificó de "instrumento de acción y unidad de las fuerzas democráticas".

El comité nacional de la nueva organización reflejó claramente una alianza entre el cardenismo, el lombardismo (que habría de separarse poco después) y la izquierda independiente representada por el Partido Comunista, así como líderes obreros y campesinos. También participaba un importante número de intelectuales. Por la corriente cardenista estuvo gente como Cuauhtémoc Cárdenas, Heberto Castillo y Alonso Aguilar; por el PPS Carlos Sánchez Cárdenas; por el PCM Manuel Terrazas; por los ferrocarrileros Mario H. Hernández y el líder de los campesinos de La Laguna, Arturo Orona (ambos del PCM), y por el PPS Jacinto López, además de intelectuales como Narciso Bassols Batalla, José Chávez Morado (también del PCM), Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero y otros.

Durante el primer año de existencia de la nueva organización, Cárdenas se mantuvo firme en su apoyo. Por eso sorprendió a todos un acto que parece no guardar congruencia con esa posición. El 7 de diciembre de 1961 el gobierno anunció que siete expresidentes, entre ellos Lázaro Cárdenas, habían sido nombrados para ocupar puestos secundarios pero significativos en la administración pública. Cárdenas manifestó que la medida debía contribuir a que todos los sectores del país sumaran esfuerzos con el régimen para mejorar las condiciones de la población que vivía precariamente.¹¹ Su posición no dejaba lugar a dudas. Estaba con el Movimiento de Liberación Nacional, pero no abandonó su colaboración con el gobierno. Más tarde, en su diario, se mostraría incómodo con esa decisión.

La gran prensa festejó el acto de disciplina de Cárdenas, pero días después éste otorgó una entrevista a *Siempre!*, en la cual declaró que a pesar de haber aceptado el cargo, seguía apoyando al MLN. "Estoy solidarizado en absoluto con el MLN —dijo— y lo estaré mientras tenga vida, siempre que el Movimiento sostenga los postulados que

lo caracterizan." Llamó además a no asustarse por las acusaciones de comunistas vertidas contra el MLN.

Cuando el 6 de enero del siguiente año se fundó la Central Campesina Independiente, organización que se declaró emancipada de las formaciones campesinas oficiales, Cárdenas asistió al congreso constitutivo.¹² De inmediato se desató otra campaña contra él, según algunos observadores de la época la más virulenta y personalizada de todas las habidas hasta entonces. Pero se detuvo bruscamente cuando, algunos días más tarde, un editorial del periódico oficial *El Nacional* afirmaba que en un país democrático los ciudadanos tienen derecho a agruparse y que el debate sobre la nueva organización no debe extenderse a consideraciones personales sobre el general Cárdenas porque "a nuestros valores hay que conservarlos y respetarlos". Considerando cómo se hacían las cosas en aquella época, es evidente que hubo una orden contundente de la presidencia de parar la campaña.

Ya la creación de la Central Campesina Independiente produjo un cisma en el MLN. Pero la verdadera y definitiva división vino relacionada con la sucesión presidencial de 1964. Mientras que un sector consideraba que había que oponerse al candidato oficial y construir una fuerza de oposición independiente, otro proponía colaborar con él, negociando su participación futura.

En el mes de abril del mismo año, un ala del MLN organizó el Frente Electoral del Pueblo (FEP) para lanzar como candidato independiente a la presidencia de la república a Ramón Danzós Palomino, un líder campesino miembro del PCM.¹³ Lázaro Cárdenas nunca se pronunció sobre esa iniciativa y guardó silencio cuando en el mes de diciembre Gustavo Díaz Ordaz fue nombrado candidato oficial a la presidencia. Pero seis meses más tarde, el 10 de junio de 1964, en un mitin electoral en las obras del Río Balsas, le otorgó su apoyo total en términos muy elogiosos: "al referirse usted concretamente a la reforma agraria [...] a la necesidad de que se actúe con honestidad y patriotismo [...] al fijar las normas sobre política internacional [...] ha inspirado confianza en la mayoría del pueblo, que concurrirá a las

urnas para depositar su voto a favor de usted".¹⁴ El lanzamiento del FEP y el apoyo de Cárdenas al candidato oficial dividió definitivamente al MLN que no tardó en dispersarse, mientras Cárdenas regresaba al seno del régimen y guardaba silencio. El ciclo del apoyo crítico se había consumado.

Hasta los años ochenta del siglo XX, la izquierda mexicana estuvo dividida por su actitud hacia los gobiernos priístas de los años 1940-1986 que fueron desgastando los logros de la Revolución y consolidando un capitalismo marcado por profundas desigualdades sociales. Una de sus corrientes optó por el apoyo crítico, mientras la otra asumía la tarea de construir una oposición independiente, con un proyecto alternativo. Las dos apelaron a las masas, pero su actitud fue diferente hacia las elites gobernantes.

Dos generaciones

Para comprender la formación de Cuauhtémoc Cárdenas, que tenía seis años de edad en 1940, debe recordarse que pertenece íntegramente a la etapa del apoyo crítico.

Entre Cuauhtémoc y su padre hubo una gran intimidad. No es exagerado decir que, como político, fue educado y formado por él. Sus primeros veinte años de vida adulta fueron dedicados a la administración pública con incursiones muy ocasionales en la política. En 1957-1958 intentó fundar una pequeña empresa de construcción, la cual fracasó, y confiesa que pronto descubrió que no tenía vocación de empresario. Aun cuando habla repetidamente de su interés por la historia, nunca hizo estudios de ciencias sociales o humanidades ni creyó que fueran necesarios para su formación política. Cuauhtémoc ha sido siempre un funcionario y un político. Nunca se identificó con los empresarios ni convivió con los intelectuales. Su visión de México es la que se tiene desde ese mirador y su idea del cambio es la que se puede promover desde la presidencia de la república, no a través de la acción popular autónoma, la empresa privada o el pensamiento.¹⁵

Hasta 1970, su carrera estuvo dominada por la figura del general Lázaro Cárdenas. Sus estudios de posgrado se vieron influidos por el interés de su padre en la construcción de la Siderúrgica Las Truchas. Se inició en 1959 como secretario de un comité de planeación y en 1963 apareció como director de estudios en la Comisión Nacional de la Cuenca del Río Balsas. A partir de 1969 es subdirector general de la propia Siderúrgica de Las Truchas. Ahí permaneció hasta 1974, año en el cual se separó por desavenencias con su director. En todas esas instituciones, el jefe es el padre. El general Cárdenas fue vocal ejecutivo (director) de la Comisión Nacional de la Cuenca del Río Balsas. Desde ahí se hicieron los planes para la Siderúrgica que había sido ya uno de sus proyectos prioritarios desde que fue gobernador de Michoacán de 1928 a 1932. Ahora su hijo sumaba sus esfuerzos a los de él. Luego vino para Cuauhtémoc la gerencia del Fideicomiso de Ciudad Lázaro Cárdenas, población que representaba la iniciativa de industrialización y de urbanización más ambiciosa de la región.

Cuauhtémoc no creció entre revolucionarios, se desarrolló en el seno de la elite gobernante. Desde niño tuvo tratos con los presidentes, los expresidentes y sus familias. Por la casa paterna desfilaron muchos funcionarios y escuchó innumerables conversaciones sobre asuntos políticos. Pero al mismo tiempo y bajo la tutela de su padre, participó personalmente en dos momentos importantes del desarrollo de la oposición de izquierda. Está dualidad se mantendrá. Cuauhtémoc es, a la vez, parte de la elite gobernante y un hombre respetado por la izquierda independiente. En 1988 se produjo la ruptura política, pero las relaciones personales y familiares persistieron. La comunicación se mantiene abierta.¹⁶

En julio de 1951, el general Miguel Henríquez Guzmán lanzó su candidatura a la presidencia de México auspiciado por la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, organismo que cobijaba a numerosas organizaciones y movimientos de conocida filiación cardenista. Aun cuando públicamente el general Cárdenas siguió actuando con discreción, en los hechos otorgó un decidido apoyo a Henríquez,

que era hombre cercano a él. Francisco J. Mújica, Marcelino García Barragán, Genovevo de la O y Rubén Jaramillo participaron en la campaña y tanto doña Amalia como Cuauhtémoc, que tenía entonces 19 años, se sumaron. Durante la campaña, las porras iban dirigidas no sólo al candidato, sino también al general Lázaro Cárdenas. Después de las elecciones, éste se distanció públicamente del movimiento y otorgó su apoyo al presidente Adolfo Ruiz Cortines.¹⁷ En 1954, desde la universidad, Cuauhtémoc participó en los movimientos de protesta contra la intervención estadounidense en Guatemala para derrocar el gobierno progresista de Jacobo Arbenz. Enterado, el general se abstuvo de hacer juicios y en 1959 Cuauhtémoc acompañó a su padre a la celebración del primer aniversario de la Revolución cubana, por la cual desarrolló fuertes simpatías. Uno de sus hijos estudiaría allá.

Un año más tarde, en 1960, acompañó al general Cárdenas en una visita a los presos políticos del movimiento de 1959 en la cárcel. Poco después inició sus actividades en el seno del Movimiento de Liberación Nacional. Como miembro de su dirección, recorrió la república formando comités. Los años de 1962 y 1963 los dedicó íntegramente a las actividades en el MLN. A partir de ese momento y hasta 1986, durante un periodo de veinticuatro años, no volvería a participar en ninguna actividad de la oposición de izquierda o a colaborar con los grandes movimientos sociales que cuestionaron el poder del PRI. Y las ocasiones no faltaron. Durante todo ese tiempo, Cuauhtémoc Cárdenas fue un funcionario y un político que actuó dentro del régimen priísta, un régimen cada vez más opresivo cuya orientación en nada se parecía a la de los años veinte y treinta. Subsecretario de Agricultura, senador por algunos meses y finalmente gobernador de su estado natal, en poco se distinguió de otros funcionarios y políticos del régimen.¹⁸ Su apuesta fue el cambio desde adentro. El viraje sólo se producirá bajo el impacto de una profunda ruptura en la elite gobernante, el ascenso de los tecnócratas, la orientación neoliberal de la política del gobierno de Miguel de la Madrid y la resistencia a

ese cambio que se produjo dentro del PRI. Adversario decidido de la tecnocracia neoliberal, Cárdenas no tuvo problemas con la familia revolucionaria en sí.

En vida, Lázaro Cárdenas hizo todo lo que estaba en su poder para desalentar la participación de su hijo en la vida política. Para éste, la carga de la voluntad paterna debió ser pesada porque, como lo había de confesar más tarde, tenía desde la infancia no sólo interés, sino “una vocación temprana” por la política. Sin rebeliones ni conflictos visibles, se mantuvo fuera de ella hasta el año de 1970.

Si en algo fue muy insistente (mi padre) —contará más tarde en una entrevista— fue en que no me metiera en la vida política. Sabía que a mí me interesaba. Yo creo que de ahí podían surgir muchas preocupaciones y muchos desencantos, y como padre seguramente no quería que eso me sucediera. Me decía que no me metiera en la política y que no se me ocurriera hacerme militar.

Su entrevistador insiste:

—La frase “hijo mío te recomiendo que por ningún motivo trates de ser presidente”, esa frase no existió.

—No.

—Pero tampoco la contraria según lo que nos estás contando.

—No pero mientras él vivió yo no tuve prácticamente ninguna actividad partidaria.¹⁹

Esta compenetración ejemplar entre padre e hijo tendrá una profunda influencia en la forma de hacer política de Cuauhtémoc. Una de las cosas que aprendió de su padre fue la importancia de la relación directa del dirigente con el pueblo. Durante todo el tiempo de la asociación con él, visitó numerosas aldeas y ciudades de la región en la que trabajaba. “Muchas veces me tocó acompañarlo y verlo escuchar y platicar horas y horas con muchísima gente por todo el

país; en casas, en las carreteras, en el campo, con amistades.” Ésta es un complemento fundamental de su educación política. Conocedor de las elites con las cuales se siente cómodo, lo es también de grandes sectores populares con los cuales intima con evidente satisfacción y soltura. No hay duda, tanto el cardenismo como el neocardenismo se distinguen por una relación directa entre pueblo y dirigente. Pero ¿qué tipo de relación? Es ahí donde comienzan las diferencias. El primer paso es escuchar al pueblo, recoger sus problemas, sus anhelos y su forma de pensar para integrarlos al proyecto. Pero las voces que escucha Lázaro Cárdenas son las de un pueblo revolucionario que apenas acaba de dejar las armas o que aún no las ha dejado.²⁰ Su programa es el reflejo fiel de anhelos masivos que confluyen con los principios revolucionarios universales de su tiempo. La reforma agraria, la creación de un sector estatal de la economía, el rescate de la soberanía, la industrialización, la educación rural y primaria, los campesinos y los obreros armados como sujetos del cambio, son demandas de un pueblo que no ha salido aún del proceso revolucionario.

Las voces que escucha Cuauhtémoc medio siglo más tarde son muy diferentes: junto al colectivismo rural, se consolida un individualismo urbano. Frente al estatismo y la dependencia clientelar del Estado, se multiplica la iniciativa personal y una mayor confianza en el mercado. En lugar del nacionalismo, se abre paso la conciencia de la globalización y la atracción del “american way of life” transmitida por los millones de parientes emigrados. En lugar de orgullo revolucionario, predomina la inclinación por la vía democrática pacífica y el gradualismo. El norte, siempre más dinámico, no es ya revolucionario sino panista y el sur, más atrasado, adopta un aire revolucionario a la antigua. Las demandas de clase han cedido el lugar a demandas complejas de redistribución del ingreso por generaciones y grupos, el género y el ecologismo. Los derechos humanos y la reivindicación de la diversidad desplazan la aceptación del corporativismo. La cuestión social se fusiona con la cuestión de la democracia y la educación media y superior cobra una importancia que no tenía en los años treint-

ta. Lo que Cárdenas hijo oye no puede ser lo mismo que lo que oyó Cárdenas padre. Sin embargo, el eco de los nuevos reclamos, de las nuevas mentalidades, del nuevo lenguaje no se oye en su pensamiento y en su propuesta. En Cuauhtémoc, las ideas de la Revolución mexicana son una herencia ideológica del pasado, no un reflejo de la conciencia viva del presente. La reforma agraria, el sector estatal de la economía, el colectivismo rural, son demandas del México profundo que ya no es mayoritario. En la defensa de las ideas de la Revolución mexicana, la reforma agraria, el sector estatal, Lázaro Cárdenas estaba a la vanguardia de su tiempo. Hoy no se puede decir lo mismo. Lo que es claro es que el hijo no logra integrar a su pensamiento el resultado de sus conversaciones con el pueblo, de la misma manera que el padre. Mientras que el discurso de éste es un reflejo auténtico de la conciencia popular de su tiempo, el de Cuauhtémoc es la reproducción ecléctica y contradictoria del encuentro entre los añejos principios de la Revolución mexicana y una conciencia popular que en muchos sectores está ya muy alejada de ellos. Por eso, frecuentemente, dará la impresión de estar más conectado al pasado que al presente, de que no logra asimilar visiones y demandas vivas, de que se nutre de esquemas superados.

Una de las razones por las cuales el neocardenismo ha echado raíces tan profundas en el sur, es porque ha sabido atraer a miles de dirigentes naturales que responden a las viejas prácticas y la habilidad con la cual Cuauhtémoc se relaciona con ellos. Las cosas aprendidas en la juventud perduran. Pero en la era de la televisión, la encuesta y el análisis de opinión, en un México que tiene cinco veces más habitantes que el de Lázaro Cárdenas y una población urbana ampliamente mayoritaria, que se ha dado cuenta que su voto no puede ser controlado, la relación es menos generalizada y menos efectiva. Y eso explica por qué en la mayor parte del país el estilo neocardenista no avanza.

Pero hay una diferencia aún más crucial. El segundo paso de la relación entre líder y pueblo, ya recogidas las peticiones concretas, es darles solución desde el poder. En el imaginario tradicional mexi-

cano sólo cuando el político satisface una petición, sella el pacto que le da derecho al voto o la lealtad. Se trata de una relación de reciprocidad antiquísima que trasciende lo contractual y la coyuntura. Cumpliendo expectativas, el dirigente consolida un liderazgo estable no exento de connotaciones clientelares y tonos populistas que unen al individuo a su figura y sella su dependencia. Desde el gobierno de Michoacán y el de la República, Lázaro Cárdenas hizo precisamente eso, poniendo las bases de un lazo que crece con el tiempo. Los años que Cuauhtémoc pasó en el poder en la gubernatura de Michoacán y el Distrito Federal se desarrollaron en medio de un ascenso de la derecha y en lugar de refrendar lo prometido en las campañas, sirvieron para sembrar la duda en su veracidad o su posibilidad. El pacto no se consume como sucede con otras experiencias populistas en América Latina, porque falta la realización desde el gobierno.²¹

El neocardenismo

El neocardenismo no se parece en nada a los viejos partidos de la izquierda mexicana, unidos por la ideología y una fuerte organización. Tampoco se identifica con los movimientos sociales del pasado, movidos por las demandas específicas de sus agremiados y el abstencionismo en materia electoral. Y sin embargo, no es un fenómeno aislado. Pertenece a la gran familia latinoamericana del populismo. Es, para ser más precisos, un neopopulismo de izquierda, como lo fue el cardenismo en los años 1940-1970.

El neocardenismo no es un organizador de partido. Prefiere la relación directa y fluida entre el dirigente, los simpatizantes y los electores. Ve con gran recelo la organización estable y la dirección despersonalizada. Aun después de la formación del PRD, Cárdenas mantuvo su independencia en todos los ámbitos de la actividad política y midió a sus colaboradores de acuerdo con su identificación con él. El resultado inevitable es el caudillismo y la proliferación de las redes clientelares. La autoridad del dirigente desplaza la fuerza de las ideas y la or-

ganización y se transforma en obstáculo para la formación del partido. El papel de caudillo ejercido por Cuauhtémoc Cárdenas es fundamental tanto en la ideología como en el estilo de hacer política. A caudillo fuerte, partido débil. La fuerza se concibe como un lazo directo entre el líder y los movimientos sociales, no como organización partidista, como atributo de una personalidad, a la vez opositora, experimentada en el gobierno y heredera del legado de Lázaro Cárdenas, no como trayectoria del partido. El interlocutor directo de los movimientos es Cárdenas y las disputas internas del PRD consolidan su función de guía moral. Mientras que Lázaro Cárdenas fue el fundador de un partido nuevo, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), Cuauhtémoc Cárdenas se aferra a las reglas del populismo caudillista.

A diferencia de los movimientos sociales, no es portador de demandas sectoriales definidas. Su objetivo supremo es la conquista del gobierno por la vía del voto. La idea de cambio se identifica con la del poder. Pero una vez alcanzado éste, su política se adapta a las condiciones existentes con algunos matices de izquierda. Radical en la oposición, el cardenismo es en el gobierno un reformismo moderado, incluso en el marco neoliberal.

Su dirección es una alianza entre Cuauhtémoc Cárdenas y la izquierda movimientista universitaria surgida a raíz del movimiento de 1986. Su atractivo reside precisamente en su capacidad de conciliar las expectativas de los priístas con el estilo de la izquierda social.

En un país en el cual no ser revolucionario sigue siendo un estigma, se coloca en el terreno de la disputa por la herencia de la Revolución mexicana. Versión moderna del nacionalismo revolucionario, se propone recuperar el papel mediador del Estado entre los intereses de las clases sociales que favorezcan a los sectores populares. Pero una fuente aún más actual de su fuerza es su resistencia a las reformas neoliberales con una marcada añoranza por el Estado de bienestar clientelar de los años 1940-1976. Oponiéndose a la intervención del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM) en la elaboración de la política económica del Estado, rechaza

la apertura comercial irrestricta, la restricción del gasto y la inversión pública, las privatizaciones, la congelación de los salarios, y exige una renegociación del TLCAN. Al principio la Corriente Democrática no se propuso dividir al PRI, sino combatir desde dentro el rumbo neoliberal del gobierno de De la Madrid, y el reclamo de formas democráticas de elección del candidato a la presidencia se da en función no tanto de la democracia en sí misma, sino como vía para impedir el continuismo neoliberal.

Pero es sólo eso, un movimiento de resistencia. No es capaz de crear ideas y propuestas que se transformen en una alternativa viable, posible, capaz de influir decisivamente en la elaboración de políticas a nivel nacional. Refiriéndose a la presencia de un partido en la escena política, Przeworski dice: "Lo que importa es quién establece el tono, quién define los objetivos, quién tiene teorías más persuasivas, quién presenta mejores ejemplos para demostrar, quién puede reducir la libertad de maniobra para el oponente".²² Con ese criterio, la presencia del neoliberalismo hoy es mucho menor que en 1988.

El populismo de ayer y de hoy es un entrismo. Su principal objetivo no es elevar la conciencia popular o cambiar el sistema, sino conseguir posiciones de poder en la forma de representantes populares o funcionarios electos. Este inmediatez y el caudillismo le impiden hacer política a mediano y largo plazos en función de un proyecto histórico.

A lo largo de catorce años, las limitaciones del neocardenismo se fueron definiendo. Cuauhtémoc nunca ha visto en la oposición un objetivo en sí mismo. Durante ese tiempo, su meta, incluso cuando era jefe de gobierno del Distrito Federal, fue llegar a la presidencia de la república. De ahí el predominio absoluto de la actividad electoral. Está convencido de que la única manera de cambiar el rumbo del país es acceder al gobierno y sus actividades hacia los movimientos sociales y el Partido de la Revolución Democrática estuvieron siempre dominadas por ese objetivo. Su influencia hizo electoral la política de la izquierda hasta el extremo y la hundió en un pragmatismo del cual

tardará mucho en salir. Los resultados para los movimientos populares y un proyecto de partido de izquierda moderno han sido muy negativos. Los partidos de izquierda tenían militantes, el PRD sólo tiene políticos profesionales y simpatizantes. En su seno, los ideales se han esfumado para dejar el lugar a los intereses descarnados. A ese respecto, todo está por recomenzar.

Cárdenas y su equipo fueron sorprendentemente lentos para adaptarse a los cambios acaecidos en el país en los últimos catorce años. Tampoco se han apresurado en aprender de sus derrotas. En su evolución no reflejan las innovaciones, la diversidad de tareas y los conocimientos que se requieren en el mundo actual. Bruhn y Papi coinciden en que las posturas ideológicas y el estilo que fueron la clave del éxito de 1988, permitiendo el surgimiento de una nueva izquierda ligada a los campesinos y los movimientos populares, son las razones de sus fracasos después de 1997, puesto que le han impedido formular un verdadero programa de alternativa creíble y confiable y formas de organización y de hacer campaña modernos.²³ Esto contrasta con un PRI instalado en el gatopardismo modernizante y un PAN y un foxismo inmersos en la modernidad empresarial. El neocardenismo se inició con un proyecto inspirado en "las ideas avanzadas de la Revolución mexicana" y sigue varado ahí, pese a las evidencias de que no responde a la realidad actual del país. Al ser una fuerza eminentemente electoral, repitió en la campaña de 2000 errores que ignoran las lecciones de la derrota de 1994. Revelados a tiempo, éstos apuntaban de nuevo, inexorablemente, hacia el mismo resultado. Pese a que la gestión del nuevo gobierno del Distrito Federal se comparó favorablemente con la del priísta encabezado por Óscar Espinosa Villarreal, el desempeño de Cárdenas no favoreció su causa. Quedó probado que no existe un proyecto coherente ni un estilo de gobernar claramente distinto al del PRI: después de las expectativas de cambio generadas, la pasividad de sus veinte meses de gobierno actuó como una ducha fría. El abandono prematuro del puesto para lanzarse a una nueva contienda presidencial aumentó el desencanto. Después de su

desempeño como gobernante, Cuauhtémoc Cárdenas dejó de ser para muchos el gran portador de la esperanza de cambio, que había sido antes de 1999, para convertirse en un político más.

El proyecto neocardenista carece de las connotaciones universales que distinguieron al pensamiento de Lázaro Cárdenas. Simpatizante del socialismo, comprometido con la emancipación de los trabajadores, opositor ferviente del fascismo, el pensamiento de Lázaro Cárdenas participaba claramente de las grandes ideas progresistas de su tiempo. Inmerso en la presencia viva de los ideales revolucionarios, era una versión mexicana del humanismo revolucionario, cercano al socialismo. El neocardenismo, en cambio, se distingue por la magnitud de sus silencios sobre los grandes problemas de nuestro tiempo y la ausencia absoluta de valores universales. Su inspiración no es la emancipación del hombre sino la emancipación del mexicano en el sentido más estrecho del concepto. De ahí la visión nacionalista limitada que tiene de los problemas contemporáneos. Restringido casi exclusivamente al enunciado de denuncias concretas y políticas alternativas en diferentes campos, carece de dimensión ética e inquietud humanista. Las vías que propone en su lucha contra la pobreza y por la democracia, la educación y la soberanía, tienden a ser más estatistas y nacionalistas que las de las otras dos grandes fuerzas políticas. Poco hay de original y novedoso en el pensamiento del neocardenismo. Guarda silencio sobre los desastres del nacionalismo revolucionario en el último cuarto de siglo y sus propuestas rara vez recogen los avances de las izquierdas en otras partes del mundo.²⁴

El neopopulismo de izquierda no es privativo de Cárdenas. Es una concepción y un estilo que pueden ser retomados por otros, en caso de que Cárdenas perdiera su influencia.

De triunfar el neocardenismo en la izquierda, el país sólo tendrá dos opciones: una derecha de orientación neoliberal, proestadunidense y partidaria del dominio del mercado en todos los ámbitos de la vida, y un populismo priísta o de izquierda con añoranza del viejo Estado benefactor clientelar.

NOTAS

EN TODO COMIENZO HAY UNA ESPERANZA

¹ Ernst Bloch, *El principio esperanza*, t. I, Aguilar, Madrid, 1997, p. xv.

² *Ídem.*

³ *Ibid.*, p. 331.

⁴ Stefano Zecchi, *Ernst Bloch: utopía y esperanza en el comunismo*, Península, Barcelona, 1978, p. 96.

⁵ Javier Oroz Escurra, *La última esperanza*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989, p. 33.

⁶ Stefano Zecchi, *Ernst Bloch: utopía y esperanza en el comunismo, op. cit.*, p. 92.

⁷ José A. Gimbert, *Ernst Bloch. Utopía y esperanza*, Cátedra, Madrid, 1983, p. 65.

⁸ Ernst Bloch, *El principio esperanza, op. cit.*, t. I, p. XII.

⁹ Ernesto Sábato, *Antes del fin*, Seix Barral, Barcelona, 1999, pp. 203-204.

¹⁰ *Ibid.*, p. 206.

¹¹ *Ibid.*, p. 211.

¹² Manuel Castells, *La era de la información*, t. I: *La sociedad red*, Siglo XXI, México, 2000, p. 337.

¹³ Esteban Krotz, *Utopía*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 1988, p. 9.

¹⁴ Para revisar la relación entre las perturbaciones económicas y las nuevas tecnologías, véase Pierre Rosanvallon, *La nueva cuestión social*, Manantial, Buenos Aires, 1995.

¹⁵ Miguel Székely, *La desigualdad en México: una perspectiva internacional*, Banco Interamericano de Desarrollo, México, 1999, pp. 49-51.

¹⁶ León Bendesky, "Izquierda", en *La Jornada*, 17 de julio de 2000, pp. 37-38.

¹⁷ Macario Schettino, *Propuesta para elegir un futuro. México en el siglo XXI*, Oceano, México, 1999, pp. 84-97.

¹⁸ Guillermo Becker, *México ¿tiene salida?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 39.

¹⁹ Véase Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, Siglo XXI, México, 1999, capítulo V, pp. 191-243.

²⁰ Ernst Bloch, *El principio esperanza, op. cit.*, t. I, p. XVII.

²¹ Para profundizar sobre el fundamentalismo como una forma de defender la tradición, véase Anthony Giddens, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, México, 2000, p. 166.

²² Ernst Bloch, *El principio esperanza, op. cit.*, t. I, p. 335.

- ²³ Victor E. Frankl, *El hombre en busca del sentido*, Herder, Barcelona, 1998, pp. 99-100.
- ²⁴ Tzvetan Todorov, *Facing the Extreme*, Metropolitan Books, New York, 1997, p. 5.
- ²⁵ Mercedes Paredes, *Conversaciones con José Revueltas*, Universidad Veracruzana, Jalapa, 1977, p. 64.
- ²⁶ Neil Harvey, *La rebelión de Chiapas*, Era, México, 1998, pp. 48-49.
- ²⁷ Manuel Vázquez Montalbán, *Marcos: el señor de los espejos*, Aguilar, México, 1999, p. 18.
- ²⁸ Donald Sassoon, *One Hundred Years of Socialism. The West European Left in the Twentieth Century*, The New Press, New York, 1996, p. 446.
- ²⁹ Varios, "Pensamiento crítico vs. pensamiento único", en *Le Monde Diplomatique*, edición española, Madrid, 1998, p. 11.
- ³⁰ Eric Hobsbawm, *On the Edge of the New Century*, The New Press, New York, 1999, p. 114.
- ³¹ Edgar Morin y Sami Nair, *Une politique de civilisation*, Arléa, Paris, 1997, p. 47.
- ³² Véase J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Orbis, Barcelona, 1983, en especial el capítulo 7, pp. 118-125.
- ³³ Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, t. I, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, p. 125.
- ³⁴ Fernando Ainsa, *La reconstrucción de la utopía*, UNESCO, México, 1997, pp. 62-70.
- ³⁵ Adolfo Sánchez Vázquez, *De Marx al marxismo en América Latina*, Ítaca, México, 1999, p. 36.

RÉQUIEM POR LAS VIEJAS IZQUIERDAS

- ¹ El Partido Acción Nacional se fundó en 1939 en la sede del Banco de Londres y México. Su principal ideólogo y dirigente fundador fue Manuel Gómez Morin. Véase Abraham Nuncio, *El PAN: alternativa de poder o instrumento de la oligarquía empresarial*, Nueva Imagen, México, 1986; Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- ² Jorge Alonso, "La crisis y las capas más depauperadas de las ciudades", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín, coords., *México ante la crisis. El pacto social y cultural. Las alternativas*, Siglo XXI, México, 1985, p. 3.
- ³ *Ídem*.
- ⁴ Javier Santiago, *PMT, la difícil historia (1971-1986)*, Posadas, México, 1987, p. 75.
- ⁵ Enrique Semo, *Viaje alrededor de la izquierda*, Nueva Imagen, México, 1988, p. 26.
- ⁶ Gerardo Unzueta, *Nuevo programa para la nueva revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974, pp. 9-17.

- ⁷ Arnoldo Martínez Verdugo, ed., *Historia del comunismo en México*, Grijalbo, México, 1985, p. 283.
- ⁸ *Nueva Época. Órgano del Comité Central del PCM*, año V, núm. 17, agosto de 1967, p. 16.
- ⁹ Javier Santiago, *PMT, la difícil historia (1971-1986)*, op. cit., p. 13.
- ¹⁰ *Movimiento de Acción Popular. Tesis y programa*, Solidaridad, México, 1987.
- ¹¹ Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*, 2 tomos, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1980, pp. 34 y 53-54.
- ¹² *Ibid.*, pp. 65, 71-72 y 87-88.
- ¹³ Véase Orlando Ortiz, *Genaro Vázquez*, Diógenes, México, 1972, p. 16.
- ¹⁴ Edelmiro Maldonado Leal, *Breve historia del movimiento obrero*, edición del autor, Monterrey, 1977, pp. 305-316.
- ¹⁵ Véase Salvador Núñez et al., *Rubén Jaramillo. Vida y luchas de un dirigente campesino (1900-1962)*, México, 1 de mayo de 1987.
- ¹⁶ Arnoldo Martínez Verdugo, ed., *Historia del comunismo en México*, op. cit., pp. 295-302.
- ¹⁷ Véase Humberto Musacchio, *Milenios de México*, t. III, Hoja Casa Editorial, México, 1999, pp. 2558-2559.
- ¹⁸ Véase Luis Suárez, *Lucio Cabañas, el guerrillero sin esperanza*, Roca, México, 1978, pp. 14-15.
- ¹⁹ Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*, op. cit., pp. 19-20.
- ²⁰ José Revueltas, *Los muros de agua*, Era, México, 1978, p. 10.
- ²¹ Véase Enrique Semo, "De aciertos y errores. Un balance necesario", en *Nueva Izquierda*, noviembre de 1999.
- ²² Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos, México, 1987, p. 70.
- ²³ Manuel Aguilar Mora, *Crisis y esperanza. México más allá de 1984*, Juan Pablos, México, 1984, p. 124.
- ²⁴ Véase Enrique Semo, César Cancino y Marco Aurelio Sánchez, *El cuaderno blanco de la reforma del PRD*, informe de la Comisión Mixta, cuarta parte, México, 10 de agosto de 2000, pp. 26-38.
- ²⁵ Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1997, p. 3.
- ²⁶ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996, p. 307.
- ²⁷ Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, op. cit., p. 131.
- ²⁸ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, op. cit., pp. 310-311.
- ²⁹ Javier Santiago, *PMT, la difícil historia (1971-1986)*, op. cit., p. 45.

³⁰ Heberto Castillo y Francisco Paoli Bolio, *¿Por qué un nuevo partido? ¿Los trabajadores al poder!*, Posada, México, 1985, p. 153.

³¹ Donald C. Hodges, *Mexican Anarchism After the Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1995, p. 78.

³² Agnes Heller y Ferenc Feher, *The Postmodern Political Condition*, Columbia University Press, New York, 1988, p. 109.

³³ Enrique Semo, *Viaje alrededor de la izquierda*, op. cit., p. 26.

³⁴ *Ídem.*

³⁵ Enrique Semo, *Entre crisis te veas*, Universidad Autónoma de Sinaloa-Nueva Imagen, México, 1988, p. 84.

³⁶ Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, op. cit., pp. 112-113.

³⁷ *Ibid.*, pp. 71-73.

³⁸ Véase Hernán Gómez Brimera, "La travesía de la izquierda hacia la democracia", en *Este País. Tendencias y Opiniones*, núm. 141, diciembre de 2002, pp. 34-47.

³⁹ Véase Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana (1987-1989)*, inédito, pp. 123-138.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 131.

⁴¹ Véase *Convocatoria para el socialismo*, folleto, México, 1989, pp. 8-9.

⁴² Paolo Papi, "Origini storiche e conformazioni del PRD", tesis de laureata, Università degli Studi di Milano, Facoltà di Scienze Politiche, Milano, 1996-1997, p. 175.

⁴³ *La Unidad*, 16 de abril de 1989.

⁴⁴ Véase también a ese respecto la posición de Rodríguez Araujo, dirigente trotskista, quien sostenía que "con la creación del PRD se hace realidad una aspiración histórica de los comunistas: ser un partido de masas, a costa de lo que sea", citado en Paolo Papi, "Origini storiche e conformazioni del PRD", doc. cit., p. 176.

⁴⁵ Víctor Flores Olea, *La espiral sin fin. Ensayo político sobre el México actual*, Contrapunto, México, 1994, pp. 138-139.

⁴⁶ Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, op. cit., pp. 23-24.

⁴⁷ Borja habla de "una relativa ineficacia política" de los movimientos sociales urbanos. Sostiene que expresan una protesta, pero no una propuesta viable, y por eso su influencia sobre la política concreta de los gobiernos es muy limitada. Por otro lado, el carácter "relativo" de su ineficacia se desprende de la evidente influencia que tienen esos movimientos en la modificación de la correlación general de fuerzas políticas y la construcción de valores ideológicos y culturales, así como en el funcionamiento de las instituciones. Sin embargo, en un régimen autoritario como el mexicano, en el cual la alternativa parlamentaria no existía, el movimiento social se transforma en un medio de expresión fundamental, único, de las demandas populares. Con toda su ineficiencia no tiene sustituto.

⁴⁸ Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990, pp. 9-13.

⁴⁹ Juan Manuel Ramírez Sáiz, "Emergencia y politización de la sociedad civil (los movimientos sociales en México, 1968-1983)", en *Movimientos Sociales*, núm. 2, Universidad de Guadalajara, Centro de Investigaciones sobre los Movimientos Sociales (CISMOS), Guadalajara, 1989, pp. 57-58.

⁵⁰ Enrique Semo, "The Mexican Left and the Economic Crisis", en Barry Carr y Ricardo Anzaldúa Montoya, coords., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986, pp. 19-22. Véase también sobre la cultura rebelde del movimiento estudiantil, Luis González de Alba, *Los días y los años*, Era, México, 1971.

⁵¹ Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, op. cit., pp. 7-8.

⁵² Jorge Basurto, *La clase obrera en la historia de México*, t. 11: *Del avilacamachismo al alemanismo, 1940-1952*, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984, pp. 35-44.

⁵³ Para antecedentes de organizaciones y luchas previas a la CNTE véase Gerardo Peláez, *Las luchas magisteriales de 1956-1960*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1984.

⁵⁴ Dentro del movimiento surgieron otros pequeños grupos radicales: Acción Revolucionaria, el Frente Magisterial, pero nunca llegaron a tener mucha influencia.

⁵⁵ Antecedentes históricos en Regina Cortina, *Power, Gender and Education: Unionized Teachers in México City*, School of Education-Stanford University, Stanford, 1985, pp. 65-68.

⁵⁶ Luis Hernández, "The SNTE and the Labor Movement", en Barry Carr y Ricardo Anzaldúa Montoya, coords., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986, p. 59.

⁵⁷ María L. Cook, "Organizing Opposition in the Teachers' Movement in Oaxaca", en Joe Foweraker y Ann L. Craig, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990, p. 208.

⁵⁸ Jeffrey W. Rubin, "Ambiguity and Contradiction in a Radical Popular Movement, the Peasant-Worker-Student Coalition in Juchitan, México, 1973-1992", en Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino, eds., *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder, 1998, pp. 12-13.

⁵⁹ Francisco J. Ruiz Cervantes, "La lucha de clases en Oaxaca: 1971-1977", en varios, *Oaxaca. Una lucha reciente: 1960-1968*, Nueva Sociología, México, 1978, pp. 51-53.

⁶⁰ Jeffrey W. Rubin, "Ambiguity and Contradiction in a Radical Popular Move-

ment, the Peasant-Worker-Student Coalition in Juchitan, México, 1973-1992", en Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino, eds., *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*, op. cit., p. 22.

⁶¹ Carlos Monsiváis, *Entrada libre. Crónica de la sociedad que se organiza*, Era, México, 1987, p. 155.

⁶² Juan Manuel Ramírez Sáiz, "Urban Struggles and Their Political Consequences", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990, p. 239.

⁶³ Juan Manuel Ramírez Sáiz, *El Movimiento Urbano Popular*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI, México, 1986, pp. 47 y 55-56.

⁶⁴ Paul Lawrence Haber, "La Asamblea de Barrios de la ciudad de México", en *Collective Dissent in México: the Politics of Contemporary Urban Popular Movement*, Columbia University Press, New York, 1992, pp. 328-335.

⁶⁵ Juan Manuel Ramírez Sáiz, "Urban Struggles and Their Political Consequences", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, op. cit., p. 49.

⁶⁶ Jorge Alonso, "La crisis y las capas más depauperadas de las ciudades", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín, coords., *México ante la crisis. El impacto social y cultural. Las alternativas*, op. cit., pp. 320-321.

⁶⁷ Para el Distrito Federal véase Juan Manuel Ramírez Sáiz, *El Movimiento Urbano Popular*, op. cit.; y Liberato Terán Olgún, *Marcha por la ruta de la libertad*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1973.

⁶⁸ Daniel Cazés, "Democracia y desmasificación de la Universidad", en Sergio Zermeno, coord., *Universidad Nacional y democracia*, Porrúa-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990, pp. 49-51.

⁶⁹ Enrique Semo, "The Mexican Left and the Economic Crisis", en Barry Carr y Ricardo Anzaldúa Montoya, coords., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, op. cit., pp. 25-26; Jaime Tamayo, "Neoliberalism Encounters Neocardenismo", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990, pp. 124-126.

⁷⁰ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, op. cit., pp. 281-283.

⁷¹ Carlos Montemayor, *La guerrilla recurrente*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1999, pp. 9-12.

⁷² Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, op. cit., pp. 298-302.

⁷³ Jaime Tamayo, "Neoliberalism Encounters Neocardenismo", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, op. cit., p. 126.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 128.

UN CENTAURO LLAMADO PRD

¹ Jorge I. Domínguez y James A. McCann, *Democratizing Mexico. Public Opinion and Electoral Choices*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y London, 1996, pp. 18-20 y 81.

² Véase el excelente libro de Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, México, 1993.

³ Entre las más de veinte organizaciones sociales que se unieron al FDN destacan: el Movimiento de Acción Popular, la Organización Revolucionaria Punto Crítico, el Partido Liberal, el Movimiento al Socialismo, el Grupo Poliforum, la Asamblea de Barrios, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, el Movimiento del Pueblo Mexicano, la Convergencia Democrática, el Movimiento Revolucionario Popular, el Comité Nacional de la Defensa de la Economía Popular (en Durango y Chihuahua), el Frente Nacional de Acción Popular (Guadalajara), la Coordinadora Nacional Revolucionaria, la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, la Asamblea Democrática por el Sufragio Efectivo, la Federación de Organizaciones Obreras del Distrito Federal.

⁴ Paco Ignacio Taibo II, *Cárdenas de cerca*, Planeta, México, 1994, pp. 92-97.

⁵ Carlos B. Gil, *Hope and Frustration. Interviews with Leaders of Mexico's Political Opposition*, Scholarly Resources, Wilmington, 1992, pp. 61-63.

⁶ Thomas D. Rojas, *The Use of Non-Violent Sanctions by the Frente Democrático Nacional (FDN) to Protest the Alleged Fraud During the Mexican Presidential Election of 1988*, Fletcher School of Law and Diplomacy-Tufts University, Medford, 1993, pp. 80-114.

⁷ Pedro López Díaz, "1988: la crisis de lo político", en *La transición interrumpida. México, 1968-1988*, Universidad Iberoamericana-Nueva Imagen, México, 1994, pp. 179-180.

⁸ Arturo Anguiano, *Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1997, pp. 151-154.

⁹ Véase Marco Aurelio Sánchez, *PRD: la élite en crisis. Problemas organizativos, indeterminación ideológica y deficiencias programáticas*, Plaza y Valdés, México, 1999, p. 191.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 73-76.

¹¹ Barry Carr y Steve Ellner, *The Latin American Left, From the Fall of Allende to Perestroika*, Westview Press, Latin American Bureau, Boulder, 1993, pp. 90-92.

¹² Al respecto véanse las declaraciones del CEN del PRD, Partido de la Revolución Democrática, "Por una transición a la democracia" y "Por una verdadera reforma democrática", en *PRD: lucha parlamentaria por la reforma electoral democrática*, Sistemas de Información Parlamentaria del PRD, México, 1990, anexos.

¹³ Sobre el trabajo parlamentario del PRD es importante revisar la "Síntesis de las

iniciativas del PRD en la LVI Legislatura del Congreso de la Unión”, en *Coyuntura*, núm. 81, quinta época, julio-agosto de 1997, pp. 8-12.

¹⁴ Véase “El PRD ante la Ley Agraria Reglamentaria del artículo 27 Constitucional”, periodo extraordinario del H. Congreso de la Unión, México, 1992, p. 7.

¹⁵ *Ibid.*, p. 11.

¹⁶ *Ibid.*, p. 13.

¹⁷ Enrique Calderón A. y Daniel Cazés, coords., *Las elecciones presidenciales de 1994*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México-La Jornada Ediciones, México, 1996, p. 34.

¹⁸ Porfirio Muñoz Ledo, Roberto Robles Garnica, Jorge Calderón Salazar, Gilberto Rincón Gallardo y Enrique Rico, “Voto particular sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte”, en *Democracia, soberanía y derecho económico*, t. I, Grupo Parlamentario del PRD, H. Congreso de la Unión, México, 1994, p. 37.

¹⁹ Véase lo referente a “Relaciones Exteriores” y “Política Interior”, en José Luis Gutiérrez Cureño y Rosa María de Lourdes Rodríguez, comps., *PRD, 1997-2000. Trascendencia de su tarea legislativa*, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática, H. Cámara de Diputados, LVII Legislatura, México, 1998; revíase también Cuauhtémoc Sandoval Ramírez, *Legislando en la transición, 1994-1997*, H. Cámara de Diputados, LVI Legislatura, Partido de la Revolución Democrática, México, 1998, p. 18, y José Luis Pérez Canchola, “Frontera y derechos humanos”, en *Coyuntura*, núm. 81, quinta época, julio-agosto de 1997, pp. 48-55.

²⁰ J. Vicente Loredó Méndez, “Referéndum y plebiscito”, en *Coyuntura*, núm. 86, quinta época, mayo-julio de 1998, p. 42.

²¹ *Ídem.*

²² José Luis Gutiérrez Cureño y Rosa María de Lourdes Rodríguez, comps., “Política”, en *PRD, 1997-2000. Trascendencia de su tarea legislativa, op. cit.*, pp. 27-43.

²³ José Luis Gutiérrez Cureño y Rosa María de Lourdes Rodríguez, comps., “Desarrollo”, en *ibid.*

²⁴ “FOBAPROA: el gran atentado contra la economía nacional”, en *Coyuntura*, núm. 86, quinta época, México, mayo-julio de 1998, pp. 50-61.

²⁵ Tampoco existe un padrón confiable que pueda servir de instrumento a las múltiples elecciones internas.

²⁶ Para 1970-1994, Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1997, p. 3; para 1997, datos del Instituto Federal Electoral; para 2000, Instituto Federal Electoral, *Estadística de las elecciones federales de México, 2000*, Instituto Federal Electoral, México, 2000 (disco compacto).

²⁷ Para 1988, véase Barry Carr y Steve Ellner, *The Latin American Left, From the*

Fall of Allende to Perestroika, op. cit., p. 313. Para 1994, datos del Instituto Federal Electoral.

²⁸ Véase Luis Linares Zapata, “Debaque impune”, en *La Jornada*, 19 de julio de 2000.

CARDENISMO Y NEOCARDENISMO

¹ Los dos estudios más importantes sobre el neocardenismo y su impacto en la política nacional son los de Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1997, y Paolo Papi, “Origini storiche e conformazioni del PRD”, tesis de laureata, Università degli Studi di Milano, Facoltà di Scienze Politiche, Milano, 1996-1997; desgraciadamente, ambos cubren sólo los primeros diez años del movimiento. También aportan datos de análisis sugestivos Samuel Maldonado Bautista, *PRD: orígenes y perspectivas*, Morelia, edición privada, 1989; y Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, México, 1993.

² Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico, op. cit.*, pp. 129-131.

³ Enrique Florescano, coord., *Mitos mexicanos*, Aguilar, México, 1995, p. 9.

⁴ Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y Arena, México, 1994; y Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas, Siglo XXI*, México, 1973.

⁵ Para una visión global del gobierno de Lázaro Cárdenas, siguen siendo actuales Nathaniel y Sylvia Weyl, “La reconquista de México”, en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 4, octubre-diciembre de 1955; Octavio Ianni, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, Era, México, 1977; Enrique Krauze, *Lázaro Cárdenas, general misionero*, Fondo de Cultura Económica (colección Biografía del Poder, 8), México, 1987.

⁶ Sobre los mitos de la Revolución y su papel en la política, véase Guillermo Palacio, “La idea de la Revolución mexicana”, tesis de maestría, El Colegio de México, 1969; Ilene Virginia O’Molloy, *The Myth of the Mexican Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State (1920-1940)*, Greenwood Press, New York, 1986; Thomas Benjamin, *La Revolución. Mexico’s Great Revolution as Memory, Myth, and History*, University of Texas Press, Austin, 2000; y Claudio Lomnitz, *Deep México, Silent México. An Anthropology of Nationalism*, University of Minnesota Press (colección Public Worlds, 9), Minneapolis, 2001.

⁷ Véase Roderic Ai Camp, *Mexican Political Biographies, 1935-1975*, The University of Arizona, Tucson, 1976.

⁸ La fuente principal para el MLN es Miguel Ángel Beltrán Villegas, “El MLN. Historia de un recorrido hacia la unidad (México, 1957-1967)”, tesis de doctorado en

estudios latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.

- ⁹ *Política*, vol. I, núm. 1, primero de mayo de 1960, p. 33.
- ¹⁰ *Política*, vol. I, núm. 4, 15 de junio de 1960, p. 33.
- ¹¹ *Política*, vol. II, núm. 40, 15 de diciembre de 1961, p. 11.
- ¹² *Política*, vol. III, núm. 66, 15 de enero de 1963.
- ¹³ *Política*, vol. IV, núm. 73, 15 de junio de 1963, p. 27.
- ¹⁴ *Política*, vol. V, núm. 100, 15 de junio de 1964, pp. 5-6.
- ¹⁵ James Fortson, *Cuauhtémoc Cárdenas: un perfil humano*, Grijalbo, México, 1997; y Paco Ignacio Taibo II, *Cárdenas de cerca*, Planeta, México, 1994.
- ¹⁶ Esteban Ascencio, *Cuauhtémoc Cárdenas, el hombre, el político, el líder*, Rino, México, 2000, capítulo IV.
- ¹⁷ Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, Cal y Arena, México, 2001, pp. 264-267.
- ¹⁸ Esteban Ascencio, *Cuauhtémoc Cárdenas, el hombre, el político, el líder, op.cit.*, capítulo IV.
- ¹⁹ Paco Ignacio Taibo II, *Cárdenas de cerca, op. cit.*, p. 15.
- ²⁰ Raquel Sosa, *Los códigos ocultos del cardenismo*, Plaza y Valdés-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, pp. 31-32, 49, 109-110.
- ²¹ El populismo tiene una larga historia en América Latina. Diferentes tipos de populismo han conquistado el poder en Argentina, Brasil, Venezuela, para citar sólo algunos países. En todos esos casos, las reformas implementadas desde el gobierno por sus representantes dejaron un profundo impacto en la conciencia de las masas populares. Sobre el tema existe una amplia bibliografía que no podemos citar aquí. A ese respecto véase Alan Knight, "Populism and Neopopulism in Latin American, Especially Mexico", en *Latin American Studies*, núm. 30, 1998; y Enrique Semo, *El agrarismo mexicano y el populismo ruso, 1850-1923*, Cuadernos Universitarios, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1996.
- ²² Adam Przeworski, "¿Cuántas terceras vías puede haber?", en *Istor*, año II, núm. 7, 2001, p. 13.
- ²³ Véase al respecto el tomo II de la presente obra.
- ²⁴ Existen varios libros en los cuales Cuauhtémoc Cárdenas ha escogido discursos y ponencias, entre otros *El proyecto nacional de la Revolución Mexicana, un camino a retomar*, Nuestro Tiempo, México, 1990; *Integración económica para el desarrollo. Hacia un nuevo orden mundial justo y estable*, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática, H. Cámara de Diputados, LV Legislatura, México, 1992; *Nace una esperanza*, Nuestro Tiempo, México, 1990; *Nuestra lucha apenas comienza*, Nuestro Tiempo, México, 1988.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Aguilar Mora, Manuel, *Crisis y esperanza. México más allá de 1984*, Juan Pablos, México, 1984.
- , *Huellas del porvenir, 1968-1988*, Juan Pablos, México, 1989.
- , *La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo*, Juan Pablos, México, 1978.
- Ainsa, Fernando, *La reconstrucción de la utopía*, UNESCO, México, 1997.
- Alcocer, Jorge, comp., *México: presente y futuro*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1988.
- Alonso, Jorge, "La crisis y las capas más depauperadas de las ciudades", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín, coords., *México ante la crisis. El pacto social y cultural. Las alternativas*, Siglo XXI, México, 1985.
- Álvarez Garín, Raúl, *La estela de Tlatelolco*, Grijalbo, México, 1998.
- Anguiano, Arturo, *Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1997.
- Ascencio, Esteban, *Cuauhtémoc Cárdenas, el hombre, el político, el líder*, Rino, México, 2000.
- Barbosa Cano, Fabio, *Nuevo programa para la nueva revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.
- Bartra, Roger, "La izquierda ante las elecciones de 1988", en *Oficio mexicano*, Grijalbo, México, 1993.
- y Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Rubén Jiménez Ricárdez y Carlos Pereyra, "México: la democracia y la izquierda", en *Cuadernos Políticos*, núms. 49-50, Era, México, enero-junio de 1987.
- Basurto, Jorge, *La clase obrera en la historia de México*, t. 11: *Del avilacamachismo al alemanismo, 1940-1952*, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984.
- , *El nacionalismo revolucionario y la unificación de los electricistas*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.
- Becker, Guillermo, *México ¿tiene salida?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- Beltrán Villegas, Miguel Ángel, "El MLN. Historia de un recorrido hacia la unidad (México, 1957-1967)", tesis de doctorado en estudios latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.
- Bendesky, León, "Izquierda", en *La Jornada*, 17 de julio de 2000.

- , *México: de la euforia al sacrificio*, Edare, México, 1998.
- Benjamin, Thomas, *La Revolución. Mexico's Great Revolution as Memory, Myth, and History*, University of Texas Press, Austin, 2000.
- Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, 3 t., Aguilar, Madrid, 1997.
- Bobbio, Norberto, *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*, Donzelli, Roma, 1994.
- Boltvinik, Julio y Enrique Hernández Laos, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, Siglo XXI, México, 1999.
- Borja, Jordi, "Movimientos urbanos y cambio político", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, núm. 4, octubre-diciembre de 1981.
- Bruhn, Kathleen, *Taking on Goliath. The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1997.
- Calderón A., Enrique y Daniel Cazés, coords., *Las elecciones presidenciales de 1994*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México-La Jornada Ediciones, México, 1996.
- Camp, Roderic Ai, *Mexican Political Biographies, 1935-1975*, The University of Arizona, Tucson, 1976.
- Cancino, César, *La transición mexicana, 1977-2000*, Centro de Estudios de Política Comparada, México, 2000.
- Cárdenas, Cuauhtémoc, *El proyecto nacional de la Revolución Mexicana, un camino a retomar*, Nuestro Tiempo, México, 1990.
- , *Integración económica para el desarrollo. Hacia un nuevo orden mundial justo y estable*, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática, H. Cámara de Diputados, LV Legislatura, México, 1992.
- , *Nace una esperanza*, Nuestro Tiempo, México, 1990.
- , *Nuestra lucha apenas comienza*, Nuestro Tiempo, México, 1988.
- Cárdenas, Lázaro, *Epistolario*, Siglo XXI, México, 1975.
- , *Ideario político*, Era, México, 1972.
- , *Obras*, 6 t., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986.
- Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996.
- y Ricardo Anzaldúa Montoya, coords., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986.
- y Steve Ellner, *The Latin American Left, From the Fall of Allende to Perestroika*, Westview Press, Latin American Bureau, Boulder, 1993.
- Castañeda, Jorge G., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Joaquín Mortiz-Planeta, México, 1993.
- Castells, Manuel, *La era de la información*, 3 t., Siglo XXI, México, 2000.
- Castillo, Heberto y Francisco Paoli Bolio, *¿Por qué un nuevo partido? ¡Los trabajadores al poder!*, Posada, México, 1985.
- Cazés, Daniel, "Democracia y desmasificación de la Universidad", en Sergio Zermeno, coord., *Universidad Nacional y democracia*, Porrúa-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.
- Concheiro B., Juan Luis, "La lucha por la democracia y la unidad de la izquierda", en Arnoldo Martínez Verdugo, ed., *Historia del comunismo en México*, Grijalbo, México, 1995.
- Convocatoria para el socialismo*, folleto, México, 1989.
- Cook, María L., "Organizing Opposition in the Teachers' Movement in Oaxaca", en Joe Foweraker y Ann L. Craig, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990.
- Cordera, Rolando y Carlos Tello, *Clase obrera, nación y nacionalismo. Textos en homenaje a Rafael Galván*, El Caballito, México, 1985.
- Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, Era, México, 1974.
- Cortina, Regina, *Power, Gender and Education: Unionized Teachers in Mexico City*, School of Education, Stanford University, Stanford, 1985.
- Domínguez, Jorge I. y James A. McCann, *Democratizing Mexico. Public Opinion and Electoral Choices*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y London, 1996.
- Fernández Christlieb, Paulina y Octavio Rodríguez Araujo, *La clase obrera en la historia de México*, t. 13: *En el sexenio de Tlatelolco, 1964-1970*, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.
- Flores Olea, Víctor, *La espiral sin fin. Ensayo político sobre el México actual*, Contrapunto, México, 1994.
- Florescano, Enrique, coord., *Mitos mexicanos*, Aguilar, México, 1995.
- "FOBAPROA: el gran atentado contra la economía nacional", en *Coyuntura*, núm. 86, quinta época, México, mayo-julio de 1998.
- Fortson, James, *Cuauhtémoc Cárdenas: un perfil humano*, Grijalbo, México, 1997.
- Foweraker, Joe, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990.
- Frankl, Victor E., *El hombre en busca del sentido*, Herder, Barcelona, 1998.
- Furet, François, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle*, Robert Laffont-Calmann-Levy, Paris, 1995.
- García, Iván, "El PSUM", en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz, coords., *Democracia emergente y partidos políticos*, CIESAS, México, 1990.
- Garrido, Luis Javier, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, México, 1993.

- Giddens, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, Madrid, 1994.
- , *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, México, 2000.
- Gil, Carlos B., *Hope and Frustration. Interviews with Leaders of Mexico's Political Opposition*, Scholarly Resources, Wilmington, 1992.
- Gilly, Adolfo, *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Era, México, 1990.
- , *El cardenismo, una utopía mexicana*, Cal y Arena, México, 1994.
- Gimbert, José A., *Ernst Bloch. Utopía y esperanza*, Cátedra, Madrid, 1983.
- Gómez Brimera, Hernán, "La travesía de la izquierda hacia la democracia", en *Este País. Tendencias y Opiniones*, núm. 141, diciembre de 2002.
- González Casanova, Pablo y Héctor Aguilar Camín, coords., *México ante la crisis. El impacto social y cultural. Las alternativas*, Siglo XXI, México, 1985.
- González de Alba, Luis, *Los días y los años*, Era, México, 1971.
- Gutiérrez Carreño, José Luis y Rosa María de Lourdes Rodríguez, comps., *PRD, 1997-2000. Trascendencia de su tarea legislativa*, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática, H. Cámara de Diputados, LVII Legislatura, México, 1998.
- Haber, Paul Lawrence, "La Asamblea de Barrios de la ciudad de México", en *Collective Dissent in México: the Politics of Contemporary Urban Popular Movement*, Columbia University Press, New York, 1992.
- Harvey, Neil, *La rebelión de Chiapas*, Era, México, 1998.
- Heller, Agnes y Feher Ferenc, *The Postmodern Political Condition*, Columbia University Press, New York, 1988.
- Hernández, Luis, "The SNTE and the Labor Movement", en Barry Carr y Ricardo Anzaldúa Montoya, *The Mexican Left, the Popular Movement, and the Politics of Austerity*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986.
- Hobsbawm, Eric, *On the Edge of the New Century*, The New Press, New York, 1999.
- Hodges, Donald C., *Mexican Anarchism after the Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1995.
- y Abraham Guillén, *Revaloración de la guerrilla urbana*, El Caballito, México, 1997.
- Ianni, Octavio, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, Era, México, 1977.
- Instituto Federal Electoral, *Estadística de las elecciones federales de México, 2000*, Instituto Federal Electoral, México, 2000 (disco compacto).
- Incháustegui Romero, Teresa, "Sociedad y gobierno en la ciudad de México", en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa, *La república mexicana. Modernización y democracia de Aguascalientes a Zacatecas*, vol. I, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México-La Jornada Ediciones, México, 1994.
- "Iniciativas del Partido de la Revolución Democrática en la LVI Legislatura del Con-

- greso de la Unión", en *Coyuntura*, núm. 81, quinta época, México, julio-agosto de 1997.
- Knight, Alan, "Populism and Neopopulism in Latin American, Especially Mexico", en *Latin American Studies*, núm. 30, Cambridge University Press, New York, 1998.
- Krauze, Enrique, *Lázaro Cárdenas, general misionero*, Fondo de Cultura Económica (colección Biografía del Poder, 8), México, 1987.
- Krotz, Esteban, *Utopía*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México, 1988.
- Linares Zapata, Luis, "Debacle impune", en *La Jornada*, 19 de julio de 2000.
- Loeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- Lomnitz, Claudio, *Deep Mexico, Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*, University of Minnesota Press (colección Public Worlds, 9), Minneapolis, 2001.
- López, Jaime, *10 años de guerrilla en México, 1964-1974*, Posadas, México, 1974.
- López Díaz, Pedro, "1988: la crisis de lo político", en *La transición interrumpida. México, 1968-1988*, Universidad Iberoamericana-Nueva Imagen, México, 1994.
- Loredo Méndez, J. Vicente, "Referéndum y plebiscito", en *Coyuntura*, núm. 86, quinta época, México, mayo-julio de 1998.
- Maldonado Bautista, Samuel, *PRD: orígenes y perspectivas*, edición del autor, Morelia, 1989.
- Maldonado Leal, Edelmiro, *Breve historia del movimiento obrero*, edición del autor, Monterrey, 1977.
- Martínez Verdugo, Arnoldo, ed., *Historia del comunismo en México*, Grijalbo, México, 1985.
- Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, 2 t., Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955.
- Medin, Tzvi, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, Siglo XXI, México, 1973.
- Meyer, Lorenzo y Héctor Aguilar Camín, *A la sombra de la Revolución mexicana*, Cal y Arena, México, 1989.
- Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana (1987-1989)*, inédito.
- Moguel, Julio, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos, México, 1987.
- Monsiváis, Carlos, *Entrada libre. Crónica de la sociedad que se organiza*, Era, México, 1987.
- Montemayor, Carlos, *La guerrilla recurrente*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1999.
- Morin, Edgar y Sami Nair, *Une politique de civilisation*, Arléa, Paris, 1997.
- Movimiento de Acción Popular. Tesis y programa*, Solidaridad, México, 1987.

- Muñoz Ledo, Porfirio, Roberto Robles Garnica, Jorge Calderón Salazar, Gilberto Rincón Gallardo y Enrique Rico, "Voto particular sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte", en *Democracia, Soberanía y Derecho Económico*, t. 1, Grupo Parlamentario del Partido de la Revolución Democrática, H. Congreso de la Unión, México, 1994.
- Musacchio, Humberto, *Milenios de México*, t. III, Hoja Casa Editorial, México, 1999.
- Nueva Época. Órgano del Comité Central del PCM, año V, núm 17, México, agosto de 1967.
- Nuncio, Abraham, coord., *La sucesión presidencial en 1988*, Grijalbo, México, 1987.
- Núñez, Salvador et al., *Rubén Jaramillo. Vida y luchas de un dirigente campesino (1900-1962)*, México, 1 de mayo de 1987.
- O'Molloy, Ilene Virginia, *The Myth of the Mexican Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State (1920-1940)*, Greenwood Press, New York, 1986.
- Oroz Escurra, Javier, *La última esperanza*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.
- Ortiz, Orlando, *Genaro Vázquez*, Diógenes, México, 1972.
- Ortiz Pinchetti, José Agustín, "La transición mexicana: avances y retos", en *La transición difícil*, La Jornada Ediciones, México, 1998.
- Palacio, Guillermo, "La idea de la Revolución mexicana", tesis de maestría, El Colegio de México, 1969.
- Papi, Paolo, "Origini storichi e conformazioni del PRD", tesis de laureata, Università degli Studi di Milano, Facoltà di Scienze Politiche, Milano, 1996-1997.
- Paredes, Mercedes, *Conversaciones con José Revueltas*, Universidad Veracruzana, Jalapa, 1977.
- Peláez, Gerardo, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia*, 2 t., Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1980.
- , *Las luchas magisteriales de 1956-1960*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1984.
- Pérez Canchola, José Luis, "Frontera y derechos humanos", en *Coyuntura*, núm. 81, quinta época, México, julio-agosto de 1997.
- "Por una transición a la democracia" y "Por una verdadera reforma democrática", en *PRD: lucha parlamentaria por la reforma electoral democrática*, Sistemas de Información Parlamentaria del Partido de la Revolución Democrática, México, 1990.
- El PRD ante la Ley Agraria Reglamentaria del artículo 27 constitucional*, periodo extraordinario del H. Congreso de la Unión, México, 1992.
- Przeworski, Adam, "¿Cuántas terceras vías puede haber?", en *Istor*, año II, núm. 7, 2001.
- Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México, julio-diciembre de 1968*, 2 t., Era, México, 1969.

- Ramírez Sáiz, Juan Manuel, "Emergencia y politización de la sociedad civil (los movimientos sociales en México, 1968-1983)", en *Movimientos Sociales*, núm. 2, Universidad de Guadalajara, Centro de Investigaciones sobre los Movimientos Sociales (CISMOS), Guadalajara, 1989.
- , *El Movimiento Urbano Popular*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI, México, 1986.
- , "Urban Struggles and Their Political Consequences", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990.
- Revueltas, José, *Los muros de agua*, Era, México, 1978.
- , *Los días terrenales*, Era, México, 1977.
- Reyes Heróles, Federico, coord., 1997: *tareas y compromisos. Los partidos políticos ante las elecciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- Reyna, José Luis y Raúl Trejo Delarbre, *La clase obrera en la historia de México*, t. 12: *De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos, 1952-1964*, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981.
- Rhi Susi, José Luis, "La parábola de la guerrilla mexicana", en *Coyoacán*, año 1, núm. 3, México, abril-junio de 1978.
- Rodríguez Araujo, Octavio, *La reforma política y los partidos en México*, Siglo XXI, México, 1984.
- Rojas, Thomas D., *The Use of NonViolent Sanctions by the Frente Democrático Nacional (FDN) to Protest the Alleged Fraud During the Mexican Presidential Election of 1988*, Fletcher School of Law and Diplomacy-Tufts University, Medford, 1993.
- Rosanvallon, Pierre, *La nueva cuestión social*, Manantial, Buenos Aires, 1995.
- Rubin, Jeffrey W., "Ambiguity and Contradiction in a Radical Popular Movement, the Peasant-Worker-Student Coalition in Juchitan, México, 1973-1992", en Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino, eds., *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder, 1998.
- Ruiz Cervantes, Francisco J., "La lucha de clases en Oaxaca: 1971-1977", en varios, *Oaxaca. Una lucha reciente: 1960-1968*, Nueva Sociología, México, 1978.
- Sábato, Ernesto, *Antes del fin*, Seix Barral, Barcelona, 1999.
- , *La resistencia*, Seix Barral, Buenos Aires, 2000.
- Sánchez, Marco Aurelio, *PRD: la élite en crisis. Problemas organizativos, indeterminación ideológica y deficiencias programáticas*, Plaza y Valdés, México, 1999.
- , *PRD: el rostro y la máscara. Reporte de la crisis terminal de una élite política*, Centro de Estudios de Política Comparada, México, 2001.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *De Marx al marxismo en América Latina*, Ítaca, México, 1999.

- Sandoval Ramírez, Cuauhtémoc, *Legislando en la transición, 1994-1997*, H. Cámara de Diputados, LVI Legislatura, Partido de la Revolución Democrática, México, 1998.
- Santiago, Javier, *PMT, la difícil historia (1971-1986)*, Posadas, México, 1987.
- Sassoon, Donald, *One Hundred Years of Socialism. The West European Left in the Twentieth Century*, The New Press, New York, 1996.
- Schettino, Macario, *Propuesta para elegir un futuro. México en el siglo XXI*, Oceano, México, 1999.
- Schumpeter, J. A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Orbis, Barcelona, 1983.
- Semo, Enrique, "De aciertos y errores. Un balance necesario", en *Nueva Izquierda*, México, noviembre de 1999.
- , *El agrarismo mexicano y el populismo ruso, 1850-1923*, Cuadernos Universitarios, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1996.
- , *Entre crisis te veas*, Universidad Autónoma de Sinaloa-Nueva Imagen, México, 1988.
- , *Viaje alrededor de la izquierda*, Nueva Imagen, México, 1988.
- , "The Mexican Left and the Economic Crisis", en Barry Carr y Ricardo Anzaldúa Montoya, coords., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986.
- , César Cancino y Marco Aurelio Sánchez, *El cuaderno blanco de la reforma del PRD*, informe de la Comisión Mixta, México, 10 de agosto de 2000.
- Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, Cal y Arena, México, 2001.
- Shabot, Ezra, "Nueva Izquierda", en *Reforma*, 9 de agosto de 2000.
- Sosa, Raquel, *Los códigos ocultos del cardenismo*, Plaza y Valdés-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- Suárez, Luis, *Lucio Cabañas, el guerrillero sin esperanza*, Roca, México, 1978.
- Székely, Miguel, *La desigualdad en México: una perspectiva internacional*, Banco Interamericano de Desarrollo, México, 1999.
- Taibo II, Paco Ignacio, *Cárdenas de cerca*, Planeta, México, 1994.
- Tamayo, Jaime, "Neoliberalism Encounters Neocardenismo", en Joe Foweraker, *Popular Movements and Political Change in Mexico*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1990.
- Terán Olguín, Liberato, *Marcha por la ruta de la libertad*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1973.
- Todorov, Tzvetan, *Facing the Extreme*, Metropolitan Books, New York, 1997.
- La Unidad*. Órgano del PMS.
- Varios, *Oaxaca. Una lucha reciente: 1960-1968*, Nueva Sociología, México, 1978.

- Varios, "Pensamiento crítico vs. pensamiento único", en *Le Monde Diplomatique*, edición española, Madrid, 1998.
- Varios, *Superación de la pobreza. Diálogos nacionales* (Memorias del Foro, México, febrero de 1999) Banco Interamericano de Desarrollo, México, 2000.
- Vázquez Montalbán, Manuel, *Marcos: el señor de los espejos*, Aguilar, México, 1999.
- Vite Bernal, Víctor Francisco, *La izquierda anclada y la derrota del futuro*, inédito, México, 2002.
- Unzueta, Gerardo, *Nuevo programa para la nueva revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.
- Weyl, Nathaniel y Sylvia, "La reconquista de México", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, núm. 4, octubre-diciembre de 1955.
- Zecchi, Stefano, *Ernst Bloch: utopía y esperanza en el comunismo*, Península, Barcelona, 1978.
- Zermeño, Sergio, coord., *Universidad Nacional y democracia*, Porrúa-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990.

ÍNDICE DE NOMBRES

Aguilar, Alonso, 151
Alemán Valdés, Miguel, 149
Álvarez, Manuel, 53
Álvarez Garín, Raúl, 89
Allende, Salvador, 56, 150
Anguiano, Arturo, 89, 171
Arbenz, Jacobo, 155
Arriaga, Joel, 74

Bartlett Díaz, Manuel, 96
Bassols Batalla, Narciso, 151
Becerra Gaytán, Antonio, 87
Benjamin, Walter, 36
Blair, Anthony, 30
Bloch, Ernst, 36-40, 47, 165 (nota)
Brecht, Bertolt, 36
Bruhn, Kathleen, 162, 167, 172-73 (notas)

Caballero Aburto, Raúl, 72
Cabada, Juan de la, 72
Cabañas, Lucio, 73, 167 (nota)
Cabrera, Enrique, 74
Calderón Salazar, Jorge, 119, 172, 180 (notas)

Calles, Plutarco Elías, 148
 Campa, Valentín, 30, 66, 73, 89
 Cárdenas del Río, Lázaro, 71, 89, 111, 146-60, 163
 Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc, 71, 79, 87-91, 103, 110-116, 127,
 130, 134-140, 143-47, 151-63
 Carpizo McGregor, Jorge, 100
 Castañeda, Jorge G., 86
 Castells, Manuel, 43, 165 (nota)
 Castillo, Heberto, 73, 79, 82-88, 90, 111, 151, 168 (nota)
 Chagall, Marc, 105
 Chávez Morado, José, 151
 Clinton, William, 121
 Clouthier, Manuel J., 112, 136, 144
 Creel Miranda, Santiago, 139

Danzós Palomino, Ramón, 66, 152
 Díaz Ordaz, Gustavo, 149, 152
 Dickens, Charles, 60
 Dostoievski, Fedor M., 50

Echeverría, Rodolfo, 86
 Engels, Federico, 61, 166 (nota)
 Espinosa Villarreal, Óscar, 162

Fanon, Franz, 56
 Felipe, León, 35, 50
 Fourier, Charles, 61
 Frankl, Víctor E., 50, 166 (nota)
 Friedman, Milton, 58
 Fuentes, Carlos, 151

Galván, Rafael, 75, 95
 Gandhi, Mahatma, 43, 49, 128

García, Amalia, 86
 García Barragán, Marcelino, 155
 Gascón Mercado, Alejandro, 77
 Giddens, Anthony, 30, 48, 165 (nota)
 Gilly, Adolfo, 71, 89, 173 (nota)
 Gómez, Pablo, 77
 González Pedrero, Enrique, 151
 Goya, Francisco, 62
 Gramsci, Antonio, 65, 80
 Guevara, Ernesto Che, 39, 68

Hardt, Michael, 16
 Hayek, Friedrich von, 58
 Heller, Agnes, 81, 168 (nota)
 Henríquez Guzmán, Miguel, 154, 155
 Hernández, Mario H., 151
 Hobsbawn, Eric, 16, 48, 166 (nota)

Ibarra de Piedra, Rosario, 76, 82, 87
 Ímaz, Carlos, 89

Jaramillo, Rubén, 73, 155
 Jenkins, Willian, 150

Kafka, Franz, 36, 106
 Katz, Esteban, 43
 Kazantzakis, Nikos, 37
 Keynes, John Maynard, 58
 King, Martin Luther, 49

Laborde, Hernán, 66
 Lombardo Toledano, Vicente, 66
 López Mateos, Adolfo, 150

López Obrador, Andrés Manuel, 139
 López Portillo, José, 102
 López, Jacinto, 151

Madero, Francisco I., 150
 Madrid Hurtado, Miguel de la, 96, 110, 136, 146, 155, 161
 Mandela, Nelson, 49, 128
 Martínez Verdugo, Arnoldo, 77, 86, 91, 167, 177 (notas)
 Marx, Karl, 26, 166 (nota)
 Meir, Golda, 128
 Mejía, Max, 89
 Mitterrand, François, 128
 Montes, Eduardo, 87, 91
 Moreno, Hilario, 74
 Mújica, Francisco J., 155
 Muñoz Ledo, Porfirio, 120, 144, 146, 172 (nota)

Nava, Salvador, 52, 53
 Negri, Antonio, 16
 Nkrumah, Kwame, 56

O, Genovevo de la, 155
 Ordorica, Imanol, 89
 Orona, Arturo, 151
 Ortega, Joel, 86

Papi, Paolo, 162, 168 (nota), 173 (nota)
 Paredes, Mercedes, 52, 166 (nota)
 Portes Gil, Emilio, 72
 Przeworski, Adam, 161, 174 (nota)

Quadros, Janios, 150

Rabin, Itzhak, 49
 Rascón, Marco, 89
 Reagan, Ronald, 56, 58, 66
 Revueltas, José, 51, 52, 74, 81, 100, 167 (nota)
 Rico, Enrique, 120, 172 (nota)
 Rico Galán, Víctor, 73
 Rincón Gallardo, Gilberto, 92, 120, 172 (nota)
 Robles Garnica, Roberto, 120, 172 (nota)
 Robles, Rosario, 143
 Rodríguez Triana, Pedro, 66

Sábato, Ernesto, 40-42, 165 (nota)
 Sadat, Anwar al, 49
 Saint-Simon, Claude Henri conde de, 61
 Salinas de Gortari, Carlos, 112, 115, 117-18, 136-37, 145-46
 Sánchez Cárdenas, Carlos, 151
 Sánchez Vázquez, Adolfo, 62, 166 (nota)
 Santos, Gonzalo N., 53
 Schröder, Gerhard, 30
 Silva-Herzog Flores, Jesús, 139
 Sinclair, Upton, 60
 Smith, Adam, 26, 57
 Solórzano de Cárdenas, Amalia, 155
 Stalin, José, 81
 Subcomandante Marcos, 54

Terrazas, Manuel, 151
 Thatcher, Margaret, 56, 58, 66

Unzueta, Gerardo, 86, 91, 166 (nota)

Valero, Ricardo, 120
 Vallejo, Demetrio, 73

Vázquez Rojas, Genaro, 72, 100
Velasco, Miguel Ángel, 72
Villa, Francisco, 109
Villoro, Luis, 23

Zepeda, Eraclio, 87

ÍNDICE ANALÍTICO

Acción

transformadora, 36, 38, 61, 62
popular, 26, 92, 153
Actitud(es) de izquierda, 20, 22, 23, 58, 72, 84, 102, 107, 153
Alianza, 31, 53, 85, 87, 88, 89, 90, 98, 122, 130, 151, 160
Alianza por el Cambio, 133, 138
Alianza por México, 133, 134, 138, 139, 140
América Latina, 17, 18, 39, 46, 56, 58, 59, 66, 67, 105, 159
Asamblea de Barrios, 99
Autonomía, 31, 68-70, 75, 80, 93, 94, 95, 97

Banco Mundial, 16

Blanquistas, 25

Bloque Obrero y Campesino, 66

Burguesía, 52, 68, 79

Gran burguesía, 69

Pequeña burguesía, 71

Cacique, 18, 19, 32, 94, 148

Caciquismo, 52, 94, 97, 127

Clase(s), 44, 45, 47, 54, 63, 81, 94

Cámara(s), 109, 115, 120, 124

de diputados, 75, 77, 121, 122, 136, 137, 139, 140
 de senadores, 119
 Cambio(s), 19, 22, 27, 36, 43, 58, 105
 de táctica, 88, 104
 estructurales, 15
 pacífico, 49, 85
 político, 110, 112, 116, 117, 140, 144
 revolucionario, 67
 social, 36, 58, 60
 Sujetos de, 54, 157
 tecnológico, 36, 67, 80, 107, 128
 Visión del cambio social de la izquierda, 30, 61-63
 Visión neoliberal, 16-17, 57-58
 Visión neopopulista, 18, 153, 155, 160-61
 Campesino(s), 26, 70, 71, 87, 97, 146, 148, 162
 Conquistas constitucionales, 117-19
 Líderes, 151, 152
 Movimiento, 94, 118, 119
 Candidato(s), 53, 84, 110, 111, 112
 de la izquierda 31, 32, 66, 77, 78, 79, 82, 83, 87, 88, 130, 132,
 135, 136, 137, 138
 Capital, 16, 117, 118, 120
 transnacional, 28, 29, 45, 57, 119
 financiero, 30
 Capitalismo, 16, 25, 26, 27, 29, 44, 55
 dependiente, 56, 153
 estadounidense, 54
 en Marx, 26
 y neoliberalismo, 57-59
 Rebelión contra el, 48, 70
 Cárdenas del Río, Lázaro, 111, 146, 150, 151, 152, 153, 154, 156,
 157, 158, 159, 160, 163
 Apoyo crítico, 149, 153

Cardenismo, 89, 134, 145, 147-48, 151, 157-58, 159
 Entrismo, 149, 152, 154-55, 161
 Movimiento de Liberación Nacional, 151, 152, 153
 y presidentes, 149-53, 155
 revolucionario, 71, 148
 Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc, 71, 79, 103, 127, 130, 134, 135,
 136, 137, 143, 144-47, 151, 163
 Elección de 1988, 87, 110-14, 135-36, 137
 en el gobierno del Distrito Federal, 136, 138-39, 161, 162
 en el PRI, 155
 Formación de, 153-59
 y la Corriente Democrática, 79, 82, 87, 88, 89, 91, 110, 114, 144,
 145, 161
 y la izquierda, 87-91, 113, 160, 161, 162
 Caudillo, 18, 31, 58, 76, 84, 125, 130, 132, 147, 160
 Caudillismo, 20, 21, 66, 94, 107, 127-29, 131, 159, 161
 revolucionario, 71, 128
 Central Campesina Independiente, 73, 152
 Ciudadano(s), 15, 17, 20, 22, 25, 28, 84, 97, 121, 126, 127, 147
 Clandestinidad, 50, 72-74
 Clientelismo, 17, 19, 21, 87, 93, 99, 107, 125-27, 129-30, 159-60
 Coalición, 86, 131, 139
 Coalición de Izquierda, 75
 El Colegio de México, 103
 Comité de Defensa Popular, 99
 Comunidad(es), 19, 23, 32, 44, 54, 94, 117-18, 145
 Autonomía de las, 97
 Comunismo, 16, 81
 Congresos, 67, 69, 78, 79, 85, 100, 113, 129
 Confederación de Trabajadores de México, 95
 Confederación Nacional Campesina, 146
 Confederación Regional Obrera Mexicana, 95
 Consejo Estudiantil Universitario, 100

Consejo Obrero Campesino y Estudiantil del Istmo, 97
 Consulta(s), 121, 122, 124
 Plebiscito, 121, 122
 Corporativo, 18, 22, 72, 99, 125, 126
 Corporativismo, 17, 52, 157
 Pacto, 92, 93
 Régimen, 71
 Sistema, 106, 115
 Coordinadora Nacional de Defensa de la Economía Popular, 101, 103
 Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, 96, 101, 102, 103
 Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, 98, 99, 102
 Coordinadora Nacional Plan de Ayala, 101
 Coordinadora Sindical Nacional, 101, 103
 Coordinadora Única de Damnificados, 99
 Corriente
 ideológica, 15, 54, 59
 de izquierda, 20, 23, 25, 55, 56, 113, 143, 153
 en los partidos, 78, 85, 86, 88, 90-92, 114, 124, 129
 política, 19, 26, 33, 97, 101, 147, 150, 151
 Corrupción, 17, 21, 22, 51, 84, 94, 95, 124
 Crisis, 15, 18, 27, 43, 56, 75, 85
 agraria, 118
 económica, 29, 76, 81, 95, 102, 110, 119
 Crítica, 21, 23, 26, 56-58, 61, 68-69, 105, 150
 Conciencia, 52, 39-40
 Visión, 33, 61, 80-81
 Vocación crítica de la izquierda, 48, 55-56, 125
 Cuba, 67, 150
 Cultura, 17, 22, 47
 de izquierda, 76, 104

de la rebelión, 53, 54
 de la resistencia, 52, 54
 política, 19, 23, 68, 69, 107, 115, 145
 popular, 28, 121, 122, 128
 Transformación cultural, 22-23, 30

 Democracia, 19, 25, 27, 32, 56, 58, 59, 66, 69, 79
 integral, 24, 28
 Lucha por la, 68, 70-71
 participativa, 24, 29
 representativa, 23
 social y económica, 24
 Derecho(s), 70, 71, 84, 85, 152
 ciudadanos, 18, 30, 31, 52-53, 67, 95, 97, 106-07, 117, 121-23, 152
 de los trabajadores, 53, 71, 94, 120
 humanos, 24, 56, 62, 94, 157
 Dirección, 71, 78, 160
 PCM, 85
 PMS, 87, 88
 PRI, 131
 PRD, 114, 125, 132, 159
 PRT, 89
 PSUM, 77
 Dirigente, 66, 73, 88, 91, 110, 156, 157, 158, 159
 de izquierda, 127
 del movimiento estudiantil, 72, 73
 del Partido de la Revolución Democrática, 90, 112, 115, 126, 130, 131, 132
 del Partido Comunista Mexicano, 72, 73, 77
 naturales, 87
 populistas, 17, 18
 Diversidad, 18, 28, 157

Ecologismo, 28, 68, 157
 Medio ambiente, 28, 123
 Economía de mercado, 15, 57, 59
 Ejército Zapatista de Liberación Nacional, 20, 21, 54, 65, 104, 105, 114
 Ley de Concordia y Pacificación, 30
 Zapatismo, 32, 53-54
 Elección, 161
 de 1988, 87, 110-14, 135-36, 137
 en el Distrito Federal, 136, 137, 138, 139
 intermedia, 135, 136, 137, 138, 139
 interna de partido, 79, 81, 130, 161
 Libre elección, 28, 50
 presidencial, 66, 134, 135, 136, 137, 139, 140
 Electoral
 Fraude, 52, 94
 en Michoacán, 116
 Insurrección, 110, 143
 Partido, 20, 26, 79, 115, 161, 162
 Participación electoral de la izquierda, 76, 81, 82, 83, 84, 85, 98,
 111, 132-41, 143-44, 145
 Proceso, 65-67, 70, 74, 83, 114, 116, 137
 Reforma, 74, 75, 138
 Trayectoria, 132
 Vía, 66-67, 71, 72, 83, 86, 112, 144
 Equidad, 25, 27, 28, 116
 Esperanza, 33, 35-43, 47, 48, 50, 55, 59-63, 70, 149
 Argumentos a favor de la, 49-54
 Bloch, Ernst, 36, 37, 40
 Construcción de la, 36, 38, 39, 48
 Desencanto, 35, 36, 37, 38, 43
 e izquierda, 37, 55-56
 fraudulenta, 57-59
 Momentos de la, 38-39

Sábato, Ernesto, 40-43, 47
 y utopía, 61-63
 Estado, 15, 18, 25, 40, 45, 46, 53, 60, 69, 71, 81, 93, 94, 97, 99, 118,
 131, 157
 de bienestar social, 15, 19, 31, 56, 57, 58, 59, 66, 163
 democrático, 28, 45
 desarrollista, 58, 123
 Empresas del, 17
 Estatismo, 56, 57, 157
 Política de, 160
 Estalinismo, 81, 86
 Estudiantes, 73, 94, 97, 102
 Movimiento estudiantil, 56, 73, 100, 101
 Estrategia(s), 18, 22, 24, 27, 29, 32, 69, 80, 86, 117, 134, 137, 147
 Eurocomunismo, 56, 80

 Facción(es), 32, 127, 129-30, 131, 132
 Fascismo, 49, 58, 72, 163
 Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, 154
 Feminismo, 23, 28, 68, 85
 Ferrocarrilero(s), 72, 95, 150, 151
 Fondo Bancario de Protección al Ahorro, 17, 123
 Fondo Monetario Internacional, 56, 116, 160
 Frente Amplio de Campesinos de Oaxaca, 97
 Frente Cívico Potosino, 52-53
 Frente Democrático Nacional, 110
 Frente Electoral del Pueblo, 73, 152
 Frente Nacional Contra la Represión, 101
 Frente Nacional de Acción Popular, 98, 101
 Frente Nacional de la Defensa del Salario contra la Austeridad
 y la Carestía, 101, 103
 Futuro, 23-24, 27-29, 32, 47-48, 57, 58-59, 61-62, 143, 146
 Visión del, 19, 22, 23, 24, 36-37, 38, 39, 40, 43, 105-06

Globalización, 15-16, 18, 21, 27, 29, 44, 157
 Efectos de la, 22
 incluyente, 28
 Gobierno(s), 21, 83
 Conquista del, 31-32, 70-71, 80, 97, 112, 115, 144, 161-62
 de izquierda, 21, 109, 132, 137-38
 del Distrito Federal, 122, 138, 139, 143, 162
 neoliberales, 46, 116, 117, 136, 155
 representativos, 24, 121
 Guerrilla, 39, 54, 68, 73, 102, 105
 Hegemonía, 17, 94
 de partido, 89, 101, 127, 131
 Huelga, 95, 96, 100, 150
 Ideas
 de izquierda, 20, 26-28, 75, 82, 86, 90, 91, 110, 120, 144, 145
 de la revolución, 68-69, 158
 Ideal(es), 38, 48, 68, 91, 106
 Ideología, 26, 29, 39
 conservadora, 36, 52, 57, 58
 de izquierda, 76, 79, 81, 83, 91, 93, 159
 dominante, 18, 29, 39, 54, 57-58, 69
 Incertidumbre, 35, 36, 37, 47, 54
 Individuo, 27, 33, 51, 59, 63
 y sociedad, 22, 107
 Ingreso, 45
 Redistribución del, 17, 19, 29, 30, 46, 47, 120, 122, 123, 157
 Institución(es), 23, 43, 62, 117, 119, 121, 127, 128, 129, 131
 Insurgencia Obrera, 94
 Intelectuales, 20, 81, 86, 97, 125, 151, 153
 Izquierda, 18, 20-23, 26-27, 29, 31-33, 37, 54, 55, 58, 59, 68, 71, 75,
 82-90, 105-07, 112, 144

División de la izquierda, 76, 77, 79
 independiente, 67, 68, 69, 72, 74, 77, 134, 145, 151, 154
 mexicana, 22, 29, 79, 105, 109, 130, 153, 159
 moderna, 25, 26, 56, 65, 109, 147, 162
 Pensamiento de, 21, 33
 Posición de, 20, 33, 58
 programática, 67, 87, 94, 105, 106, 111, 113, 120
 socialista, 29, 76, 87, 89, 91, 104, 107, 114, 160
 Vieja izquierda, 20, 33, 57, 75, 90, 104, 113
 Libertad, 15, 24, 40, 49, 50, 51, 52, 59, 61, 63, 70, 81, 106, 123
 Liberación, 24, 150
 Liberalismo, 15
 social, 23, 24
 Líder, 18, 31, 93, 127, 128
 Liderazgo, 127, 128, 145
 Lombardismo 68, 71, 151
 Lombardo Toledano, Vicente, 66
 Lucha(s), 29, 30, 60, 66, 67, 72, 77, 104, 106, 116, 130, 163
 Formas de, 26, 27, 56, 99, 101, 109
 electorales, 127
 partidistas, 77, 85, 129
 populares, 49, 52, 59, 83
 por la democracia, 68, 70, 71, 91
 por la tierra, 97
 social, 45, 105
 Maestros, 96, 102, 150
 Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación, 96,
 101, 102, 103
 Sindicato de, 96
 Vanguardia Revolucionaria, 96
 Marxismo, 25, 26, 68

Mercado, 16, 24, 31, 44, 45, 46, 59, 116, 117, 120, 157, 163
 Libre mercado, 63
 Mito, 29, 30, 32, 68, 69, 114, 128, 135, 144, 146, 147
 Movilización, 71, 81, 93, 94, 97-99, 103
 Movimiento, 18, 21, 32, 33, 43, 46, 56, 62, 67, 68, 71, 74, 75
 guerrillero, 74, 82
 ideológico, 15
 social, 19, 20, 30, 31, 36, 52-53, 65, 85, 94-95, 101, 118, 119
 Movimiento Revolucionario del Pueblo, 78, 90

 Nación, 28, 69
 Nacionalismo revolucionario, 23, 24, 69, 82, 88, 114, 124, 160, 163
 Neocardenismo, 33, 104, 113, 115, 135, 143, 145, 146, 147, 157,
 158, 159, 160, 161, 162, 163
 Neoliberalismo, 15-17, 18, 19, 29, 31, 57-59, 61, 107, 111, 161
 Reformas neoliberales, 100, 110, 124, 160
 Neopopulismo, 15, 17-18, 19, 27
 de izquierda, 159, 163

 Obrero(s), 19, 26, 72, 80, 85, 94, 95, 101, 102, 148, 151, 157
 Movimiento, 94-95, 101
 Oposición, 32, 48, 84, 92-93
 de izquierda, 23, 56, 66-68, 77-78
 democrática, 52-53, 56, 90, 96, 98-99, 101-03, 110-13, 150-53
 revolucionaria, 54, 66
 Opresión, 24, 25, 28, 51, 97
 Dominación, 23, 26, 38
 Organización, 19, 30, 32, 45
 política, 75, 78, 79, 83, 109, 113, 114, 126, 129, 130
 popular, 17, 18, 32, 33, 70, 86, 93, 98, 99, 102, 106, 114, 150
 Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas, 88,
 89, 100
 Organizaciones No Gubernamentales, 26, 104, 105

Pacto de Unidad y Solidaridad Salarial, 101
 Parlamento, 26, 25
 Parlamentarismo de izquierda, 27, 126
 Participación ciudadana, 121
 Partido(s), 18, 85-92, 125, 132
 de ciudadanos, 125, 132
 de Estado, 69, 126, 128
 de izquierda, 31, 33, 76-82, 83, 101, 102, 104, 127, 130, 159, 162
 de oposición, 66, 113, 116, 123, 128
 electoral, 20, 26, 66, 71, 74, 79, 82, 112
 comunistas, 55, 56, 74, 79, 82, 112
 parlamentarios, 21, 107
 socialistas, 55, 65, 91
 socialdemócratas, 30, 55
 Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, 87, 111, 138
 Partido Comunista Mexicano, 66, 68, 70, 71, 72, 73, 75, 76, 77, 80,
 83, 85, 91, 100
 Partido de Acción Nacional, 53, 66, 77, 112, 116, 118, 119, 128,
 131, 134, 137, 139, 140, 144, 145, 151, 162
 Partido de la Revolución Democrática, 20, 21, 23, 33, 53, 65, 79, 82,
 84, 85, 88, 90, 91, 92, 104, 109-41, 143, 145, 159, 160, 161, 162
 Afiliados, 95, 103, 125, 126, 131
 Comités de Base, 126
 Fracción parlamentaria, 117, 120
 Partido del Pueblo Mexicano, 75, 77
 Partido Mexicano de los Trabajadores, 67, 70, 76, 77, 78, 79, 80, 86,
 100, 103
 Partido Mexicano Socialista, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 87, 88, 89,
 90, 91
 Partido Obrero Campesino Mexicano, 67
 Partido Popular Socialista, 111, 151
 Partido Revolucionario de los Trabajadores, 76, 77, 78, 82, 85, 86,
 88, 89

Partido Revolucionario Institucional, 19, 32, 46, 69, 71, 76, 77, 82, 83, 84, 88, 91, 92, 93, 95, 97, 104, 109, 110, 112, 114, 116, 117, 118, 119, 122, 126, 128, 131, 134, 136, 137, 140, 143, 144, 145, 146, 148, 155, 156, 161, 162

Partido Socialista Revolucionario, 75

Partido Socialista Unificado Mexicano, 75, 76, 77, 78, 81, 82, 83, 85, 86, 90, 97, 98, 100, 103

Pensamiento, 25, 36, 38, 39, 40, 47-48, 54, 58, 63, 106, 113, 153, 158, 163

 de izquierda, 21, 33, 69

 único, 21, 57, 58

Pluralismo, 63, 90, 115

Poder, 16, 26, 32, 40, 46, 62, 66, 68, 86, 87, 91, 117, 126, 127, 130, 141, 144, 148

 económico y político, 16, 66, 117, 126

 del pueblo, 26, 32, 85, 91

 Lucha por el, 26, 66, 68, 86, 87, 144

 y caudillismo, 40, 127, 128, 144, 148

Política(s), 19, 61, 68, 81, 85, 95, 129, 130, 132

 Clase política, 114, 115, 126

 de austeridad, 46, 99, 110

 de izquierda, 19, 20, 71, 161

 económica, 17, 26, 31, 94, 102, 110, 116, 117, 124, 155, 160

Populismo, 15, 17-21, 31, 105, 159, 161, 163

 caudillista, 160

Pragmatismo, 36, 37, 59, 65-66, 84, 114, 161

Protesta, 73, 74, 75, 84, 92, 94-97, 103, 107, 112, 149, 155

Presos políticos, 70, 100, 150, 155

Programa, 18, 19, 20, 22, 32, 53, 67, 71, 78, 79, 93, 113, 117, 124, 157, 162

 Programático, 32, 91

Principios, 18, 22, 23, 24, 25, 28, 48, 52, 53, 54, 59, 62, 68, 80, 91, 106, 115, 147, 157, 158

Proyecto, 16, 20, 21, 25, 33, 39, 57, 62, 66, 69, 84, 89, 91, 120, 121, 144, 147, 153, 157, 161, 162, 163

 de izquierda, 24, 124

 de nación, 27

 político, 124

 para la nación, 27

Radicalismo, 71, 105

Rebelión, 21, 27, 43, 48, 51, 53, 54, 93, 112

Régimen, 33, 71, 75, 89, 101, 111, 115, 123, 145, 148, 149, 151, 153

 autoritario, 72, 93, 116

 de partido único, 35

 priísta, 116, 149, 155

Reforma, 28, 29, 30, 59, 91, 101, 115, 116, 117, 118, 119, 122, 131, 132, 144, 145

 agraria, 19, 53, 152, 157, 158

 electoral, 138

Reformismo, 74, 82, 85, 160

 consecuente, 29, 30, 31

 visionario, 29, 32

Relación de reciprocidad, 125, 159

Represión(es), 72-74, 97, 104

Revolución, 30, 60, 69, 70, 71, 82, 85, 89, 102, 107, 148

 Nueva revolución, 29, 67-70, 82, 86, 87, 150

 cubana, 56, 68, 69, 149, 150, 155

 cultural, 16, 22, 43

 mexicana, 18, 19, 30, 52, 60, 68, 69, 71, 88, 89, 91, 116, 128, 153, 158, 160, 162

 rusa, 55, 56, 60

Ruptura(s), 22, 54, 68, 87, 88, 89, 111, 144

Sindicato(s), 20, 36, 94, 95, 101

Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México, 102, 103
 Sindicato Mexicano de Electricistas, 103
 Sindicato Único de los Trabajadores de la Industria Nuclear, 95
 Sistema, 17, 21, 22, 25, 27, 29, 43, 44, 48, 55, 56, 58, 59, 62, 65, 67, 79, 85, 92, 93, 105, 106, 114, 115, 144, 161
 capitalista, 17, 21, 22, 26, 27, 29, 43, 44, 48, 58, 59
 electoral, 84, 112
 político, 65, 67, 79, 85, 92, 105, 106, 110, 114, 115, 131, 143, 144, 161
 socialista, 56, 59
 Socialdemocracia, 31, 68, 91
 Socialismo, 15, 20, 22-25, 38, 56, 57, 58, 63, 65, 66, 70, 71, 78, 79, 81, 89, 91, 92, 106, 113, 163
 democrático, 24, 55, 56, 80, 81
 realmente existente, 23, 46, 65, 80, 85
 Sociedad civil, 17, 32, 53, 112, 114

Tecnología, 16, 28, 44, 57
 Teología de la liberación, 23, 98, 101
 Teoría, 20, 22, 26, 38, 39, 57, 161
 Tercer mundo, 25, 46
 Tercera vía, 30, 31
 Trabajo, 16, 23, 25, 28, 31, 37, 45, 80, 95, 99, 120, 123, 131, 141
 Tradición, 15, 22, 23, 24, 33, 36, 47, 48, 51, 54, 69, 71, 97, 107, 126
 Transnacionales, 45, 56, 57, 58
 Tratado de Libre Comercio de América del Norte, 17, 21, 120

Unión Cívica Potosina, 52
 Unión de Colonias Populares del Valle de México, 98
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 56, 80, 81
 Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero, 98
 Universidad Autónoma Metropolitana, 103

Universidad Nacional Autónoma de México, 100, 101
 Utopía, 20, 61-63

Vanguardia, 32, 70, 80, 107, 158
 Vanguardismo, 20, 91

Voto, 83, 84, 110, 118, 120, 143, 158, 159, 160
 cardenista, 114, 134, 135, 136, 144
 de izquierda, 87, 134, 135, 136
 duro, 134, 135, 136
 priísta, 136
 útil, 112, 136, 140
 Votación, 75, 76, 77, 86, 90, 116, 123, 135, 139, 143, 144

Zapatismo, *véase* Ejército Zapatista de Liberación Nacional

SIGLAS

AB	Asamblea de Barrios
BM	Banco Mundial
BOC	Bloque Obrero Campesino
CCI	Central Campesina Independiente
CD	Corriente Democrática
CDPPN	Convergencia por la Democracia, Partido Político Nacional
CDP	Comité de Defensa Popular
CEU	Consejo Estudiantil Universitario
CNDEP	Comité Nacional de Defensa de la Economía Popular
CNPA	Coordinadora Nacional del Plan de Ayala
CNTE	Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación
COCEI	Consejo Obrero Campesino y Estudiantil del Istmo
COLMEX	El Colegio de México
CONAMUP	Coordinadora Nacional del Movimiento Popular
COSINA	Coordinadora Sindical Nacional
CROM	Confederación Regional Obrera Mexicana
CTM	Confederación de Trabajadores de México
CUD	Coordinadora Única de Damnificados
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FDN	Frente Democrático Nacional
FEP	Frente Electoral del Pueblo
FMI	Fondo Monetario Internacional
FNAP	Frente Nacional de Acción Popular
FNCR	Frente Nacional Contra la Represión
FNDSCAC	Frente Nacional de la Defensa del Salario contra la Austeridad y la Carestía
FOBAPROA	Fondo Bancario de Protección al Ahorro
MAP	Movimiento de Acción Política
MLN	Movimiento de Liberación Nacional
MRP	Movimiento Revolucionario del Pueblo
OIR-LM	Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas
ONG	Organizaciones No Gubernamentales
PAN	Partido de Acción Nacional
PARM	Partido Auténtico de la Revolución Mexicana
PAS	Partido de la Alianza Social

PAUSS	Pacto de Unidad y Solidaridad Salarial
PCD	Partido del Centro Democrático
PCM	Partido Comunista Mexicano
PFCRN	Partido del Frente Cardenista de Renovación Nacional
PMS	Partido Mexicano Socialista
PMT	Partido Mexicano de los Trabajadores
PNR	Partido Nacional Revolucionario
POCM	Partido Obrero Campesino Mexicano
PPS	Partido Popular Socialista
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRM	Partido de la Revolución Mexicana
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PSN	Partido de la Sociedad Nacionalista
PSUM	Partido Socialista Unificado de México
PVEM	Partido Verde Ecologista Mexicano
SME	Sindicato Mexicano de Electricistas
STUNAM	Sindicato de Trabajadores de la UNAM
SUTERM	Sindicato Único de los Trabajadores Electricistas de la República Mexicana
SUTIN	Sindicato Único de los Trabajadores de la Industria Nuclear
TLCAN	Tratado de Libre Comercio de América del Norte
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UCP	Unión de Colonias Populares
UCPVM	Unión de Colonias Populares del Valle de México
UIC	Unidad de la Izquierda Comunista
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México

SUTERM	Sindicato Único de los Trabajadores Electricistas de la República Mexicana
SUTIN	Sindicato Único de los Trabajadores de la Industria Nuclear
TLCAN	Tratado de Libre Comercio de América del Norte
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UCP	Unión de Colonias Populares
UCPVM	Unión de Colonias Populares del Valle de México
UIC	Unidad de la Izquierda Comunista
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México